



Mariló Lafuente

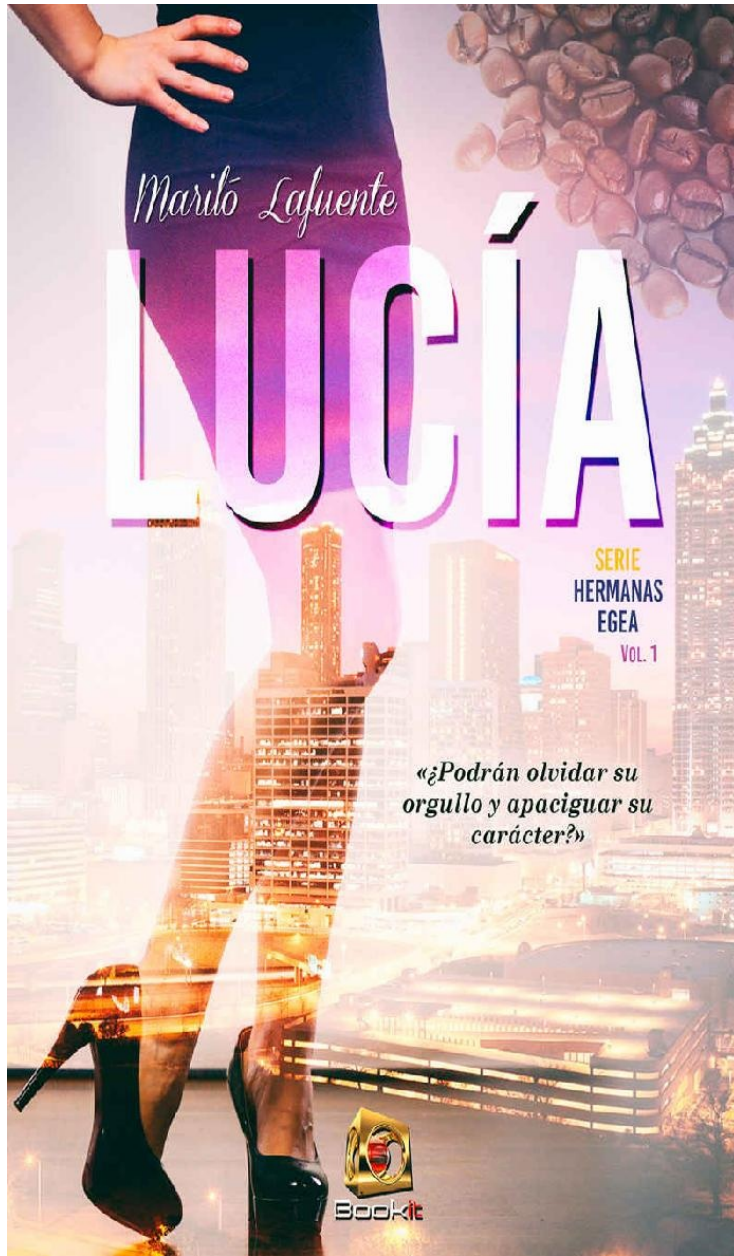
LUCÍA

SERIE
HERMANAS
EGEA
VOL. 1

*«¿Podrán olvidar su
orgullo y apaciguar su
carácter?»*



BookIt



Maritó Lafuente

LUCÍA

SERIE
HERMANAS
EGEA
VOL. 1

«¿Podrán olvidar su orgullo y apaciguar su carácter?»



Lucía

Lucía

Serie Hermanas Egea Vol.1

Mariló Lafuente



1.^a edición: Agosto 2017

Copyright

© Mariló Lafuente 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN 13: 978-84-17160-04-3

ISBN 10: 978-84-17160-24-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

A mi marido, por dejarme ser yo misma.

Agradecimientos

En la serie de las Hermanas Egea, quiero agradecer a mis hermanas Merche y Esther y a mi cuñada Teresa, que es una más, su ayuda. Para escribir las cuatro novelas de la que consta la serie, me he inspirado en sus caracteres y gustos. Aunque son totalmente inventadas, para crear los personajes las he tomado a ellas como referente.

En un viaje a Zaragoza, además de darme su consentimiento para hacerlo público, me proporcionaron muchos más datos y detalles sobre ellas que yo desconocía, ayudándome a crear mejor los perfiles de las cuatro hermanas.

A mis sobrinos Carlos y Javi, por su ayuda en cualquier momento que lo necesite.

A todas las personas que leen mis historias y muy especial para las que me mandan esos mensajes alentadores que animan a seguir escribiendo.

A mi familia, amigos y gente que tengo a mi alrededor que tanto me apoyan y animan.

A todas mis compañeras de editorial que son todas estupendas. Y no puedo acabar sin dedicar un especial agradecimiento a Angy, mi editora, por estar siempre que la necesito.

1

¡No podía suceder algo así!

Lucía no creía lo que estaba ocurriendo, era algo totalmente surrealista. Tirada en el sofá, no dejaba de darle vueltas a la vorágine en la que se había convertido su vida. ¿Cómo habían llegado a esa situación? Manuel y ella eran felices, lo habían sido desde el mismo momento en que se conocieron... Nada se interponía entre ellos ni nublabla su felicidad, y ahora...

¡Todo se había complicado!

La vida en pareja le parecía algo difícil de manejar en esos momentos, sobre todo, cuando aparecían elementos externos que no sabía ni cómo encajarlos en su vida, consiguiendo que se tambalearan los cimientos de su relación, por muy firme que esta hubiera sido hasta ahora. ¡Ojalá su vida siguiera siendo tan sencilla como la que habían disfrutado hasta entonces! Sin complicaciones, sin tener que tomar decisiones difíciles que pudieran hacerles daño. Antes, solo tenían que vivir el día a día, compartiendo planes de futuro, ilusiones y preocupándose solo de amarse, nada más. Esa había sido su vida, la cual forjaron juntos, y de la que Lucía quería seguir disfrutando.

Unos meses atrás, aunque ahora pareciera que hubiese pasado una eternidad y lo viera muy remoto, no había nada que los inquietara. Solo estaban ellos dos y no había nada más en el mundo. Vivían por y para ellos mismos. ¡Era tan fácil ser feliz entonces! Pero la vida todo lo complica... Bueno, la verdad es que no complicaba nada, ¡éramos nosotros los complicados! Porque la vida en sí, es muy sencilla.

Lucía cerró los ojos para que las lágrimas no resbalaran por sus pálidas mejillas, pero no pudo evitar que una de ellas escapara de su control y rodara lentamente hasta la comisura de sus labios. Se quedó quieta mientras el gusto salado inundaba su boca. Ella intentaba con todas sus fuerzas que esa pena que le corroía por dentro se desvaneciera y dejara de oprimir sus entrañas.

La añoranza que sentía de aquellos primeros momentos vividos junto a Manuel y de aquella felicidad que ahora parecía tan lejana, la transportaba al pasado una y otra vez. No podía evitar que su mente evocara aquellos recuerdos con verdadero anhelo. Deseaba con toda su alma que aquel tiempo pasado volviera, pero era inútil, no podía hacer nada, nadie tenía ese poder.

—Si yo fuera Superman, daría vueltas y vueltas a la Tierra para recuperar el tiempo.

Esa repentina reflexión le hizo sonreír, aunque más que una sonrisa pareció un simple movimiento de labios, provocado por aquel tonto pensamiento.

Así era ella, en medio del mayor drama de su vida era capaz de pensar en la cosa más absurda, y de esta forma restar dramatismo a un grave problema. Era su válvula de escape y, como si fuera una olla exprés, pensar en la mayor tontería del mundo quitaba importancia a sus penas y la tranquilizaba. Pero esta vez no funcionó, porque su mente la volvió a martillear y la angustia no cejaba. No había conseguido distraerla. Estaba tan obcecada que no era capaz de ver una salida a ese laberinto de despropósitos. En eso se había convertido su vida, en un laberinto sin salida.

Por eso, su mente actuó con inteligencia y, para dar un respiro a ese corazón dolido y lleno de angustia, se trasladó al pasado. Revivió el momento que vio a Manuel por primera vez, ocho años atrás. Lo tenía tan grabado en su memoria que, por muchos años que pasaban, seguía recordando hasta el más insignificante detalle de aquel instante. Ya entonces, en ese primer encuentro, su corazón dio un vuelco y se aceleró. Rememoraba lo que sucedió aquel día con tanta claridad y nitidez, que si alargaba la mano podía acariciarlo...

Ocho años antes...

Manuel observaba un tablón informativo de la universidad, buscando algún curso interesante para ampliar su formación, y yo iba a toda prisa envuelta en papeles, intentando encontrar algo dentro de mi bolso sin lograrlo. Había revuelto la carpeta en la que llevaba todos los apuntes, y los bolsillos, pero no daba con el carnet de la biblioteca. Hice un último intento por dar con él y casi metí la cabeza dentro. Claro que, de bolso tenía poco, más bien era un gran saco colgando de mi hombro. Era como llevar la chistera de un mago de la que podía salir cualquier cosa. Y por la cantidad de enseres que metía, la mayoría de veces, sin darme cuenta, era misión imposible mantenerlo en orden más de dos horas seguidas.

Tan atenta estaba rebuscando que, sin darme cuenta, tropecé cayendo sobre mis posaderas. Sentada en el suelo, con todos los papeles volando a mi alrededor y parte del contenido de aquel enorme bolso desparramado por el pasillo de la facultad, miré al frente confundida para ver contra qué me había chocado. Enseguida vi a alguien agachado a mi lado.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó el desconocido recogiendo mis cosas, mientras la gente pasaba a nuestro alrededor intentando sortear mis pertenencias.

—No me he hecho daño, tranquilo, pero ¿contra qué he tropezado? ¿Contra la pared? —Y comprobé que el muro estaba un poco más lejos.

—No —sonrió él—, has tropezado conmigo, y lo siento.

—¡Increíble! Me había parecido un muro al sentir el golpe, pero claro, ahora que te miro y te veo con claridad, no me extraña. Deberías llevar una señal de peligro incorporada —dije sin dejar de reír, y sin poder apartar mis ávidos ojos de él.

—Lo que no entiendo es cómo no te has dado cuenta de que estaba aquí parado, porque me dejó ver —me espetó aquel chico, más pendiente de mí que de recoger las cosas tiradas por el suelo.

—¡Claro que te hubiera visto!, pero no iba mirando al frente, tenía la cabeza casi dentro de mi bolso y de pronto me he encontrado con un obstáculo infranqueable. No encontraba mi carnet de la biblioteca —aseguré al final, excusándome, pues no tenía mucha lógica lo que decía—. Por

eso andaba distraída, tengo que coger un libro con urgencia.

Él echó un vistazo rápido al bolso tirado y a todo lo que salía de él y lanzó una sonora carcajada que retumbó por todo el pasillo, provocando que los estudiantes que pasaban a nuestro lado nos miraran con curiosidad.

—¿Y te extraña no poder encontrarlo dentro de esta leonera? —preguntó cuando pudo dejar de reír—. Me pregunto cómo haces para encontrar las llaves al llegar a casa, tiene que ser interesante —y dejando las risas a un lado al comprobar que su comentario no me estaba haciendo ninguna gracia, me ofreció su ayuda—. Soy Manuel, si quieres te acompaño a la biblioteca y saco el libro que quieras con mi carnet.

—Yo soy Lucía. Si me haces el favor, te lo agradeceré. Seguro que lo he dejado sobre la mesa de mi habitación y con las prisas no lo he cogido. Pero no te rías de mi bolso, que sepas que no eres el único que lo hace, tendrás que ponerte a la cola para hacer comentarios jocosos sobre este tema. Siempre que busco algo dentro y no lo encuentro tengo que escuchar las mismas observaciones graciosas, desde hace un montón de años. Sé que tengo un ligero problema, empiezo a meter cosas sin saber el límite, o lo que es igual, nunca me acuerdo de sacarlas. Soy un desastre, lo reconozco, y te aseguro que lo ordeno más veces de lo que parece, pero al cabo de unas horas está lleno de cosas que no sé ni por qué las llevo.

Después de recoger todos los apuntes del suelo, nos encaminamos hacia la biblioteca hablando como si nos conociéramos de toda la vida. Fue fácil entablar conversación con Manuel.

A ese «accidental» primer encuentro le siguieron muchos más. Al principio, solo dentro de la facultad, estudiábamos juntos en la biblioteca y, cuando salíamos, antes de coger el coche, nos sentábamos en cualquier lugar, hablando, conociéndonos y... algo más, durante muchas horas.

Manuel estaba estudiando un máster de Alta Dirección Internacional, que se impartía en inglés. Cuando terminó la carrera, que era la misma que yo estaba haciendo entonces, su preparación, según él, se quedaba corta. No aspiraba a cualquier puesto de trabajo, él quería subir a lo más alto, y de ahí su gran empeño en estudiar idiomas. Hablaba inglés, francés y alemán perfectamente, y se defendía bastante bien en portugués, italiano y ruso.

Vivía en Esplugas de Llobregat junto a sus padres y sus dos hermanos: Iñigo y Carla. Y yo estaba estudiando el último año de Administración de Empresas y vivía en Sant Feliu, junto a mis padres y hermanas: Blanca, Lola y la pequeña Ana.

Sin darme apenas cuenta y sin saber cómo o cuándo había sucedido, llegó un momento en el que imaginar la vida lejos de Manuel era algo impensable. Nos habíamos enamorado apasionadamente y cada día vivíamos pendientes de nuestro próximo encuentro. Aprovechábamos cualquier momento para estar juntos, perdiendo la noción del tiempo la mayoría de las veces. Nos complementábamos de una manera increíble. La seriedad, responsabilidad y el carácter reflexivo de Manuel, aunque a veces fuera excesivo, se equilibraba con la alegría, vitalidad y espontaneidad mía. Éramos el acelerador y el freno del mismo motor, dos piezas imposibles de separar, no podíamos vivir la una sin la otra. Eso éramos nosotros. Pero había una cosa en la que nos parecíamos como dos gotas de agua y, desgraciadamente, nos acarrea muchos problemas de convivencia. Los dos éramos lo que viene a ser un par de cabezotas. Los dos defendíamos nuestras ideas de una manera muy pasional, demasiado en la mayoría de ocasiones. Cualquier tontería o diferencia de criterio, por muy pequeña que fuera, se tornaba en una discusión. ¡Nos encantaba defender nuestras posturas! Y ninguno dábamos nuestro brazo a torcer, al menos al principio. Discutíamos de una manera ardiente, porque llevábamos nuestro carácter a todas las parcelas de la vida, junto con la cabezonería.

Suerte que era casi imposible estar separados o sin hablarnos mucho tiempo, los enfados nos duraban muy poco. No soportábamos estar distanciados, así que al hacer las paces, éramos igual de fogosos que discutiendo.

—¡Eres un cabezota, no atiendes a razones! —le decía pasada la tormenta y refugiada entre sus brazos.

—¿Y tú no lo eres? —contestaba, sin soltarme de su fuerte amarre.

—¡Pero es que tengo razón! ¡Si me dejaras explicarte!

—¡No, se acabó el discutir! Ahora tenemos algo más importante que hacer.

Y así acababan siempre nuestras discusiones, amándonos intensamente como si fuera la primera vez que lo hacíamos. Muchas veces los dos pensábamos lo mismo, que merecía la pena una pelea por la ardiente reconciliación.

Mis amigas: Alba, Victoria y Marta, eran unas incondicionales defensoras de Manuel, las tenía en el bote. Cuando había alguna discusión entre nosotros y buscaba en ellas la complicidad, o al menos la comprensión y el apoyo incondicional que yo esperaba en mis amigas, me encontraba con que las tres siempre ponían un «pero» a mis argumentos y terminaban respaldando a Manuel.

—Lucía, cuando no quieras a ese hombre, ¡me lo quedo yo! —aseguró una tarde Alba.

—¡Venga, no me jorobes, que tienes novio! Será para mí, que estoy soltera y sin compromiso —gritó Victoria.

—¡Eso es! Os estoy diciendo que hemos tenido una pelea porque es un cabezón, que enseguida me echa la culpa de todo, y vosotras aprovechando la ocasión. ¡Anda que no sois lobas! Y tú, Albita, rica, eres más rastrera que nadie, que tienes un novio que no te lo mereces ¡Que el pobre es un bendito!

—¿Y que tendrá que ver el tocino con la velocidad? ¡Claro que tengo novio y que es un cielo! Pero guapa, que no estoy ciega, y Manuel está muy bien.

—Y si tú no lo quieres —Marta señaló a las tres—, nos lo quedamos. No vamos a desperdiciar un hombre así, ya haremos un sorteo.

Por más que las tratara de chaqueteras e hiciera ver que me enfadaba, ellas siempre salían en defensa de Manuel. Y todo porque desde el primer momento se las había ganado, sabía regalarles los oídos, tanto a mis amigas como a mis tres hermanas, que también eran aliadas incondicionales suyas. Más de una vez, cuando me quejaba ante ellas de él, por cualquier cosa, las tres salían siempre en su defensa. Era una escena que se repetía muy a menudo.

—¡Te juro que cualquier día acaba conmigo! Pues no me dice esta mañana que tengo que anular la reserva para este fin de semana. ¡Joder!, que no salíamos la semana que viene o el mes próximo, ¡que teníamos que salir esta tarde! —les dije durante desayuno en la fábrica de café, propiedad de la familia, donde todas nosotras trabajábamos—. Me viene con que mañana tiene que «reparar unos papeles y tenerlos preparados para el lunes, que hay que posponer el viaje» —imitaba la ronca voz de Manuel, totalmente enfadada—. ¡Y claro, en una multinacional con cientos de empleados tiene que jorobarse él, el fin de semana! ¡¡¡Don imprescindible!!! ¡Porque la producción de Coca-Cola en el mundo quedaría paralizada sin él! ¡Y a mí qué me importa la reunión! Y por supuesto, no nos devuelven el dinero del alojamiento. ¡¡¡Que ya lo teníamos pagado!!!

—Mujer, Manuel no tiene la culpa —intentó calmarme mi hermana Lola—. Ya sabes que siempre que vienen jefes del extranjero quieren que él esté en las reuniones. No entiendo por qué te pones así, deberías sentirte orgullosa.

—Ya, pero alguna vez podía decir que no ¡Nos quedamos sin viaje, sin dinero y sin nada! Me dan ganas de coger el coche, largarme yo sola y dejarlo con sus queridísimos y adorados jefes. ¡Menudo pelota!

—No tienes razón, Luci. En un puesto como el suyo no puede decir que no estará en una reunión importante —esta vez Blanca intentó hacerme entrar en razón. Pero yo, además de ser una cabezota, no lograba calmarme.

—¡Claro, para vosotras Manuel siempre tiene razón haga lo que haga! No sé ni por qué os digo nada, si siempre soy yo la equivocada, «San Manuel» siempre está en posesión de la verdad —estaba muy molesta, ya que ninguna de las tres se ponía de mi lado.

—Cuando tienes razón te la damos, pero precisamente en esta discusión no es así.

Mosqueada por el poco apoyo que tenía, yo seguía en mis trece.

—Me da igual tenerla que no. Me voy de viaje yo sola, ¡se acabó! No voy a perder el dinero y la ilusión que puse en buscar un lugar tan bonito para luego no disfrutarlo.

Y si algo tenía yo, era que a cabezota no me ganaba nadie. Aquella vez me marché, y la noche del viernes la pasé sola. Al día siguiente amaneció precioso y un sol radiante, junto a un intenso cielo azul, invitaba a recorrer aquellos paisajes de verdes bosques cercanos a la localidad de Berga. Era tiempo de buscar rebollones y los dos juntos hubiéramos disfrutado muchísimo, al menos esa era la idea inicial. Pero, al estar sola, únicamente recorrí los caminos que rodeaban la casa rural añorando a Manuel a cada segundo.

—¿Por qué seré tan cabezota? —me repetía enfadada conmigo misma—. Ahora podríamos estar juntos, aunque fuera en casa, pero tenía que quedar por encima de él...

Deseaba volver porque la noche anterior había sido una de las peores de mi vida. Pero no regresaría antes de que terminara el fin de semana; aunque lo estuviera deseando, mi amor propio no me lo permitía.

Estaba cenando en aquel pequeño salón con solo cuatro personas más, cuando la puerta se abrió. Ni siquiera presté atención, sumida como estaba en mi propia melancolía, hasta que Manuel tomó asiento frente a mí.

Mi semblante cambió y mis ojos brillaron hasta el punto de desbordarse.

—Era imposible pasar otra noche sin ti —anunció Manuel sin más.

Yo no podía hablar, tuve que tragar saliva y respirar hondo para contestar sin ponerme a llorar como una tonta.

—Yo no quería ni ir a la cama —le solté con gran esfuerzo.

—Pero no hubieras vuelto a casa —él estaba seguro de sus palabras. Me conocía muy bien.

Bajé la cabeza, avergonzada. Tenía razón, aunque me hubiera muerto de pena y hubiera pasado la noche llorando, no habría dado mi brazo a torcer.

Manuel me tomó de la mano obligándome a levantarme, y juntos subimos a la habitación, donde nuestros cuerpos se fundieron en uno amándonos apasionadamente.

Este era uno de los ejemplos, pero había montones, y aunque me quejaba continuamente del apoyo que Manuel tenía por parte de mis hermanas y amigas, en el fondo estaba feliz. Me gustaba que mi círculo más íntimo le quisiera tanto, no soportaría que se llevaran mal con él porque no podría renunciar a nadie. Por eso, la buena sintonía reinante entre ellos era una tranquilidad para mí.

Con el entorno de Manuel pasaba exactamente igual.

Tenía dos hermanos con los que me llevaba muy bien y la relación entre nosotros era genial. Carla era la hermana pequeña de Manuel, un poco más joven que yo, de la edad de mi hermana Blanca. Tenía el pelo negro como su padre y hermanos, y los ojos azules como Manuel y su madre. Sus facciones eran delicadas y dulces, muy diferentes de las de sus hermanos, que los dos tenían siempre el entrecejo fruncido como su padre, señal inequívoca de los Capdevila. Desde el primer momento hubo entre nosotras una gran complicidad y buena compenetración. Compartíamos muchos secretos y nos habíamos convertido en muy buenas amigas.

Con Iñigo el trato era diferente. Al tener más edad y una vida ya hecha fuera de la casa familiar, los encuentros eran más espaciados. Coincidíamos en fechas señaladas y algunas celebraciones o comidas familiares, y siempre me demostraba mucho cariño, tanto él como su pareja, Mónica. Y físicamente era tan similar a su hermano que parecían gemelos. Tenían casi la misma estatura, rondando el metro noventa, y sus cuerpos eran proporcionados y fuertes. Sus facciones eran angulosas y muy marcadas, con una piel tostada incluso en invierno, y un cabello negro como el azabache. La única diferencia entre ellos estaba en los ojos, Iñigo sí que los tenía marrones, como el progenitor.

Además de su familia, Marc y Víctor, íntimos amigos suyos desde niños, me querían, y me había convertido en una amiga más. Eran mucho más discretos, sensatos y juiciosos que todas

mis amigas, pero podía contar con ellos para todo; bien fuera una celebración o un momento difícil, su apoyo era siempre incondicional.

Todas las mañanas, mis hermanas y yo ayudábamos a mi padre en el negocio familiar, una fábrica de cafés y varias tiendas diseminadas por la ciudad de Barcelona. Traían el mejor café de diferentes puntos del mundo, como Colombia, Etiopía, Costa Rica, Brasil, Vietnam, etc. Desde muy pequeñas, todas las hermanas conocíamos a la perfección las características de cada uno y cómo realzar sus sabores. Y en la fábrica, después de tostarlo, se creaba una mezcla especial con lo mejor de todos ellos, dando lugar a un café único y muy apreciado por los amantes de este negro elixir.

Dentro de la fábrica mi cometido era muy amplio, igual hacía una factura que preparaba pedidos para un bar, hacía repartos o abocaba sacos de café a las tostadoras y, en más de una ocasión, era quién dirigía todo aquello. A mi padre le gustaba que dominásemos todos los trabajos, tanto yo, que era la mayor, como mis hermanas.

Manuel trabajaba en una consultoría por las mañanas, así que para nosotros solo nos quedaban los sábados y domingos, y todo el tiempo que podíamos robar a nuestras horas de sueño, que eran muchas.

Lucía suspiró profundamente. Recordar aquellos momentos tan llenos de ilusión, precisamente ahora que todo era incierto, hacía que el presente resultara mucho más doloroso de lo que ya era. Ella sabía que los dos eran tercos como mulas y que no daban su brazo a torcer con facilidad, pero ¿qué podía hacer? No solo era Manuel y lo que él quería, también estaba su vida, sus sueños y sus ilusiones. No estaban en los tiempos de sus abuelos, en los que la vida de una mujer estaba supeditada a la de un hombre. Le dolía que Manuel no hubiera reparado en ella, en su futuro, y que pensara que solamente sus proyectos eran importantes.

Aunque se resistía, Lucía no podía evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Era imposible mantenerse firme cuando los recuerdos le provocaban una gran sensación de pérdida. Ninguno de los dos había cogido todavía el teléfono para acabar con este disparate, que ya estaba yendo demasiado lejos. Desde el día anterior no sabía nada de Manuel, en los ocho años que llevaban juntos, jamás habían actuado de una forma tan drástica. Ella llevaba todo el día al lado del teléfono de casa y también del móvil, pero ni el uno ni el otro habían sonado ni una sola vez, por lo visto Manuel tampoco tenía intención de llamarla. Le daba miedo pensar que esta vez él no iba a dar su brazo a torcer, como otras veces.

Lucía no estaba dispuesta a que el esfuerzo invertido para levantar la fábrica, primero por su abuelo y más tarde por su padre, no empezara a dar sus frutos si ella se ausentaba. Era un proyecto de la familia al completo, y cada una de las hermanas tenía que poner su granito de arena. Ella no podía dejar ahora aparcada esa ilusión, que ya empezaba a ser real, para correr tras Manuel y fastidiar a toda la familia.

Se levantó y, ávidamente, volvió a mirar el móvil, ni una llamada perdida, ni un mensaje. Cada vez que sonaba la sintonía de *Sweet Child Of Mine* de *Guns and Roses* cogía el teléfono llena de ansiedad y, cuando comprobaba que no era Manuel, llena de desilusión, lo tiraba sobre el sofá. Se acercó a la ventana esperando verlo mientras aparcaba su coche, pero por mucho que estiraba el cuello asomada no lo veía, sencillamente porque no había venido. La cerró con rapidez, el bochorno a finales de agosto era insoportable y calentaba el fresco ambiente que el aire acondicionado había creado en el salón. Se sentó de nuevo en el sofá. No tenía el ánimo para hacer nada, ni siquiera le apetecía comer, y menos salir de casa. Llevaba encerrada veinticuatro horas esperándole, pero él no llegaba, y lo que se temía era que se hubiera cansado de ser el primero en ceder.

No iba a volver, algo en su interior se lo decía y, ni con esas, decidió ser ella la que diera ese minúsculo pasito como era realizar una llamada. ¿Serían capaces de hacer lo que les dictaba su corazón y apartar el orgullo? Parecía que ninguno de los dos estaba dispuesto a ello.

2

En un hotel de Barcelona, junto a la Avenida del Paralelo y a escasa distancia de la casa donde convivían desde hacía tres años, Manuel, tirado sobre la cama, sufría la misma angustia que Lucía.

Hacía bastantes horas que había salido de casa totalmente alterado, dando un fuerte portazo y dejando a Lucía con la palabra en la boca. Durante todo el día y la noche, había estado pendiente de cualquier señal suya para correr a su lado, pero aún no sabía nada de ella. Mil veces cogió el móvil para llamarla, y otras mil lo dejó sobre la mesa. No quiso ir a casa de sus padres para no preocuparlos, ni tampoco a casa de su hermana. No tenía ganas de dar explicaciones y, mucho menos, de recibir esos consejos gratuitos que todos se empeñan en dar sin que nadie los pidiera.

Amaba a Lucía con toda su alma, pero no soportaba que fuera tan cabezota y tan poco razonable. Había sido una noche muy larga, porque no sentirla a su lado después de tantos años juntos le impidió conciliar el sueño.

¿Cómo habían llegado a ese punto? ¿No podían arreglarlo como personas civilizadas? Estaba visto que ellos no.

A lo largo del día había hecho un poco de autocrítica y, cuanto más tiempo pasaba lejos de Lucía, más culpable se sentía. Pero ya no podía dar marcha atrás, había dado su palabra y no podía retroceder. Debía seguir adelante, era su futuro, y por el que llevaba tantos años luchando. Pero algo en el fondo de su corazón le gritaba que corriera hacia ella, le repetía que no estaba siendo justo ni, mucho menos, actuando bien.

En cambio, su mente, más fría e interesada, no quiso dar más vueltas a lo sucedido. Necesitaba un respiro y sabía cómo conseguirlo, solo tenía que volar unos años atrás, como había hecho durante toda la noche. ¡Fue tan fácil cuando empezaron a salir! Al poco tiempo de conocerla en la facultad, supo que era la mujer de su vida, su media naranja, su alma gemela. Tuvo la certeza de que no existía en el mundo otra mujer más perfecta que ella. Antes todo era muy sencillo, se querían y poco más importaba. La vida no tenía complicaciones ni decisiones incómodas que enturbiaran su felicidad, solo estaban Lucía y él, el resto del mundo les daba igual.

No pudo evitar, con una sonrisa en los labios, recordar su imagen al conocerla, jamás podría borrar de su mente lo impactado que se quedó. Aquel día no pudo apartar sus ojos de los de ella, azules como los suyos, y tan grandes

y expresivos que lo miraban y lo dejaban totalmente desarmado. El magnetismo de su mirada era grande e intenso, y quedó atrapado en cuanto se cruzó con la suya, a pesar de la inocencia que desprendía. Y aquellos carnosos y rosados labios se convirtieron en el imán más potente, del cual no podía despegarse. Desde ese primer momento, recogiendo apuntes de la facultad del suelo, en el que sus ojos se posaron sobre aquellos exuberantes labios, solo pensó en besarla.

Recordaba su alegre risa, que era música para sus oídos, y capaz de animarle el día más desastroso. El movimiento tan sensual de su oscura y larga melena, sus pequeños y redondos pechos, cada curva de su cuerpo... Todo ello le hacía añorarla más que a nada en el mundo. Las imágenes sucedían como si de una película se tratara, reviviendo esos momentos tan felices e intensos, tan distintos a los amargos que estaba viviendo ahora. ¡Ojalá pudiera retroceder en el tiempo!

Sin saber por qué, le vino a la memoria aquellos sábados que iban a esquiar.

Muy temprano, preparaba unos bocadillos para almorzar y recogía a Lucía en su casa, para luego poner rumbo a Camprodon. Y después de esquiar durante toda la mañana en las pistas más cercanas, íbamos a casa de sus abuelos, en aquel pueblo antiguo del Pirineo de Girona. Pasábamos las tardes paseando. El municipio estaba partido por los ríos Ter y Ritot, dejando a sus márgenes un precioso paseo. Su zona más antigua, con sus casas de piedra y estrechas calles, era recorrida por los visitantes mientras admiraban su belleza, tanto en los días cálidos de verano, como en los fríos y nevados de invierno. Era el pueblo de su madre y a Lucía le traía buenos recuerdos de su niñez, siempre era feliz pasando unos días allí.

Después de cenar con sus abuelos íbamos un rato al pub del pueblo, donde nos encontrábamos con algunos amigos de su niñez, los que habían decidido quedarse a vivir allí. Tomábamos unas copas mientras la conversación y las risas fluían sin más. Compartían recuerdos o, simplemente, ponían al día sus vidas, y yo los escuchaba disfrutando de la emoción con la que Lucía contaba aquellas anécdotas.

Cuando la noche avanzaba, se levantaban de sus asientos para acercarse a la zona de baile que el pub habilitaba los fines de semana. Ella, mimosa, se perdía en mis brazos bailando al son de la música sin preocuparnos de nada más, solo de nosotros. Nos daba igual qué canción sonara, bailábamos cada vez más acaramelados y sin dejar de besarnos, perdiéndonos en la penumbra de la zona de baile. Poco a poco, la cercanía de nuestros cuerpos, las caricias y los besos iban calentando el ambiente. La ternura y el cariño del principio daban paso a un deseo y una pasión tan ardiente que, al final, teníamos que irnos a casa con urgencia.

Entrábamos en silencio para no despertar a sus abuelos, y allí, en la habitación que ocupaba yo, se desataba nuestra pasión. Nos amábamos con frenesí, perdiéndonos uno en los brazos del otro y disfrutando del sexo. Nos amábamos sin tregua y, en cuanto mi cuerpo se recuperaba, volvía a hundirme en lo más profundo del suyo sin dejar de abrazarla. Nuestros movimientos eran rítmicos y continuos hasta que llegábamos casi al mismo tiempo, a una explosión de placer que nos dejaba totalmente exhaustos.

—¡No te vayas todavía! ¡Quédate solo un poco más! —le pedía sujetándola para que no saliera de la cama.

—Si me quedo nos dormiremos, y sabes que para la abuela la palabra «privacidad» no tiene ningún significado. Vendrá a llamarme por la mañana, y si no me encuentra en mi cama vendrá a esta habitación. ¡No quiero pensar que sucedería si nos encuentra durmiendo juntos! ¡Nos lleva a la vicaría con la escopeta del abuelo! —dijo riendo, pero soltándose de mi potente agarre. Si no

lo hacía así estaba perdida, porque si algo sabía yo, era cómo convencerla.

Aunque no quisiéramos separarnos en toda la noche, debíamos hacerlo. Si su abuela nos hubiera encontrado juntos sin haber pasado antes por el altar, seguro que le daba un infarto. Así que, con toda la pena del mundo, Lucía, después de besarme mil veces, se fue a su habitación.

—¡Por Dios! Que no sea tu abuela la que me despierte. Si abro un ojo y la encuentro mirándome, me da algo —añadí antes de que se marchara—, y si encima me da los buenos días con ese grito de guerra...

—¡Qué exagerado!

—Lo que tú digas, pero si estoy dormido y me despierta con uno de sus gritos, a mí me da un infarto. Dame un último beso.

Y ese beso, como en otras ocasiones, se alargaba hasta el amanecer. Entonces, sobresaltados, nos despertaba el miedo de que la abuela se hubiera adelantado, y Lucía salía medio desnuda de la cama para marcharse corriendo a la suya.

—¡Joder —decía entre dientes—, ¡está helada! La próxima vez será en mi cama.

Y era verdad, la cama estaba helada porque sus abuelos se resistían a poner la calefacción en casa, decían que con la chimenea era más que suficiente, como había sido siempre, y que el frío era sano. Por ello, al no poder entrar en calor, tampoco podía seguir durmiendo, así que apenas media hora después, se levantaba totalmente congelada.

Al día siguiente íbamos hasta las pistas de esquí más cercanas, las de Valter 2000, y pasábamos toda la mañana esquiando. Cuando estábamos tan agotados que nos veíamos incapaces de volver a tomar el remonte, nos sentábamos a comer el bocadillo de tortilla de patata que preparaba la abuela y, después, salíamos hacia Barcelona, cansados por las mañanas de esquí y la noche de..., bueno, y las noches de baile. Pero, aunque llegásemos extenuados, estábamos contentos.

Recordar aquellos momentos de intimidad le hizo moverse inquieto. Su mente reproducía con todo tipo de detalle la intensidad con la que hacían el amor. Y en esos mismos momentos, a pesar de su enfado y de la distancia que los separaba, su cuerpo reaccionaba de la forma que solía hacerlo, excitándose.

Lucía era su vida, tenía todo lo que deseaba en una mujer. Hasta sus defectos le parecían una bendición. Era su alegría, la que llenaba la casa de risas, siempre cantando y bailando. Con solo mirarla era capaz de subirle el ánimo a cualquiera en pocos minutos, y a él más que a nadie. Tenía la facilidad de volver su peor estado de ánimo en felicidad con cuatro carantoñas, porque sus muestras de cariño tenían el poder de ahuyentar sus preocupaciones. Ella era el mejor y más rápido remedio para calmar sus inquietudes. Su optimismo y vitalidad le contagiaban y, ahora, lejos de ella, la oscuridad se apoderaba de él.

Las palabras que ella le repetía a diario, muchas veces con insistencia, se colaron en su mente. Ahora las echaba de menos. Daría lo que fuera por escucharlas de nuevo.

—Dame un beso —me pedía mimosa mientras se colgaba de mi cuello.

—¿Por qué? ¿Para qué quieres un beso? —preguntaba sonriendo mientras la estrechaba con fuerza contra mi cuerpo.

—¿Por qué me quieres? —Eran sus palabras exactas.

Entonces yo le daba un simple beso, de esos que das cuando vas deprisa, sin prestar mucha atención en lo que haces. Lo que llamaríamos un beso casto y puro para salir del paso.

—¡Yo no quiero un beso así! —protestaba a la vez que un puchero curvaba sus labios—, quiero un beso de verdad, de los de tornillo. De los que metes la lengua hasta la campanilla.

Era lo que yo esperaba oír, esas palabras que sabía de memoria y que me producía tal satisfacción escucharlas que siempre acababa dándole lo que ella pedía, y muchas veces un beso solo no bastaba.

En la frialdad de aquella habitación, echaba de menos la manera tan peculiar de Lucía de pedirle un beso que repetía cada día y que les conducía sin remedio a unir sus bocas como si fuera la última vez. También añoraba los besos que le daba porque sí, sin más, solo porque necesitaba sentirlo. Se acercaba hasta él sin importarle lo que estuviera haciendo, ya fuera comer, afeitarse o ver la televisión y, sin mediar palabra, le besaba y se volvía a marchar. ¡Tantas veces repetía aquel sencillo gesto, que un día entero sin sentir sus labios le estaba matando!

Pero Manuel era orgulloso cuando se enfadaba, y le costaba mucho dar su brazo a torcer cuando se creía en posesión de la razón, como sucedía en esos momentos, a pesar de que por dentro estuviera agonizando. Porque lo único que de verdad deseaba era correr junto a Lucía, y su orgullo se lo impedía.

Sin embargo, no pudo evitar que nuevos recuerdos volvieran a su mente. Y es que llevaba casi veinticuatro horas lejos de ella, y la añoranza se estaba apoderando tanto de él que necesitaba recordar cada instante de los que habían vivido juntos, para así mitigar durante unos minutos su dolor. Si no la tenía a su lado, llenaba ese vacío con algo, y nada mejor que recordar aquellos momentos de plena felicidad.

Fue entonces cuando ocuparon su cabeza aquellos paseos por la playa, y las interminables horas que pasaban practicando con la tabla de *windsurf* cuando el viento soplaba con fuerza.

Las risas alocadas de Lucía retumbaban en sus oídos, burlándose del dolor que, en ese instante, le estaba causando su ausencia. Y aquellos gritos que lanzaba, descargando adrenalina cada vez que una ola impactaba con fuerza contra ella y la hacía caer de la tabla, los escuchaba como si se estuvieran produciendo a su lado. Cada pequeño detalle de aquellos divertidos momentos se reproducía en su cabeza como si acabara de suceder.

Los recuerdos se fueron tornando más excitantes, y los gritos producidos por la descarga de adrenalina se convertían ahora en gemidos de placer, al añorar las noches que pasábamos juntos cuando los padres de Lucía o los míos salían de viaje. Dormir junto a ella toda la noche después de hacer el amor era lo mejor que la vida podía darme. Sentirla a mi lado al alargar la mano o escuchar y percibir en mi propia piel su respiración, era un bálsamo para mi vida. Despertar por la mañana y encontrarla acurrucada a mi costado al girarme, era un regalo al que me costaba renunciar cuando se acababan las vacaciones.

Por ese motivo, lo primero que hicimos cuando los dos empezamos a trabajar fue alquilar un piso pequeño y comenzar nuestra vida en común.

Sin duda, aquellos habían sido los años más felices. Tenerla siempre a mi lado fue como el

premio gordo de la lotería. Lucía era el alivio que mi ajetreada vida necesitaba para estar equilibrada. Mi cuerpo, en cuanto cruzaba la puerta de casa, exigía desesperadamente sus caricias, sus besos, y no me saciaba jamás de ella; cuanto más me daba, más exigía yo.

Muchas veces, en la oscuridad de la noche, no podía dejar de mirarla, totalmente relajada y dormida entre mis brazos. Sabía que tener a mi lado una mujer como ella; divertida, generosa y llena de vitalidad, me convertía en el hombre más afortunado del mundo. Solo con la forma en que me miraba y sentir como se iluminaba su semblante cuando entraba en casa, me hacía sentir la persona más especial. Con un simple beso ella era capaz, sin necesidad de palabras, de decirme cuánto me necesitaba, cuánto me amaba y cuánto me deseaba.

Lucía era generosa por naturaleza. En el amor lo daba todo sin reservas y yo era el único que lo recibía. Pegada a mi costado y apoyando la cabeza sobre mi pecho, mientras su pequeña mano me acariciaba lentamente, la comparaba con una diminuta gatita. La veía tan pequeña y frágil que me parecía mentira que tuviera tanto poder sobre mí. Era la única persona del mundo que, con un simple gesto, podía conseguir de mí cualquier cosa. Lucía era el motor de mi vida, y sin ella estaría perdido.

Volvió a resoplar y se tapó los ojos con el antebrazo. Permanecía tumbado en la cama de aquella impersonal habitación, lejos de su hogar y de la mujer que amaba. Todos esos pensamientos lo estaban llenando de nostalgia, y rompiendo su corazón ya maltrecho.

Seguía llevando los tejanos y la vieja camiseta del día anterior, ni siquiera se había desnudado para intentar dormir. Esa misma mañana, el servicio del hotel había llamado a la puerta para limpiar, pero no les dejó hacer su trabajo diciendo que no era necesario, y únicamente pidió un café bien cargado. Durante el día anterior no había comido nada. Claro que, ni siquiera había pensado en la comida, con el nudo que tenía en el estómago era imposible que le entrara nada.

Unos suaves toques en la puerta le advirtieron de que su café había llegado. Se levantó perezosamente y abrió la puerta, quedando ante él un camarero con la bandeja en la mano.

—Señor, su café —anunció el muchacho entrando en la habitación y colocando la bandeja sobre la mesa, a la vez que retiraba el servicio de la mañana. Se fijó en el aspecto desaliñado de Manuel, y comprobó que no había restos de comida—. ¿Desea que le traiga alguna otra cosa, algo de comer quizás? —se atrevió a preguntarle.

Él negó con la cabeza.

—Buenas tardes, señor.

Con un simple «gracias» cerró la puerta tras de sí al salir. Manuel tomó la taza entre sus dedos y la bebió de un solo trago, sin azúcar, como a él le gustaba.

Pero no tenía nada que ver con el que había en casa, aquel que Lucía preparaba especialmente para él, una mezcla de los mejores cafés del mundo. Colombia le proporcionaba a su café la fuerza y el toque amargo, mezclado con el aromático sabor de Etiopía, el encargado de darle aquel toque afrutado y un

porcentaje pequeño de torrefacto que le confería esa textura espesa y el color negro intenso. Hasta con ese pequeño detalle, un simple café, no podía dejar de pensar en ella.

Sabía todo eso porque Lucía le explicaba las propiedades y características de cada café, dependiendo su origen. Esta planta no tenía secretos para la familia Egea, y era ella personalmente la que preparaba esa mezcla especial. Era un café único y solo para él.

Se asomó a la ventana observando la mañana, esperando una señal que le dijera que debía hacer para que Lucía volviera a su lado y que su orgullo quedara intacto. Porque estaba totalmente perdido, no sabía qué hacer. No podía obligarla a nada que no quisiera, como abandonar sus sueños y proyectos por irse con él. Pero tenía que reconocer que su forma de actuar era también una manera de obligarla.

Le dolía que hubiera algo más importante que él, aunque ese algo fuera un proyecto que ya existía antes de conocerse. No lo había hecho bien, ¡de acuerdo!, y tenía que haberlo consultado con ella, ¡vale! Pero no era para tanto, ¡no era para siempre!

3

Estaba siendo el peor sábado de su vida.

Esa tarde hacía ya cuarenta y ocho horas que Manuel había salido de casa y no daba señales de vida. Lucía había mandado a sus hermanas y amigas un *WhatsApp* diciéndoles que se iban de fin de semana fuera de la ciudad, porque no estaba preparada para que vinieran a su casa y verse obligada a contar lo sucedido. Si alguna veía a Manuel, mala suerte, ya les daría las explicaciones necesarias. Pero, mientras tanto, nadie perturbaría su soledad, y vertería todas las lágrimas que creyera necesarias para calmar su dolor.

Además, ya sabía cómo iban a reaccionar, tanto sus amigas como sus hermanas le darían la razón a Manuel, ¡como siempre! Le buscarían mil excusas para su vil comportamiento. Pero esta vez no les iba a reír la gracia como otras veces, esta vez estaba dolida de verdad. Por eso prefería calmarse antes de hablar con alguien.

Cuanto más tiempo pasaba Manuel fuera de casa, más se desesperaba. Si no estaba con él, no quería la compañía de nadie, por lo menos en esos momentos. Sentía una angustia y una sensación de ahogo tan grande que, asustada, respiró profundamente, tratando de calmarse. El miedo no la dejaba pensar ni actuar con claridad. Estaba segura de que no quería perderle, pero la vida no funcionaba como él creía, no podía decidir por los dos algo tan trascendental como era su futuro en común, algo que los implicaba por igual. Pero ella tampoco había estado muy acertada y, como siempre, se había dejado llevar por aquel impulso tan visceral que la perdía. Durante todo el día, las palabras que su madre le había repetido multitud de veces retumbaron en su cabeza sin cesar.

—Un día este carácter tuyo tan explosivo te dará un disgusto —le decía cuando se encabzonaba con cualquier cosa y discutía como si no hubiera mañana.

Había tomado una decisión bajo el efecto de un fuerte enfado. Había tenido una gran pelea con Manuel y la lengua se le fue. La resolución que tomó a lo mejor fue un poco precipitada y no demasiado oportuna, pero ya estaba hecho. Era uno de sus defectos, en ocasiones pecaba de impulsiva y actuaba sin pensar en las consecuencias, dejándose llevar por lo que sentía en aquel momento y, aunque enseguida se arrepentía, era cabezota y le costaba reconocer cualquier error y disculparse, aunque fuera con un simple «lo siento».

Esta vez, por lo que estaba comprobando, Manuel no tenía remordimientos

por la decisión que había tomado en solitario. Aún no se había disculpado.

¿Por qué ella sí estaba sintiendo remordimientos? ¿Por qué tenía Manuel la certeza de que la equivocada era ella? ¿No era más culpable él?

Llevaba veinticuatro horas sin dejar de pensar, ni de preguntarse a sí misma cuestiones que no sabía o no quería contestar. Era un esfuerzo mental tan grande, y aquella agonía se alargaba tanto, que ya no pensaba con claridad.

Si le contaba a su madre lo que estaba pasando entre ellos sabía con certeza que le iba a decir. Según ella, tendría que estar al lado de Manuel porque el amor era lo primero y lo más importante en la vida.

Su madre, con solo diecinueve años, había abandonado todo: su familia, su pueblo y sus amigos para ir a Sant Feliu y estar junto a su padre. Le dolió separarse de sus padres, porque sus dos hermanos ya habían abandonado el pueblo años atrás, pero, según les había dicho muchas veces, jamás pensó en lo que dejaba, sino en lo que ganaba.

La hermana de su madre, Carmen, cinco años mayor que ella, vivía en Londres. Fue una aventurera sin miedo a nada, y muy jovencita se marchó a probar fortuna. Y su hermano Miguel Ángel, tres años mayor que ella, en el año 1976 le tocó hacer la mili en la marina y se acabó quedando en el ejército. Lo destinaron a Cartagena y allí seguía.

Pero Lucía no estaba totalmente de acuerdo con el razonamiento que seguramente le expondría su madre. Bueno, estaba de acuerdo, pero no creía que únicamente ella sola tuviera que tener obligaciones.

¿Solo para ella debía ser el amor lo primero? ¿Y para él? ¿Él no tenía ninguna obligación con ella? ¿No podía sacrificar algo?

Estaba cada vez más confundida y, aunque en un primer momento pensó que estar sola le ayudaría, con el paso de las horas se estaba dando cuenta de que era una decisión totalmente equivocada. Cuanto más tiempo estaba así, más nerviosa y angustiada se sentía. La soledad no le estaba ayudando nada y, aunque no quería la intromisión de nadie, se agobiaba cada vez más.

Se estaba dando cuenta de que necesitaba a sus amigas y a sus hermanas cerca, quería hablar con ellas, que la escucharan y la entendieran. Pero, sobre todo, lo que más necesitaba era un hombro sobre el que llorar, porque por más esfuerzo que ponía, no lograba tranquilizarse.

Había tomado una decisión y todavía estaba a tiempo de cambiar de opinión. Manuel no había tenido la misma consideración con ella, ni siquiera para discutirlo antes de hacerlo. Solamente le había dado el ultimátum, porque decidir, ya lo había hecho él. Y lo que más le dolía a Lucía era que le diera igual

ir solo o con ella. Lo que estaba claro era que Manuel se marchaba a Atlanta, sin importar lo que pensara. A ella únicamente le quedaba tomar una decisión entre dos caminos totalmente opuestos. La solución era fácil, elegir entre ir junto a él o bien quedarse sola.

Tomara la decisión que tomara, sufriría. Si se quedaba sola, se moriría sin él, y si se iba, dejaría sus ilusiones atrás, además de sentirse menospreciada. La vida laboral de los dos era plena y llena de responsabilidades. Cuando Manuel terminó sus estudios tuvo la suerte de colocarse en la famosa multinacional de Coca-Cola, en la fábrica embotelladora situada en Esplugas de Llobregat, cerca de la casa de sus padres.

Su talento para los negocios dio resultados tan rápidamente, que en poco tiempo Manuel se convirtió en uno de los directores más prestigiosos de aquella fábrica. Y aunque en un principio su juventud jugó en su contra, esa misma faceta pronto se convertiría en un poderoso aliado. En pocos meses, el departamento que dirigía aumentó su producción considerablemente, dando unos beneficios hasta ahora desconocidos para la empresa. Los jefes de Atlanta, donde estaba la sede central, enseguida se dieron cuenta del potencial que tenía para los negocios. Pronto fue reclamado, primero por las embotelladoras del resto de España, más tarde del resto de Europa y, finalmente, incluso por la central. Su agresividad para los negocios, aplicando cualquier medida por dura y radical que resultara, estaba dando excelentes resultados. Y la empresa no estaba dispuesta a mal emplear un potencial así, últimamente su presencia era requerida con mucha insistencia en Atlanta.

En cuestión de tres años, Manuel había llegado a lo más alto en España. Los directivos de la multinacional querían que aplicara su destreza para levantar la producción en diferentes fábricas de todo el mundo.

Al mismo tiempo, Lucía se había hecho con el control y dirección de la fábrica de café fundada por su abuelo. Junto a sus hermanas, planeaba la expansión del negocio. De momento habían salido tímidamente de Barcelona, aumentando el mercado y abriendo tiendas en varias ciudades cercanas a la Ciudad Condal.

Ayudada por su hermana Lola para llevar la contabilidad, Lucía se dedicaba más al *marketing*, así como al estudio de mercados. En dos años habían inaugurado con éxito tiendas en poblaciones tan importantes como Sabadell, Vilanova y Vilafranca.

El trabajo de Manuel era importante, y tenía mucha responsabilidad entre manos, pero no menos que el proyecto familiar de Lucía. Los dos estaban

satisfechos con sus vidas, tanto en el plano familiar como laboral. Como se dice en estos casos, la vida les sonreía. Pero en cuestión de dos meses, se habían complicado, y no para bien.

Lucía no pudo evitar pensar en aquel doloroso momento, cuando empezó todo, hacía más de un mes. Y su mente se desplazó con dolor a aquel día, después de la jornada laboral.

Un mes atrás, Manuel llegó a casa eufórico. Le habían propuesto subir su categoría de jefe de ventas a director de mercado. Nos abrazamos emocionados, el éxito de uno era también del otro. Hicimos planes, brindamos, nos besamos y lo celebramos de mil maneras diferentes. Manuel me dijo que tenía un mes para pensarlo, pero que ya les había dado su conformidad. Decía que no iba a ser tan tonto de pensárselo, y yo estaba tan emocionada como él.

Y solo cuando empecé a hacer planes de futuro, como cambiarnos de casa y pensar en tener hijos, Manuel supo que yo no le había entendido.

—Lucía, cariño, no creo que sea el momento más adecuado para tener un hijo, no quiero que nuestro pequeño sea americano.

Yo lo miraba confusa, aunque claro, tampoco me había dicho nada en concreto. Antes de que le preguntara, me lo aclaró todo.

—Me han ascendido y tenemos que trasladarnos un año, máximo dos, a la central de Atlanta. Serán dos años para nosotros, para disfrutar juntos. Viajaremos, conoceremos por fin Estados Unidos, y podremos hacerlo de punta a punta.

Me quedé petrificada, no entendía nada. Teníamos que marcharnos y dejar nuestra casa, la familia y el negocio; Manuel lo había decidido arbitrariamente, sin consultarme ni pedirme opinión.

¿Y yo? ¿Dónde se quedaba lo que yo quería?

Le miré llena de incredulidad. No le creía capaz de actuar a mis espaldas en algo tan serio como era el futuro de los dos. Aunque fuera muy beneficioso y tentador, la vida en pareja no funcionaba así.

—¿Cuánto tiempo tienes para aceptar o rechazar la propuesta? —pregunté, cambiando completamente la euforia de unos segundos antes, por la preocupación. Era una decisión muy delicada.

—No la voy a rechazar, Lucía, es la ocasión de mi vida y la voy aprovechar. No me puedes hacer eso —exclamó, sin contestar a mi pregunta.

¡Me se quedé sin palabras!, apenas podía entender lo que estaba insinuando. Acababa de decírmelo, era la ocasión de su vida. Eso me enfureció y no pude hacer otra cosa que saltar.

—¿Y tú sí puedes hacérmelo? ¿Y mi negocio? ¿Y mis proyectos? —Estaba totalmente alterada.

—Cuando volvamos estarán aquí, no corres el riesgo de perder nada.

—¿Y qué haré yo en Atlanta mientras tú te dedicas a tu trabajo, mientras tú te realizas de la forma que has elegido?

—Puedes hacer cualquier cosa, aprender inglés, por ejemplo, y si no quieres no necesitas hacer nada, con lo que nos van a pagar no nos hará falta. Nos dan vivienda y coche a cuenta de la empresa, además, ¡casi me triplican el sueldo! Creo que con todo eso no será necesario que trabajes.

Yo me conocía y sabía que si seguía hablando no iba a poder controlar la ira que empezaba a embargarme, así que preferí poner distancia entre nosotros, era lo más sensato en esos momentos, porque si explotaba... Me levanté en completo silencio, pero llena de rabia por dentro, y abandoné el salón sin saber cómo calmarme. Necesitaba hacer algo, ¡lo que fuera, pero ya!

Llegué a la cocina, encendí el pequeño aparato de música y busqué esa canción que todos tenemos para levantar el ánimo. En un segundo, *Extremoduro* interpretaba *La vereda de la puerta de atrás*. Subí el volumen y comencé a sacar ingredientes a toda velocidad, no había mejor terapia para mí que encerrarme en la cocina con la música a todo volumen y guisar, no importaba qué. Era un rasgo muy característico de las hermanas Egea, a las cuatro nos pasaba lo mismo, la cocina y la música nos calmaba. Estar entre cazuelas siempre me ayudaba a poner en orden mis pensamientos, y en ese momento era lo único que necesitaba, ya que en mi cabeza todo daba vueltas como un tornado. No quería que alguna de mis temidas explosiones de ira saliera ahora, tenía que calmarme para hablar con serenidad y este no era el momento, tendría que apaciguarme antes de abrir la boca, si no la cagaría.

Sabía lo que debía hacer, respirar hondo unas cuantas veces y gastar esa energía en la cocina, o salir a correr, o limpiar los cristales, que también era una buena manera de calmarme. Mi madre siempre me aconsejaba que primero apaciguara a la fiera que llevaba dentro y, después, con la mente fría, sería capaz de discutir cualquier cosa sin alterarme.

Saqué las verduras y las corté a gran velocidad, un pimiento y otro, una cebolla, otro pimiento, un calabacín... Si seguía acabaría con todas las verduras del frigorífico, pero no me importaba. Mi cabeza se centró en el problema que había surgido, tenía que verlo con frialdad y, sobre todo, sin sentirme parte implicada. Tenía que intentar ser objetiva.

Hice un resumen para que mi mente lo pudiera comprender: Manuel había aceptado un trabajo, muy beneficioso, satisfactorio y gratificante, pero solo para él. A mí me quedaba el papel de florero, un simple adorno en la brillante vida de un ejecutivo agresivo.

No había pensado en mí en ningún momento. De ser así, no habría aceptado sin más. Si lo hubiera hecho primero me habría contado la oferta, y después lo habríamos discutido, valorando los pros y los contras. Y solo en último lugar, y también entre los dos, habríamos tomado una decisión; o ir a Atlanta o quedarnos en Barcelona, pero sería cosa de los dos.

Eso sería lo correcto, y lo que cualquiera esperaría cuando eres parte implicada en un proyecto de vida en común.

Pero no había sucedido así. Manuel solamente pensaba en su beneficio y no en el sacrificio que yo tendría que hacer para acompañarlo, y había tomado la decisión de una manera casi despótica.

«¿Y qué hacer con mis necesidades y proyectos?»

Como había dicho Manuel, aparcarlos durante dos años, porque ahora era su momento, su gran sueño hecho realidad. ¡Que estaba muy bien!, pero debería haber contado conmigo.

4

Una hora llevaba Lucía en la cocina completamente callada. Solo los constantes golpes del cuchillo contra la tabla de madera rompían aquel incómodo y tenso silencio que se extendía por toda la casa.

Yo, a punto de sufrir un colapso por los nervios, permanecía en el salón, pero pendiente de lo que sucedía en la cocina. La conocía y sabía que estaba enfadada, aunque esa no era la palabra que mejor la definía en aquellos momentos; más que enfadada estaba rabiosa. Cuando salió del salón, sus ojos desprendían ira y decepción por partes iguales. ¡Echaban fuego!

No entendía por qué motivo se había molestado tanto.

¡Vale, no había contado con ella!, y por un momento vi un motivo a su actitud. Pero el resultado habría sido el mismo, y eso lo sabía Lucía. Unas condiciones como aquellas no volverían a presentarse en sus vidas jamás.

¡Teníamos que aprovechar la ocasión! ¿Es que Lucía no era capaz de ver algo tan claro como eso? ¡Joder, que ella era una mujer inteligente! ¿Tenía que explicarle todas las ventajas, igual que si estuviera viendo Barrio Sésamo?

Media hora después de su salida de la cocina, no pude aguantar más la creciente tensión. Los continuos ruidos cada vez me inquietaban más, y por fin decidí ir hasta allí. Teníamos que hablar, escuchar todo lo que ella quisiera decirme, porque tenía razón: éramos una pareja y, como tal, había que compartir las decisiones.

Me quedé apoyado en el marco de la puerta mientras la contemplaba en silencio, bueno, su grupo preferido seguía sonando a todo volumen. Estaba tan guapa que mirarla así, despacio y con atención, me dejaba sin aliento. Necesitaba tomarla entre mis brazos y hundir la nariz en aquella abundante melena para calmarme.

Como si Lucía presintiera mi presencia, se volvió hacia mí, observándome en silencio. Pero esta vez no hubo una sonrisa, como solía hacer cuando me sorprendía mirándola. Esta vez, después de contemplarme y dejar entrever su monumental cabreo, volvió la vista rápidamente a la encimera y empezó a batir las claras de huevo, con más fuerza y brío que antes. Si seguía batiendo con esa fuerza, la fuente se rompería sin remedio. ¡Estaba más que furiosa!

—Lucía...

—¡Ni Lucía ni leches! —Soltó el tenedor sobre la fuente con fuerza, encarándome, furiosa—. ¿Qué es lo que quieres ahora? Porque ya no te queda nada por decidir, ¿no? Tú lo has hecho todo solo, has elegido por ti y por mí. ¿Qué quieres ahora?

—Lucía, por favor, vamos a hablarlo, cariño. Tenía que actuar con rapidez, pero nada es irreversible en la vida.

—¿Qué te queda por hablar, Manuel? Dime qué es lo que no has decidido todavía, ¿la ropa que meterás en la maleta? ¿Con qué compañía volarás? Porque debe ser lo único que no tienes planeado. ¡Mira, déjame en paz!

—Tenía que decir algo delante del director para que no se lo propusieran a ningún otro, por eso lo decidí yo solo. Pero sabes que, si no hubiera sido por algo así, jamás hubiera tomado esa decisión sin contar contigo.

—Me dan igual los motivos. Pensé que éramos una pareja que lo compartíamos todo, pero me equivoqué. No tengo ganas de hablar, el tiempo de hacerlo ya pasó y no contaste conmigo. Ahora quiero estar sola y pensar muy bien lo que voy hacer. Porque tú ya has hecho tu elección, pero yo no. Aunque no me quede mucho margen de maniobra. Si no te importa, sal de la cocina y déjame sola, por favor.

Me quedé blanco con lo que acababa de escuchar.

¿Qué decisión quería tomar esta loca? Ya estaba hecho, nos marcharíamos a Atlanta y en dos años estaríamos de vuelta y podríamos seguir con nuestras vidas. Sería como un largo viaje de novios, solo nosotros, disfrutando el uno del otro. Conoceríamos los Estados Unidos, algo que estábamos deseando, y acabaríamos por dominar el inglés a la perfección. Pero, sobre todo, estaban las condiciones económicas. Durante todo ese tiempo, podríamos ahorrar y comprar una preciosa casa al volver a Barcelona. Además, al volver, el puesto de director de todas las embotelladoras de España sería mío. No había que pensar mucho porque todo eran ventajas.

Y a pesar de que Lucía me repetía que la dejara sola, no podía hacerlo, era imposible alejarse. Me acerqué a ella obviando la amenaza que venía impresa en su voz. Pero no quería que la discusión fuera a más, la necesitaba y quería tenerla, no podía dejar que su enfado creciera. Sabía que su reacción era la más lógica y estaba seguro de que si tenía paciencia, todo se arreglaría.

Me coloqué tras ella y la estreché por la cintura, oprimiéndola fuertemente contra mi pecho. Enterré la nariz en el hueco de su hombro y aspiré con fuerza su aroma, era el bálsamo de mi vida; sin aquella fragancia no podría vivir.

Ella dejó el cuchillo en la encimera y cerró los ojos, apoyando la cabeza en mi pecho. Yo sabía que cuando me sentía tan cerca no podía seguir enfadada conmigo, todo lo que había sucedido anteriormente dejaba de tener importancia, se olvidaba.

—Nena, lo eres todo para mí, sin ti mi vida está vacía, y lo sabes. Eres mi amanecer y mi ocaso, mi fuerza y mi remanso de paz. No puedo soportar que estés así. ¡Por favor, Lucía, no me ignores!, sabes que sin ti no soy nada.

Lucía no pudo evitar que sus lágrimas cayeran sobre mis brazos, que la mantenía fuertemente cogida. A los dos nos pasaba lo mismo, que nos necesitábamos y no podíamos imaginar la vida el uno sin el otro. Se dio la vuelta y buscó con desesperación mi mirada y, en cuanto se encontró con ella, aplastó sus labios contra los míos, teníamos que besarnos con urgencia. Los dos nos fundimos en un apasionado beso, mientras un gemido salía de su garganta, amortiguado dentro de nuestras bocas, ahora unidas. Yo la estreché con tanta fuerza que apenas podíamos respirar. El calor dentro de nuestros cuerpos era cada vez mayor, ardíamos de deseo y los dos sabíamos perfectamente cómo apagar ese fuego.

Solo tuve que hacer un pequeño gesto: apartar los finos tirantes del vestido y este cayó al suelo dejándola solo con unas pequeñas braguitas. Y ella no tuvo más que tirar hacia abajo de la goma de los finos pantalones, que también cayeron al suelo. Apartamos nuestras ropas con los descalzos pies y nos oprimimos uno contra el otro, piel contra piel. Lucía sentía en su vientre mi dura erección y la pasión entre nosotros se desató. Los dos teníamos una única idea en la mente, yo me moría por entrar dentro de ella, y Lucía no podía esperar más para sentirme en lo más profundo de su cuerpo.

No quería retrasar ni un minuto más para hacerla mía, porque si seguíamos moviéndonos de aquella manera, contoneándonos uno contra el otro con tanta excitación, me correría sin necesidad de penetrarla. La cogí de los glúteos hasta que colocó sus piernas alrededor de mi cintura, la subía sin ningún esfuerzo. ¡Era tan menuda! La separé un poco para guiar mi potente erección hasta su húmeda abertura, entrando de un solo empujón. Lucía se arqueó en mis brazos, sintiéndome en lo más profundo de su cavidad. No tardamos en abandonarnos cuando la explosión de placer nos sorprendió a los dos por la rapidez y la intensidad. No teníamos ni fuerzas para seguir de pie, y cogí la silla más cercana para sentarme sin soltar a Lucía que, apoyada sobre mi hombro, era incapaz de moverse.

Durante unos minutos los dos permanecemos abrazados sin pensar en nada, tan solo disfrutando de esos momentos de intimidad y pura felicidad. Yo, todavía dentro de ella, no dejaba de sentir las, ya débiles, pulsaciones del intenso orgasmo, aunque Lucía no era consciente; su cuerpo todavía se estremecía por dentro, sin dejar de oprimirme.

—Vamos a la ducha cariño, necesito agua fresca, pero no quiero separarme de ti.

No dijo nada, solo movió la cabeza afirmativamente. Me levanté sin soltarla y entramos en la ducha. El agua fría tan repentina nos espabiló de golpe. Lucía no podía ni respirar por la impresión. Cuando se recuperó del impacto, me golpeó las costillas, mientras yo reía con fuertes y sonoras carajadas.

—¡Qué salvaje eres!

Entre risas nos olvidamos momentáneamente de la amenaza que se cernía sobre nosotros, la habíamos aparcado, pero eso no quedaría así. En cualquier momento se reanudaría la pelea, aunque este primer combate había quedado en tablas.

Por otro lado, Lucía suspiró, recordar ciertos momentos había provocado que más lágrimas rodaran por sus mejillas. Con el dorso de la mano las limpió energicamente, se negaba a llorar más, pero no podía remediarlo, echaba de menos a Manuel, quería que volviera. La vida se les estaba complicando por momentos y lo peor de todo era que ellos no sabían gestionarlo bien. Se estaban alejando, y eso le daba miedo, no quería perderlo, pero la realidad era que ella estaba en casa sola, mientras ignoraba el paradero de él.

No podía seguir así, necesitaba compartir esa pena, tenía que desahogarse, porque si no lo hacía, se iba a volver loca. En un primer momento, pensó que podría pasar por ese amargo trago en soledad, pero se equivocó. Lloraba con rabia mientras marcaba el número de su amiga Alba, no sabía si podría hablar cuando ella descolgara, porque sus sollozos eran cada vez más angustiosos, y el nudo que le oprimía el pecho cada vez más estrecho. Cuando Alba contestó, Lucía no pudo contenerse más y, llorando sin cesar, intentó hablar. Pero con esa congoja era imposible articular una palabra y, cada vez que lo intentaba, unos balbuceos incomprensibles salían de su garganta

—¡Lucía! ¿Qué sucede? —preguntó su amiga alarmada, escuchándola sin que pudiera entender nada.

—Alba, ¡Manuel se ha ido! —finalizó esforzándose, y sin poder contenerse por más tiempo, rompió a llorar de una forma tan desgarradora que a su amiga se le congeló el alma.

—Tranquilízate y cuéntamelo todo. Luego veremos lo que podemos hacer.

Lucía, que a duras penas podía hablar, tardó en calmarse, pero al final lo hizo y le contó, no sin cierta dificultad, lo que había sucedido entre ellos y cómo durante unos días habían capeado el temporal... Pero que al final había estallado entre ellos una tormenta, o más bien todo un huracán de categoría cinco.

Alba la escuchaba sin decir nada, su amiga tenía que sacar toda la angustia que la estaba destrozando por dentro. Terminó llorando y gritando a través del auricular.

—¡No va a volver! ¡Nos dijimos cosas horribles! ¡Dios mío, Alba! ¡Lo he perdido!

—Eso es imposible Lucía, Manuel te adora. Habéis discutido y cuando se le pase el enfado volverá. ¿Quieres que vaya a tu casa y hablamos un rato?

—No, Alba, ahora solo quiero irme a la cama, llevo dos días sin pegar ojo. Hablar contigo me ha ido muy bien, me ha tranquilizado mucho. Necesitaba contárselo a alguien y, aunque al principio no quería hacerlo, desahogarme contigo ha sido lo más acertado que he hecho en dos días.

—Vale, ahora descansa, y si me necesitas no dudes en volver a llamarme a cualquier hora. Mañana llamo a Victoria y a Marta. ¿A qué hora quedamos para comer?

—Mañana tendré que contarles también a mis hermanas lo sucedido. Les tendré que decir que se ha ido, porque no les puedo engañar por más tiempo, sobre todo a Lola, que tenemos que trabajar juntas y no se le escapa ni una por mucho que lo intente.

—A veces desahogarse va mejor que callarse las cosas. Acuérdate cuando Marta y Luis lo dejaron, tardó días en decirnos lo que sucedía y en cuanto nos contó todo y se desahogó con nosotras, la angustia desapareció. Nuestra compañía le ayudó a llevar su pena. Ahora vamos hacer contigo lo mismo, aunque ya verás como Manuel volverá enseguida. No podéis estar mucho tiempo separados.

—¡Ojalá sea verdad! ¡Le quiero tanto, Alba! Si lo pierdo me moriré, no puedo imaginar mi vida sin él.

—No pienses en eso, Lucía. Todo se arreglará, no puede pasar algo así, los dos os queréis y por muy cabezotas que seáis, ¡que lo sois!, lo vuestro no se puede acabar por una tonta discusión. Pero no le des más vueltas por hoy y descansa, mañana hablaremos.

—Sí, será lo mejor, porque si seguimos hablando voy a empezar a llorar otra vez y llevo dos días sin parar de hacerlo. Gracias por estar aquí cuando te necesito, Alba. Y sobre todo no digas nada, ya me entiendes.

—Mañana nos vemos. Y no te preocupes, tu secreto está a salvo, ¡por ahora! Pero te advierto que no podrás esconderlo por mucho tiempo. Mañana tendrás que pensar en tomar una decisión y decirles lo sucedido a todos, sobre todo por tu tranquilidad.

—Lo sé —dijo con un largo suspiro. —Pase lo que pase, mañana todo el mundo se enterará.

En cuanto colgó, y a pesar de saber que al día siguiente debía contárselo a todo el mundo, se dio cuenta de que estaba mucho más tranquila. Era pronto para irse a dormir, pero no tenía ganas de hacer nada, ni siquiera de ver la televisión,

así que se dejó caer sobre la cama.

5

Horas después, seguía tumbada sobre cama, no sabía qué hora era y tampoco le importaba mucho. Al día siguiente tendría que ir a trabajar y sabía que, tanto su padre como su hermana Lola, notarían que algo le pasaba nada más mirarla, y odiaba preocupar a su familia. Trabajaban en el mismo despacho, una frente a la otra, y aunque no se había mirado al espejo en todo el día, intuía que su cara debía ser un poema. Ella intentaría disimular con el maquillaje, pero no lo conseguiría, su familia la conocía demasiado y no podría pasar desapercibido su aspecto. Dos días llorando y rota de dolor no se podían ocultar y, además, ella era una pésima actriz y no sabía mentir.

Tampoco podría comportarse como hacía siempre, siendo la alegre y espontánea que ellos conocían a todas horas riendo y bromeando. No podía ser una mujer llena de vitalidad cuando su corazón estaba desgarrado y hecho añicos.

Podría llamarles por teléfono y decirles que no se encontraba bien, pero en menos de media hora su madre estaría tocando el timbre, ¡y en cuanto la viera estaba perdida! A ella sí que no podía ocultarle nada, su madre tenía rayos x en los ojos y traspasaba su alma, o la de sus hermanas, sin la necesidad de intercambiar una sola palabra.

A lo mejor después llamaba a su hermana Lola y le contaba lo que estaba pasando, y así el impacto al día siguiente sería más suave y entre las dos podrían engañar a su padre. Sí, la llamaría, pero más tarde, ahora quería dormir un rato.

Pero por mucho que cerró los ojos y lo intentó, no pudo conseguirlo. Una nueva preocupación la inquietaba, además de la marcha de Manuel tenía que añadir una nueva intranquilidad, no sabía cómo contarle a su familia lo sucedido, él era uno más.

¡La cabeza le iba a estallar! No quiso pensar más en asunto, ya se le ocurriría algo.

Lo que no pudo evitar fue que Manuel volviera a colarse en su cabeza. No dejaba de dar vueltas a todo lo que había pasado los últimos días una y otra vez, le parecía imposible estar viviendo una situación como aquella. Si esto se lo hubieran dicho tres meses atrás, ella, sinceramente, le hubiera dicho a cualquiera:

—¿Nosotros separados? ¡Imposible!

Pero la vida le estaba demostrando que no había nada imposible, que, por

cualquier motivo, a veces muy insignificante, dos personas que se amaban se podían separar. Por eso, una y otra vez recordó la fuerte pelea y el motivo de la ausencia de Manuel, lo tenía tan presente que no se apartaba de su mente ni un segundo.

Unas semanas antes...

Había pasado una semana y ninguno de los dos sacábamos el tema que coleaba entre nosotros. El día que Manuel debía marcharse se acercaba y todavía no sabíamos nada con seguridad. Yo estaba nerviosa y Manuel preocupado, no sabía cómo plantearme de nuevo el tema del traslado sin enzarzarnos en una nueva pelea. Pero teníamos que hacerlo, porque solo quedaban dos semanas para tomar el avión.

Así que al final, Manuel se armó de valor y decidió hablar conmigo muy en serio, sin alterarse, pero debíamos ponernos de acuerdo en algunas cuestiones.

Esa misma tarde lo recibí muy sonriente y él pensó que era el mejor momento de abordar el tema.

—Cariño, tenemos que hablar del viaje.

—¿Qué tenemos que volver a hablar? Creí que ya lo habías solucionado.

—¿Y cómo pretendes que lo solucione? ¿Puedes ser un poco serio? No hay solución, hay un viaje que tenemos que hacer y unas decisiones que debemos tomar, como buscar piso en Atlanta, poner al día los papeles, decidir qué hacer con todo lo que tenemos en este piso...

—Todavía no he pensado qué voy hacer —respondí, muy seca.

Con aquellas palabras, me sentí utilizada, toda la comprensión y zalamería de los días anteriores era simplemente una farsa, una encerrona para camelarme y que aceptara, sin más, el traslado a Atlanta. Me sentí estafada y eso me dolió. Y en aquellos momentos solo veía que Manuel era capaz de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

Pero ese pensamiento nada tenía que ver con lo que verdaderamente pensaba Manuel, no podía estar más equivocada; él se sentía totalmente frustrado, no entendía como ella, siendo tan brillante, podía estar siendo tan obtusa en este momento. ¡No podía echarse atrás! ¿Cómo podía hacerle entender algo tan sencillo sin llamarla tonta? Le gustaría gritarle, ¡la decisión está tomada! ¡La empresa ya tiene todo preparado en Atlanta! ¿Qué pretendes que arreglemos?

Manuel sabía que podía decidir no acompañarlo, quedarse en Barcelona, pero eso a él ni se le pasaba por la cabeza, no podía concebir esa posibilidad. Y debía ser prudente, tenía miedo de emplearse a fondo en una discusión, pues conocía a Lucía y no quería que se sintiera acorralada, ni empujarla a que hiciera algo irreversible. Era muy terca, tanto como él. Así que cogió sus llaves y, antes de empezar una nueva pelea, salió de casa totalmente frustrado. Prefería calmarse en soledad que seguir hablando y comenzar una discusión que ninguno de los dos sabía a dónde los llevaría.

Lucía tenía una mezcla de sentimientos, por un lado, se moría por acercarse a él y decirle: *cariño, no te preocupes que nos vamos juntos*, pero su orgullo se lo impedía. Quería castigarlo por tomar decisiones sin contar con ella, por ser tan engreído, por prepotente, por creerse superior a ella y por muchas más cosas, y esta era la única forma que había encontrado para hacerlo, mortificarlo cuanto más tiempo mejor. Estaba enfadada con él y quería escarmentarlo, y evitando hablar del tema lo ponía nervioso, aunque lo tenía muy pensado y al final se iría con él.

Lucía se levantó de la cama y fue hasta el lavabo, cogió un ibuprofeno y siguió hasta la cocina. Se tomó la pastilla y preparó un café, debería comer algo, pero el nudo que tenía en el estómago le impedía hacerlo. Se sentó en la mesa ante una aromática taza de café, el que a Manuel tanto le gustaba, hasta en esos pequeños detalles lo extrañaba. Su mente volvió donde lo había dejado antes de

ir a buscar la pastilla.

Ese sábado los dos decidimos ir por separado, yo había quedado con mis amigas, y Manuel con los suyos. Hacía años que no salíamos un fin de semana por separado si no era por una despedida o alguna cena de trabajo. Necesitábamos desahogarnos y cada uno en nuestro ambiente era la mejor forma para hacerlo.

Yo convertí la cena en una confesión en toda regla y cuando terminé, mis amigas alucinaban, no podían creerse que Manuel se hubiera comportado como un hombre de Neanderthal.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y qué piensas hacer, Lucía? ¿Iras a Atlanta? —exclamo Alba con los ojos muy abiertos.

—¡Claro que iré! Pero tengo que darle un escarmiento, no quiero que algo así vuelva a suceder otra vez. Hasta el último momento le voy a tener con la incógnita. Quiero que me diga que lo siente, que me pida perdón.

—¡Por un momento me había asustado, Lucía! Pensé que le ibas a dejar ir solo. —Le dijo Victoria suspirando con alivio.

—¿No puede echarse atrás? ¿Por qué tiene que ser Lucía la que renuncie durante dos años a sus proyectos? —preguntó Marta indignada.

—¡No me digas que tú lo pensarías si tuvieras una oportunidad como esa! ¿Has escuchado las condiciones? —cuestionó Victoria, pensando más en los beneficios que en la mala acción de Manuel.

—Ya sabemos que las condiciones son imposibles de rechazar, pero Manuel no lo ha hecho bien —recalcó Marta.

—¡Chicas!, lo que tenemos que hacer es calmar los ánimos y no alterarlos, todas sabemos, y Lucía la primera, que Manuel tenía que haber hablado primero con ella, pero no lo hizo, y ahora hay que arreglar el desaguizado. Entonces, todo lo que sea repetir lo mal que Manuel lo ha hecho, vamos a dejarlo a un lado. Lucía tiene decidido irse con él y lo que hay hacer es convencerla para que acabe con esta situación que los tiene a los dos de los nervios —añadió Alba.

—Yo solo quiero darle una lección, pero lo tengo muy claro, quiero estar con él, ya sea en Barcelona, en Atlanta o en la luna. Le seguiré donde vaya, pero quiero que me valore como yo lo valoro a él. Necesito ocupar el primer lugar en su vida, lo mismo que él lo es todo para mí.

—Dale dos días más y verás cómo te pide perdón y te suplica que vayas con él. Sé que se arrastrará con tal de no perderte. —La tranquilizó Alba.

Después de la cena, las cuatro amigas tomaron unas copas que las animaron, riéndose y divirtiéndose como hacía días que no.

Recordó lo bien que lo pasó aquella noche con sus amigas.

Alba psicoanalizó mi comportamiento después de tomar unas cuantas copas, y las conclusiones profesionales a las que llegó eran de lo más disparatadas: desde que ellas, las tres, lo acompañaban a Atlanta, hasta los castigos que podía infligirle, algunos de ellos de lo más eróticos. Las cuatro reímos hasta que nos dolieron las mandíbulas.

No pude evitar sonreír al recordarlo. Me quedé tranquila contándoles a mis amigas lo que ocurría entre Manuel y yo, no tuve que disimular más y dejé de poner en un compromiso a Alba.

Escuchando a mis amigas, pensé que tenía la sartén por el mango, recordé la sensación de sentirme poderosa, y lo único que me quedaba era escuchar las disculpas de Manuel, que me pidiera perdón, y después de eso todo volvería a ser como antes.

¡Qué ilusa fui!

Mucho más triste y desolada, rememoró en su cabeza la última discusión, aquella que les había llevado a la situación en la que se encontraban ahora: separados, sin saber dónde estaba Manuel o con quién, y si estaba bien o estaba

igual que ella, hecho un desastre.

Yo no daba señal de que mi enfado menguara, y Manuel ya no sabía qué hacer. Me había dejado espacio durante una semana y había sido la peor de mi vida. Cuando él se iba temprano a la cama, yo me quedaba viendo la tele hasta altas horas de la madrugada. En cambio, algunos días, cuando él llegaba tarde del trabajo, yo ya estaba acostada haciéndome la dormida. Lo evitaba siempre que podía y yo sabía que Manuel ya no podía más. Y no me equivocaba

Lo que Lucía ignoraba era que, mientras Manuel volvía a casa, tenía decidido aclarar todo este asunto de una vez y si cuando llegaba a casa Lucía ya estaba acostada, si era preciso, la levantaría. Él estaba cansado de aquella situación y ya no podía seguir viviendo así ni un minuto más. Aunque Lucía lo ignoraba, le angustiaba no saber si ella, finalmente, le acompañaría a Atlanta o no, y cuanto más se acercaba la fecha de la marcha, más nervioso estaba. Así que, cuando llegó a casa, fue en su busca.

Yo me encontraba en la cocina preparándome un café, porque últimamente apenas tenía apetito, comía poco y eso se le empezaba a notar a mi cuerpo. Había perdido peso y mi cara no reflejaba precisamente felicidad. Manuel vino a la cocina directamente y me habló desde la puerta, sin acercarse a mí. Llevábamos dos semanas sin compartir ni un simple beso, desde el último día que hicimos el amor, ahora tan lejano.

—Lucía, esto no puede continuar, no puedo soportarlo por más tiempo, no puedo vivir así.

—Siempre tiene que ir todo de ti: yo no quiero continuar, yo no puedo soportarlo... Eres la persona más egocéntrica que conozco —le dije, y mi voz denotaba cansancio.

—¿No podemos hablar? ¿Es qué no ves que esta tensión nos está destruyendo? —exclamó moviendo sus manos, desesperado.

—Podías haberlo pensado antes de actuar sin consultármelo, eso lo hubiera evitado todo, pero no lo hiciste, y ahora quieres que todo siga como si nada hubiera pasado. —Contesté sin apartar los ojos de la cafetera.

—¡¡¡Pues háblame, dime lo que quieras!!! ¡Grítame! Pero no me ignores, no puedo soportarlo por más tiempo —suplicó Manuel, gritando.

—¿De verdad quieres escuchar todo lo que pienso? ¿Estás preparado para eso? Porque yo no tengo problema en hacerlo. —Le desafié, volviendo la cabeza hasta él.

—¡Pues hazlo de una puñetera vez! —gritó alterado por mi apatía—. Pero no me condenes a la indiferencia, porque con eso no puedo.

—Tú lo has querido, no pienso dejar dentro nada, lo voy a soltar todo y ya veremos que viene después. —Apagué la cafetera y me coloqué frente a él. Me crucé de brazos, con una tranquilidad que solo existía en apariencia.

—¡Empieza!

—¿Por dónde quieres que empiece?, ¿por qué deberíamos haber discutido antes de que aceptaras el trabajo? La diferencia es que, por mucho que hablemos ahora, nada cambiará, la decisión está tomada.

—¿Y qué quieres que haga, que renuncie al puesto? ¿Es eso lo que quieres?

—¡¡No, no quiero eso!! Lo que quería era que tuvieras en cuenta mi punto de vista, que hubiéramos discutido juntos la oferta, con sus pros y sus contras, que me hubieras hecho partícipe de lo que te habían ofrecido y que, al final, hubiéramos tomado la decisión los dos. Pero ahora solo me queda aceptar lo que has hecho o quedarme aquí. Es un difícil dilema, ¿no crees? ¿Y si hubiera sido al contrario? ¿Si hubiera sido yo la que estuviera en tu lugar? ¿Cómo hubieras reaccionado? Lo sabes, ¿verdad? Si yo hubiera actuado como tú lo has hecho, me habría tenido que ir sola.

Paré un segundo para coger aire, mientras Manuel me contemplaba estupefacto. Sin darle tiempo a replicar, proseguí hablando:

—Estoy tan decepcionada que pongo en duda hasta que me quieras. No has pensado ni por un momento en mi negocio, en mis ilusiones, en todo a lo que tengo que renunciar por irme contigo. Me has tratado como un florero, todos mis años de estudio y esfuerzo los has ninguneado y despreciado, como si a tu lado todo lo que tengo no valiera nada. Nunca pensé que diría esto de ti, pero te has comportado como un asqueroso machista, algo que desprecio —le miré con rencor—. Y desde hace unos días, creo que ya no es cuestión de si te acompaño o no, sino si alguna vez perdonaré la forma en que me has despreciado. Sí, no me mires con esa cara, tú sabes muy bien lo que ha significado para mí tu forma de actuar.

Me miraba como si no pudiese creer lo que estaba diciendo.

—Lucía, por favor —suplicó mientras le daba la espalda—, ¿cómo puedes dudar de mi amor por una tontería como esta? ¡Jamás te he despreciado!

—¿¡Tontería!?! —repliqué dolida y sin creer sus palabras—. No es ninguna tontería, al menos para mí. Por tu forma de actuar, has dado por hecho que tu vida es más importante que la mía, no has contado con mis necesidades ni deseos, solo has hecho lo mejor para ti. Eso no es amor, Manuel. Y no me digas que la decisión la has tomado pensando en los dos, porque es mentira.

—Yo solo sé que son como mucho dos años, nada más, no es algo para toda la vida. ¡Son solo dos años, joder! —Se alteró dando una palmada en la encimera—. ¡Eres una dramática de cojones! No perderás nada durante ese tiempo.

—Mira, encima no me trates por tonta. —Me defendí con amargura, no era la postura que esperaba de Manuel—. Escuchándote me doy cuenta de que, aunque nunca lo has dicho, siempre has pensado que si me voy contigo no pierdo nada, ¿verdad? Por eso te crees con la libertad de tomar una decisión por mí. ¡Ahora lo entiendo todo! Como no he tenido que luchar por un puesto de trabajo, porque ya lo tenía, es menos importante, ¿no, Manuel? ¿Es eso lo que piensas? —le apremié con una mirada llena de decepción.

—Nunca he pensado algo así, pero no me negarás que lo has tenido más fácil que yo. —Añadió totalmente convencido mientras extendía las palmas de la mano—. Y es verdad lo que acabas de decir, tú antes de empezar la carrera ya tenías resuelto tu futuro.

—¿Y por eso he tenido que estudiar menos? ¿He tenido que esforzarme menos que tú? —bufé.

—No te engañes, no tenías que esforzarte al máximo, sacar la nota que sacarás, tenías tu puesto seguro. —Me contestó con un deje de prepotencia, moviendo la cabeza en señal de asentimiento—. Y si no hubieras terminado la carrera tampoco habría pasado nada.

—¡Eres un cerdo! Nunca hubiera pensado que llegarías a pensar eso de mí. Hemos estudiado la misma carrera, hemos tenido los mismos profesores y la misma dificultad, no entiendo por qué no puedes valorar eso. —Dije encarándome a él, llena de rabia y dolor. Cuanto más hablaba Manuel más me dolía, cada palabra era como un puñal que se clavaba en mi corazón.

—No me refiero a los estudios, pero no puedes negar que empezar la carrera con el puesto de trabajo seguro es más fácil. —Utilizando el mismo tono orgulloso sin percatarse del dolor que me invadía.

—¿Y por eso no merezco ninguna consideración por tu parte, porque mi puesto era seguro? ¡Eres un imbécil! Ya tienes lo que buscabas, el reconocimiento de todo el mundo, la adulación por tus logros, el continuo elogio por donde has llegado siendo solamente el hijo de un simple trabajador, y todas esas tonterías a las que tanta importancia le das. Espero que todo eso sea suficiente para ti, porque las vas a disfrutar solo, yo no voy a ir a Atlanta contigo. Te dejo vía libre para que encuentres a alguien que sí merezca tu reconocimiento, alguien que, como tú —le señaló con el dedo—, haya tenido que buscar un puesto de trabajo fuera del seno familiar. Creo que de alguien así sí llegarías a sentirte orgulloso, porque de mí, ahora lo sé, nunca lo has

estado —apenas podía hablar, las lágrimas se me estaban agolpando en los ojos, inundándolos, y mi voz empezaba a quebrarse.

—Lucía, por favor, no saques las cosas de quicio. —Dijo, ahora asustado y negando con la cabeza—. Yo no he dicho nada de eso, no le quito ningún mérito a tus estudios, solo digo que no hacía falta que te esforzaras al máximo porque ya tenías trabajo, y eso no puedes discutirlo. No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho.

—Tú has dicho de todo menos lo único que me hacía falta escuchar, pero no te esfuerces más por convencerme, ya he tomado mi decisión y no pienso cambiarla. —Llena de frustración, tomé aire y, seguidamente, lo expulsé antes de proseguir hablando. Mi tono cambió y se convirtió en un quejido—. Llevo tres semanas esperando una simple disculpa por tu parte que no ha llegado, me hubiera conformado con un: «lo siento, no debí tomar la decisión sin contar contigo», o «perdóname cariño», pero por lo visto no merezco nada de eso. Quizás, en todos los años que llevamos juntos, no hemos tenido una situación tan difícil que nos pusiera a prueba, pero está visto que no sabemos lidiar con ello. Esto me hace reflexionar y pensar que no estamos preparados para vivir juntos. En la primera dificultad no sabemos reconocer nuestros fallos ni intentar solucionarlos, y así es imposible que podamos seguir. Por lo tanto, lo mejor es que desde ahora mismo cada uno siga su camino.

Nada más decir esas palabras, el silencio se hizo en la cocina, Manuel me miraba sin parecer creerse lo que había escuchado, e incluso yo me sorprendí por lo que acababa de soltar por la boca. Nos observamos asustados por lo que la discusión había provocado. No tenía la intención de quedarme en Barcelona, todo lo contrario, tenía decidido acompañarlo, pero primero quería obligarlo a arrastrarse, a que se rebajara y me pidiera perdón mil veces antes de decirle que iría. Sin embargo, la discusión había tomado otro rumbo muy distinto al que me imaginaba, y había acabado diciendo que me quedaba en Barcelona con total seguridad y, lo peor de todo, era que no sabía por qué había asegurado tal cosa. Quizás por la actitud de Manuel, degradando mi esfuerzo y demostrando tan poco tacto después de haber metido la pata. No lo sabía con claridad, pero en el último segundo había decidido no acompañarlo.

Ahora la piedra estaba en mi tejado y ya veríamos qué hacía, si me marchaba solo o renunciaba al puesto y me quedaba en Barcelona.

No dije nada y salí de la cocina, cogí las llaves y me marché. La noticia de Lucía me había cogido por sorpresa y no sabía qué decirle, así que, como hacía últimamente, preferí tranquilizarme antes de hablar. Tenía que arreglar la situación como fuera porque jamás pensé que por algo así pudiera perder a Lucía.

No dejaba de pensar y empecé a caminar por la ciudad sin rumbo fijo, sin reparar en nada, ni si cruzaba una calle o entraba en un parque, era como un autómata. Mi mente la ocupaban por completo Lucía y sus palabras. ¡No podía creerlas! Nunca pensé que se planteara en algún momento quedarse sola en Barcelona, pero ahora lo veía posible y solo pensar en ello, me aterrorizaba.

Cuando me ofrecieron el puesto me cogió por sorpresa. Enseguida reaccioné, y el temor de que alguien me pisara el proyecto de mi vida, me obligó a tomar una decisión allí mismo, sin consultar con nadie, e incluso le dije al director que no tenía nada que pensar para ganar puntos. Minutos más tarde, ya consciente de lo que suponía ese traslado temporal, solo pensaba que el sueño que compartiríamos Lucía y yo de conocer Estados Unidos, se iba a convertir en realidad. Dos años allí bastaban para conocer muchas cosas; desde los paisajes donde la naturaleza era más exuberante, como los Parques Nacionales de Yosemite o Yellowstone, a las zonas más áridas y agrestes, aunque no por eso menos espectaculares, como El Gran Cañón de Colorado o el desierto de Sonora. Y viajaríamos a ciudades como Nueva York, Seattle, Las Vegas, San Francisco... ¡Tendríamos Estados Unidos al alcance de nuestras manos! Y, por último y más importante, estaban las condiciones económicas, ¡impresionantes! ¿Y le extrañaba a Lucía que hubiera aceptado sin más? Es que realmente no había nada que pensar, era la gran oportunidad

de mi vida, y si ella fuera razonable, la de los dos.

Sin darme cuenta miré el reloj y caí en que llevaba más de tres horas caminando sin rumbo fijo, por lo que decidí volver a casa. Cuando entré todo estaba en silencio, aunque al prestar más atención, el sonido de la ducha me dijo que Lucía estaba allí. Entré en el salón y me dejé caer con desgana sobre el sofá. Cerré los ojos y permanecí en silencio, el miedo a perderla comenzaba a ser real.

Me encontraba en la ducha, necesitaba calmarme y relajar los músculos totalmente tensos. Desde que Manuel había salido de casa, una sensación de opresión me impedía respirar con normalidad. Pensé en las palabras que habían salido de mi boca y que ni yo misma me creía. Al escuchar cómo se cerraba la puerta de la calle me senté en la cocina asustada, encerré mi cara entre las manos y empecé a llorar desconsolada. No sabía cuándo había tomado la decisión de no acompañarle, porque mi primera intención era hacerle sentir mal, nada más. Pero su reacción, lejos de calmarme, todavía me había enfadado más, y me dejé llevar por la rabia. Además, era tan impulsiva que, con solo escuchar esas palabras, desdeñando mis logros, salté con lo primero que apareció en mi mente, «¡si tengo tan poco valor, lárgate y encuentra algo a tu nivel!». Así era cuando me sacaban de mis casillas, expulsaba lo peor y podía decir cosas de las que luego me arrepentía. Pero amaba a Manuel por encima de todo, y no concebía mi vida sin él. Deseaba que volviera y los dos corriéramos uno hacia el otro, fundiéndonos en un apasionado beso, y eso no iba a suceder. Cuando nos enfadábamos, ambos éramos orgullosos. Esa decisión tomada en un arrebato de ira me daba miedo, desearía no haber dicho esas palabras. En momentos así, me cabreaba conmigo misma por hablar sin pensar antes, por soltar lo primero que me venía a la cabeza. ¡Ojalá hiciera caso a mi madre y antes de decir según qué cosas, respirara hondo durante unos segundos!

Y recordar lo dolido que salió Manuel de casa, su cara llena de impotencia y miedo, me estaba destrozando.

6

Esa había sido su última discusión.

Al día siguiente, Lucía, en vista de que Manuel no tenía intención de disculparse y, ya no solo eso, sino que horas después había desaparecido y no sabía nada de él, decidió marcharse y quitarse de en medio durante unos días.

Desde que Manuel volvió el día anterior del paseo, que duró más de tres horas, se había encerrado en sí mismo sin abrir la boca para nada, aunque tampoco ella había dicho una sola palabra. ¡Vaya pareja, eran tercios como mulas! Ni siquiera había ido a la cama a dormir. Así que, a la mañana siguiente al comprobar que no estaba, Lucía salió de casa y se fue a la de sus padres, había llegado el momento de que todo el mundo se enterara.

Desde entonces no había vuelto a saber nada de él.

Se suponía que Manuel seguiría en el piso hasta que se marchara a Atlanta, y para eso solo quedaba una semana. No la llamaba, y la angustia que le producía la falta de noticias la estaba destrozando. No saber nada de él era la peor tortura a la que la podían someter. Sin pensarlo un segundo más, cogió su móvil y buscó a su hermana Lola, ella le daría la tranquilidad que le hacía falta.

—¡Lola! —El nombre de su hermana salió como un quejido.

Esta no pudo evitar que se le erizara el vello ante aquel sonido lleno de dolor.

—¿Qué sucede, Lucía? ¿Dónde estás? —contestó llena de angustia y muy asustada.

Unos sollozos era lo único que Lola escuchaba a través del teléfono, el ahogado llanto de su hermana le hizo pensar que llevaba horas llorando.

—¿Me quieres decir dónde estás? —repetió su hermana, esta vez con evidentes signos de ansiedad. Segundos después, la entrecortada voz de Lucía llegó a ella. Tuvo que esforzarse y poner toda su atención para entenderla.

—Estoy en San Feliu, en casa —la voz era ronca y con evidente esfuerzo.

—No te muevas de allí, salgo ahora mismo —ni se preocupó por lo que llevaba puesto, cogió su bolso buscando las llaves del coche en su interior, bajó las escaleras a toda prisa y, sin dejar de hablar con su hermana, volaba en vez de correr.

—¿Dónde está Manuel? —preguntó Lola mirando la calle y buscando su coche.

¡En esos momentos no podía haber olvidado dónde estaba el vehículo! Le pasaba muy a menudo, pero ahora no podía ser.

Retrocedió para mirar la calle paralela, corriendo como una loca mientras Lucía, al otro lado de la línea, lloraba llena de desconsuelo. La preocupación de su hermana aumentaba.

—¿Le ha sucedido algo a Manuel? —Esperó en vano y no pudo evitar levantar el tono—, ¿quieres hacer el favor de contestar? Me estoy asustando.

Lucía se esforzó y carraspeó para poder hablar.

—Se ha marchado. Hemos discutido y me ha dicho cosas horribles. No me quiere y nunca me ha querido —y sin más rompió a llorar de nuevo.

Lola seguía buscando el coche cada vez más desesperada, hasta que dio con él y, sin apartar el móvil de su oído, arrancó derrapando y dejando media rueda en el asfalto. Todos los transeúntes se volvieron hacia el pequeño coche. Avergonzada de ser el centro de atención, Lola se disculpó con la mirada. Por la ronda, sorteaba los coches como si de una carrera se tratara hasta que llegó frente a la casa familiar. Entró como alma que lleva el diablo, llamando a su hermana a gritos. Una Lucía triste, llorosa y con unos ojos hinchados, corrió hacia su hermana para refugiarse en su abrazo mientras las lágrimas caían de nuevo desesperadamente.

—Shhh, tranquila. Ya estoy aquí. —Pero, aunque intentaba infundirle ánimos, no pudo evitar llorar tan amargamente como ella. El dolor de Lucía era el suyo, y ver a su hermana así podía con su fortaleza.

Cuando las dos se calmaron, mandó un mensaje a Blanca y Ana. Estas acudieron a la casa familiar sin perder tiempo, Lola no les había dicho casi nada, pero la gravedad de su voz hacía pensar que el asunto era muy serio.

Se acomodaron las tres en el sofá rodeando a Lucía y discutiendo cómo actuar, daba la impresión de que era un debate sobre algo que pertenecía a todas por el apasionamiento que empleaban al hablar, mientras Lucía lloraba sin consuelo, sin apenas escucharlas. Sus padres estaban en el pueblo de fin de semana. Pero no volverían a casa hasta el lunes y se iban a llevar una desagradable sorpresa, aunque todas imaginaban que sabían más de lo que ellas pensaban.

—Vamos a ver, Lucía, si pensabas ir con él, ¿por qué le dijiste todas esas tonterías? —le recriminó Lola, intentando entenderla.

—No todo está perdido, puedes ir a buscarlo y decirle que le quieres, y todo se solucionará, pero si los dos os mantenéis así de tercos, no arreglaremos nada —esta vez fue Blanca, que ante todo era una romántica empedernida, la que le aconsejaba.

—¿Y por qué no viene él? ¿Es que no me quiere? ¿Por qué tengo que ser yo?,

además, no sé ni donde estará...

—Porque tú le has dejado en una posición imposible, sin tiempo para maniobrar; le ofrecieron un puesto y aceptó hace más de un mes, no puede echarse atrás cuando falta solo una semana para incorporarse —le dijo Lola.

—No tienes que hacer nada obligada, Lucía, tienes que hacer lo que te dicte el corazón, así no te equivocarás —añadió la pequeña Ana.

—Es inútil hablar tanto, os digo que no merece la pena tantas palabras, parece mentira que no los conozcáis a los dos, son tercos como mulas y ninguno hará nada para solucionar este lío. El orgullo os pierde, y vais a sufrir por no reconocer que los dos habéis obrado mal. Él por hacer lo que hizo en su momento, no consultarlo contigo antes de aceptar la propuesta, y tú por tensar la cuerda durante tantos días hasta que se ha roto. Y ahora los dos esperáis lo mismo, que sea el otro el que venga. Es tontería seguir hablando. —Suspiró Blanca llena de impotencia.

—¿De verdad que por no ir a buscarlo eres capaz de perderlo? —preguntó Ana, horrorizada.

Lucía no dijo nada. Ahora mismo, a pesar de sus continuas lágrimas, estaba tan enfadada que no pensaba ir a buscarlo. ¡Ni loca!

—¡No me lo puedo creer! ¡Es verdad! Ni siquiera piensas ir —exclamó Ana sin poder creérselo.

—No perdáis el tiempo en hablar —dijo Lola enfadada.

Aunque era la tercera de las hermanas, era la más clara y sensata de las cuatro.

—No le digáis nada a mamá ni a papá, ya veremos cómo va esto. No quiero preocuparlos.

—¿Y qué vas a decirles cuando vean que has venido a casa? ¡Como que mamá es tonta y no sabe ya lo que está pasando desde hace días! Que te haya dado espacio no quiere decir que no intuya que algo pasa entre vosotros. Papá trabaja con nosotras y el hombre, por ahora, ciego no es. Solo hay que verte la cara cada mañana, ¿y cuánto tiempo hace que Manuel no viene por casa? Desde que estáis así, ya que antes no pasaba una semana sin que vinieseis un par de veces.

—Lo que tienes que hacer es quedarte tranquila conmigo y cuando venga mamá mañana ya le contaremos —aseguró Ana, la única que vivía en la casa familiar—. Si al final Manuel se va, siempre estarás mejor acompañada.

Lucía asintió mientras las lágrimas volvían a rodar por sus mejillas. Solo quedaba una semana y todavía podían cambiar de opinión, o bien Manuel, o ella.

Pero por ahora parecía una decisión inamovible.

7

Manuel estaba nervioso, al día siguiente tomaría el avión que le llevaría hasta Atlanta. Hacía una semana que no sabía nada de Lucía, el último día habían tenido una fuerte pelea y tanto ella como él, se habían dicho palabras con una única intención: la de herirse. Después de eso era imposible permanecer en el mismo espacio, y al día siguiente Lucía se marchó por la mañana, supuso que a casa de sus padres. Él, después de marcharse durante casi un día, volvió al piso que compartían. Pero solo pudo permanecer allí una noche más, era imposible luchar contra los recuerdos, cada rincón de esa pequeña casa le hacía acordarse de Lucía, y su ausencia era más latente junto a todos los momentos llenos de felicidad que allí habían compartido.

A la mañana siguiente, él también abandonó el piso en el que durante años había vivido con Lucía. Se asomó por última vez a ese ventanal desde donde veía el mar, después de recorrer cada una de las habitaciones. Fue una dolorosa despedida, llena de incertidumbre, y es que se había imaginado aquel momento tan diferente, lleno de ilusión y con muchos planes en sus maletas. Y nada de eso fue. Solo había mucha amargura y, sobre todo, nostalgia por todos los momentos llenos de felicidad que habían vivido dentro de esas cuatro paredes. Mientras cerraba la puerta con llave, no pudo evitar que los ojos le empezaran a escocer mientras se enrojecían. Por muy duro que fuera, sus sentimientos estaban a flor de piel y cualquier cosa le hacía sentir vulnerable. Sacó sus gafas de sol y se las puso, a la vez que se daba media vuelta y se alejaba de su hogar, aunque una parte de su corazón se quedara allí. Sin volver la vista atrás ni una sola vez, cogió su coche y se fue a un hotel, donde permaneció hasta este mismo instante, cuando solo quedaban unas horas para marcharse.

El último día, Lucía, entre lágrimas, le había dicho que se fuera a Atlanta y que se olvidara de ella. Esas palabras lo dejaron herido y aterrorizado, porque no concebía la vida sin estar a su lado. Por mucho que pensaba en todo lo sucedido tampoco lo veía para tanto. Tuvo un fallo, sí, pero las parejas están para apoyarse en esos momentos y seguir adelante, no para comportarse como una niña mimada acostumbrada a salirse siempre con la suya y, ante el primer problema que surge en la pareja, coger una rabieta y volverse a casa de sus padres.

Había metido la pata, ¡de acuerdo! Pero había que mirar hacia delante y no fijarse tanto en el detalle, sino en lo que podían conseguir con ese traslado temporal. El acuerdo económico era muy ventajoso, iba a ganar en Atlanta en un

solo año lo que ganaría aquí en diez, y era para los dos, además completamente limpio, y les proporcionaban un montón de ventajas. ¿Qué había que pensar? Con todo ese dinero podían comprarse en Barcelona una casa preciosa cuando volvieran al cabo de dos años. Era un buen negocio, les daba la oportunidad de conocer un país, además de tener una larguísima luna de miel, eso es lo que iba a significar para él.

El resto, todo de lo que Lucía le acusaba, que menospreciaba su trabajo, que no creía en su valía, que sus logros laborales carecían de importancia, todo eso no era así, jamás pensaría tal cosa. No era retorcido, egoísta puede que sí, pero todo de lo que le acusaba era completamente falso. Él mejor que nadie sabía de su talento, para él lo era todo y, por eso, cuando le echó tantas cosas en cara, se encendió.

Este asunto se les estaba escapando de las manos.

Lo que realmente meditaba ahora era que Lucía se había cerrado en banda, estaba ofuscada y no era capaz de ver nada con claridad. Solo se fijaba en lo malo, en los errores que había cometido y todo lo positivo lo apartaba sin estudiarlo ni ver las ventajas. Todos los argumentos que empleaba para no ir con él, a Manuel le parecían un montón de tonterías, ella mejor que nadie sabía que la amaba más que a nada en el mundo.

Los padres de Manuel estaban muy preocupados desde que su hijo llegó a casa hacía una semana con un enorme equipaje, antes de irse al hotel donde prefería poder estar solo para meditar. Eran casi ocho años juntos y querían a Lucía como una más de la familia. Manuel se iba al día siguiente y no sabían si ella lo acompañaría o no, y pensar que se marchaba y que estaría solo les producía una gran inquietud.

Carla había hablado largo y tendido con su hermano y esta, al conocer los motivos de la pelea entre ellos, no pudo reprimir su asombro cargando contra él. Manuel tuvo que escuchar la reprimenda que le echó su hermana pequeña.

—Manuel, ¿cómo puedes decirme que son tonterías? Has sido un egoísta, has mirado tu interés sin pensar para nada en Lucía, no intentes taparlo, has sido un perfecto cretino y un cafre sin consideración. ¿Cómo te puedes creer con derecho a decidir el futuro de Lucía sin contar con ella? Es una falta de respeto increíble.

—Yo jamás le faltaría al respeto, solo he pensado en los dos. Mi futuro va ligado siempre a Lucía.

—Pues perdona que no lo vea como tú, lo que yo veo es que tu trabajo es importante, lo que tú quieres es lo que vale, tu proyecto tiene prioridad, tú, tú, tú.

¿Y la vida de Lucía? En estos momentos no me importa lo que has hecho, eso no se puede cambiar, pero lo que más me preocupa es que no reconozcas que la has cagado. La has tratado con prepotencia, sin darle ningún valor, como si realmente todo lo suyo, su trabajo, su esfuerzo, sus proyectos o su familia, nada de eso te interesara lo más mínimo.

—Me dijo cosas muy dolorosas, palabras que dolían y mucho, Carla.

—Y tú, en vez de ponerte en su postura, en vez comprender todo lo que la estabas obligando a dejar, le das un ultimátum. Eres mi hermano y te quiero, nada va a cambiar eso, pero te comportas como un imbécil, por no decir algo peor. Si yo fuera Lucía, ya te hubiera mandado a freír espárragos.

—¡¡Joder, Carla!! Yo la quiero, no puedo imaginar la vida sin ella, pero... No la has escuchado, me trató de egocéntrico, me dijo que no me importaba nadie en la vida excepto yo mismo, incluso me repitió con mucha dureza que dudaba si alguna vez la había querido, y todo eso lo llevo aquí dentro —dijo golpeándose el corazón.

—Pero tu orgullo puede más que tú, ¿no es así? Si la convencieras con cariño, con dulzura, tu orgullo de hombre predominante se resentiría. Mira, haz lo que quieras, pero yo si estuviera en el lugar de Lucía, no me marcharía contigo jamás. Sabes que su proyecto de empresa es el sueño de toda la familia, ¿cómo has podido degradar algo tan importante para todos ellos y quedarte tan pancho? No te entiendo, Manuel, por mucha voluntad que ponga, no puedo comprenderlo.

—Ella no se quedó corta, me dolió todo lo que me dijo, no puedo olvidar sus palabras, y no tenéis razón ni tú ni ella, jamás se me han pasado por la cabeza todas esas ideas. Simplemente acepté un trabajo porque las condiciones eran inmejorables e impensables aquí. Todo lo demás son suposiciones que no tienen nada que ver con lo que pasó en realidad.

—¡Eres tan terco! ¡No sales del «y tú más»! Es imposible razonar contigo cuando estás tan obcecado por algo, lo único que deseo es que jamás tengas que arrepentirte y que vuestro orgullo no os pase factura. Pase lo que pase, sabes que siempre estaré a tu lado.

Los dos hermanos se abrazaron y les costó separarse. Iban a echar de menos sus confidencias, claro que siempre podrían hablar por teléfono o a través de la webcam, pero no sería lo mismo.

El tiempo pasaba deprisa y cada vez estaba más cerca su marcha. Cuanto más se aproximaba el momento, más dudas tenía. ¿Y si su hermana tenía razón? Estaba lleno de incertidumbre y, para bien o para mal, todo se resolvería al día

siguiente. Hasta el último momento no perdería las esperanzas de ver aparecer a Lucía en el aeropuerto con todo su equipaje dispuesta a acompañarlo, a ocupar su puesto a su lado.

8

Lucía tenía el mismo estado de ánimo y la misma incertidumbre que Manuel, no dejaba de dar vueltas a todo lo que se habían dicho, si merecía la pena vivir separados por una pelea o si al día siguiente debía coger la maleta que tenía preparada, sin pensar en nada más que en Manuel y su proyecto de vida en común... O si en vez de esperar a mañana, debía llamarle ahora mismo y decirle que le quería y que iría con él al fin del mundo si fuera necesario.

Pero sabía que no lo haría, tenía su orgullo y, en estas tres semanas, Manuel no le había dicho que lo sentía, no había reconocido su culpa y lo que era peor, él no creía que hubiera obrado mal, todo lo contrario. Se crecía diciéndole que ella no tenía que luchar por su trabajo como había tenido que hacer él. Ni una sola vez le había pedido perdón, y algo así no podía dejarlo pasar. ¿Qué sería lo siguiente que decidiría por ella? No estaba dispuesta que nadie rigiera su vida sin contar con su consentimiento, y Manuel, por lo visto, no estaba dispuesto a eso. Pero no perdía la esperanza de que viniera, aunque solo fuera a despedirse de ella. Habían quedado tan mal las cosas entre ellos el último día que habían estado juntos... Se habían despreciado y perdido el respeto por primera vez en su vida en común. Y se separaron sin un último beso, ni siquiera tenía un beso de despedida.

Por eso, desde primera hora de la tarde, asomada a la ventana de su habitación, miraba la calle con ansiedad. No había perdido la esperanza que de un momento a otro, el todoterreno Toyota negro aparcara delante de la casa y Manuel viniera a buscarla. Pero cuando miró el reloj y vio la hora que señalaba, las diez de la noche, supo que él no iba a venir y se dejó caer en la cama, abrazándose para evitar romperse por dentro.

Sus padres estaban preocupados, aunque la dejaban tranquila. Imaginaron que algo serio pasaba en la pareja cuando se encontraron a una llorosa y ojerosa Lucía en el salón de su casa al volver de Camprodon. Un nudo en la garganta le impidió contarles nada y sus padres lo entendieron sin necesidad de palabras, solo había que verla para entender que el dolor no la dejaba hablar, cuando se viera con fuerzas les contaría lo sucedido. Lucía les agradeció el gesto y los quiso más que nunca por no atosigarla. Esa noche, Ana entró en su habitación y sin decir nada se acostó al lado de su hermana mientras le cogía la mano para infundirle ánimo. Lucía lo agradeció, estaba a su lado y con eso era suficiente.

—No se irá, ya verás cómo mañana viene a buscarte.

—No, Ana, le conoces, y mañana se irá y me dejará aquí sola, ha dado por terminado lo nuestro.

—¿Por qué no vas tú a buscarlo?

—Porque yo no he aceptado nada en su nombre, porque yo en su lugar no lo hubiera dejado marcharse sin decirle que lo siento, porque yo no tengo que pedirle perdón por nada y porque yo no he pensado que su trabajo era inferior. Y lo más importante, porque quiero un hombre a mi lado que para él yo siempre sea lo primero, y si no viene a buscarme no lo soy. ¿Te parecen pocas cosas?

—No, pero lo único que te impide ir hasta él es tu orgullo.

—¿Y el suyo?

—Sois los dos unos cabezotas, tan tercos que no os importa sufrir. Tenéis que quedar como sea por encima del otro. No hagas nada, quédate a esperar lo mismo que está haciendo él.

Ninguna de las dos volvió a hablar. Ana, en pocos minutos, se quedó completamente dormida a su lado, mientras, Lucía no dejaba de mirar el despertador viendo pasar los minutos. Y cuanto más pasaban, más grande era la opresión sobre su corazón.

9

Esa mañana, Manuel llegó al aeropuerto con tiempo suficiente para facturar. El vuelo salía a las nueve y media. Sus padres y hermana lo acompañaban, no sabían cuándo volverían a verse. Estos días atrás solo había estado obsesionado por Lucía y su reacción, y no se había preocupado por cosas tan triviales como días de fiestas o las vacaciones que tendría, ni siquiera había preguntado por eso. En realidad, no le importaba, ya tendría tiempo de comprobarlo.

Al entrar en la terminal uno, desde donde saldría su vuelo, miró con ansiedad en todas las direcciones. ¡Deseaba tanto ver a Lucía entre el inmenso barullo de gente! Pero se acercaba la hora de embarcar y ella no aparecía. Esperó hasta el último momento, hasta que casi se cerraban las puertas, y entonces supo que no vendría. Despidió a sus padres con un gran abrazo lleno de emoción y al llegar a su hermana no pudo reprimir unas lágrimas. Carla se aferró a él y, llorando a mares, le dijo al oído:

—Lo siento, Manuel, te juro que iré a verla, intentaré que vaya hasta Atlanta, aunque sea lo último que haga.

—No le digas nada, hermanita, no quiero que haga las cosas a la fuerza — dijo con voz entrecortada a punto de derrumbarse, apenas podía reprimir sus lágrimas—. No quiere venir conmigo, salta a la vista. Cuídate y ven a verme, te voy a echar de menos.

Se soltó de ella y, con la vista nublada, echó una última mirada antes de atravesar la puerta que se cerró tras él. No podía hablar, y había alargado hasta el límite ese duro momento de despedida tan doloroso, que no le importó esperar ansioso a que Lucía llegara. Pero ahora lo sabía, ella no vendría y se le estaba rompiendo el alma.

Con paso lento, arrastrando los pies, avanzó hasta las escalerillas del avión y subió el último buscando su asiento sin ningún interés. ¡Ojalá se acercara una azafata para decirle que ese billete no correspondía a ese vuelo y que tenía que abandonar el avión! Pero no sucedió nada de eso, encontró su asiento al lado de la ventanilla y ansiosamente miró hacia abajo. ¿Y si en el último momento, como en las películas, Lucía llegaba corriendo?

Sin esperanzas y totalmente abatido, dejó su bolsa y su ordenador en el asiento de Lucía y esperó la salida del avión. Tenía el plan de vuelo que la agencia de la empresa le había mandado y donde le especificaban todos los detalles del trayecto. Este avión lo llevaría hasta Miami, tenía por delante casi

diez horas de vuelo de un tirón. Al llegar allí, dispondría de dos horas antes de coger otro avión que lo llevaría en una hora y cuarto a su destino final, Atlanta.

El viaje prometía ser el peor de su vida, tenía por delante casi doce horas para pensar y añorar a Lucía. ¿Cómo podría vivir sin ella de ahora en adelante? ¿Era esto lo que quería en realidad? ¿Y si bajaba del avión, se olvidaba de todo e iba a buscar a esa mujer tan cabezota? ¿Cómo habían llegado a este punto?

No sabía si podría vivir sin tenerla a su lado, todavía no había despegado y ya se estaba arrepintiendo de todo el desastre que había sido este último mes. Observó a través de la pequeña ventana y a lo lejos distinguió la ciudad, su ciudad, y no pudo evitar que una nostalgia lo invadiera. Buscó en el bolsillo de la camisa y sacó sus gafas, no quería ser el centro de atención de nadie, porque sentía cómo se derrumbaba. Siguió mirando al frente, esta vez con sus ojos protegidos tras los oscuros cristales de sus gafas. El día estaba totalmente despejado y podía ver con claridad todos y cada uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad. Distinguió sin dificultad las torres de la Sagrada Familia, majestuosas; el Tibidabo en lo alto de la montaña, vigilando la ciudad; la famosa torre Agbar, llena de colorido en cuanto llegaba la noche, o la Torre Mapfre, junto al Hotel Arts.

Apartó la vista con gran rapidez, no podía seguir contemplándola. ¡Cómo iba a echar de menos su querida ciudad! Todas esas pequeñas cosas que, sumadas, formaban Barcelona. Allí dejaba todo lo que quería; su casa, su familia, sus amigos y, sobre todo, a la única mujer que había amado en la vida, lo más valioso que tenía, para ir en pos de una sola cosa, un puesto inmejorable en la empresa. ¿Cómo podía arriesgar todo lo que tenía por algo tan inseguro que no sabía si iba a funcionar? Todo eran preguntas, ¿y si no encajaba en la central de Atlanta? ¿Y si no le gustaba el puesto allí? La forma de trabajar era diferente y podría no conectar con sus compañeros. Todo era incierto y lleno de incógnitas, no dejaba de pensar ahora lo que no había pensado durante estos días, en los que solo estaba pendiente de Lucía. Tenía que hacer algo, emplear el tiempo que duraría el vuelo en cualquier cosa, porque si seguía así, pensando y dudando de las decisiones que había tomado, se volvería loco, y en cuanto llegara a Atlanta lo meterían directamente en un psiquiátrico. Apartó la mirada vidriosa del frente y, con ese último recuerdo de Barcelona en su retina, cogió su ordenador y se volcó en todo el trabajo retrasado que tenía. Aunque el avión salió, ni una sola vez volvió a mirar a través de la ventana, no quería o, mejor dicho, no podía ver lo que dejaba atrás, no lo resistiría.

Lucía se despertó sobresaltada, no había dormido en toda la noche dando vueltas y rindiéndose al agotamiento, cayendo en un sueño lleno de sobresaltos. Cuando la primera claridad del amanecer asomó por la ventana, la sorprendió dormida y solo al subir el sol más alto, cuando los primeros rayos de la mañana impactaron en sus ojos, tímidamente despertó. Se quedó quieta y, cuando miró el despertador y comprobó la hora, un desasosiego inundó su cuerpo. Un sudor frío la recorrió de la cabeza a los pies, el corazón empezó a palpar a una velocidad vertiginosa, le faltaba el aire y, por mucho que intentaba respirar, no entraba nada en sus pulmones, creando una opresión en su pecho tan grande que resultaba dolorosa. Se estaba volviendo loca porque notaba como su cuerpo se separaba de su razón, aterrorizada. Quería llorar y solo unos extraños sonidos ahogados salían de su garganta, quería gritar y no podía, el miedo se apoderaba de ella, ¡se estaba muriendo! Y sabía el porqué, Manuel, su amor, su vida, se distanciaba de ella. ¡Lo sentía! Era como si con cada kilómetro que se alejaba de ella, su vida se fuera tras él.

A su lado, Ana se despertó por las convulsiones que movían la cama, y al ver a su hermana en ese estado se asustó y aterrada empezó a gritar de una forma tan alarmante que todos los habitantes de la casa corrieron a la habitación de Lucía con los vellos de punta. Y, en cuanto entraron y la vieron, todo se precipitó.

Lucas llamó a urgencias sin perder tiempo y María levantó a su hija masajeando su pecho para que el aire entrara a sus pulmones. Sus hermanas Blanca y Lola, que esa noche se había quedado allí, estaban paralizadas. Ver a Lucía con esa agonía en su semblante, les impidió reaccionar.

En menos de media hora la ambulancia aparcó delante de la casa. El médico de urgencias entró a la habitación y enseguida atendió a una desvalida y frágil Lucía que se dejaba hacer como si fuera una simple muñeca de trapo. Después de media hora de exhaustivo reconocimiento, le diagnosticaron un profundo ataque de ansiedad.

El sanitario le colocó una pastilla bajo la lengua y la ayudó a realizar respiraciones profundas que, poco a poco, funcionaron hasta normalizarse. La enfermera que acompañaba al médico, muy empática con Lucía, cogiéndola de la mano le preguntó si tenía algún problema:

—Tranquila, respira por la nariz e intenta dirigirlo hacia la zona abdominal. Mantén el aire durante cuatro o cinco segundos y exhala de manera suave y controlada por la nariz.

—¡No puedo! ¡No puedo! —gritó Lucía, frotando sus manos de forma compulsiva y demasiado nerviosa para llevar a cabo la maniobra que la

enfermera le pedía que realizase.

—Déjennos solos unos minutos —pidió el doctor acercándose a ella y dirigiéndose al resto de la familia—. Está muy nerviosa.

Todos salieron de la habitación, incluso Lola, a pesar de su desconfianza, dejando a Lucía sentada en el borde de la cama y en manos de los sanitarios. Cuando se quedaron solos, el doctor se arrodilló frente a ella.

—Cuéntame que sientes, necesito saberlo para ayudarte.

—¡No puedo respirar! Me duele aquí —oprimió sus dos manos cruzadas sobre su pecho con fuerza y tratando de respirar.

—¿Ha sucedido algo en tu vida? Hablar te sentará bien, te tranquilizará.

Durante unos segundos dudó, pero al final hizo lo que le aconsejaban. Con una respiración entrecortada por los profundos gemidos y sollozando con amargura, apenas acertaba a hablar.

—¡Me ha dejado, se ha ido solo! —exclamó aceleradamente—. Pensé que vendría a buscarme, pero se ha ido solo. ¿Qué voy a hacer sin él?

Ya no pudo seguir hablando, un desgarrador lloro se lo impidió. Se abrazó a sí misma y se tumbó en la cama, encogiendo sus piernas.

—Vamos a inyectarle una ampolla de diez miligramos de Diazepam.

Y sin más, la enfermera obedeció. En pocos minutos, Lucía se quedó casi inmóvil sobre la cama, cerró los ojos esperando que la oscuridad se cerniera a su alrededor, pero el calmante no era tan potente. Lloró en silencio mientras sus lágrimas empapaban la almohada.

El doctor y la enfermera salieron de la habitación y antes de irse les aconsejó que visitaran a su médico, él le recetaría la medicación más conveniente para esos casos, algún tranquilizante o pastilla para dormir. A continuación, acompañado por su padre, el personal sanitario abandonó la casa.

Toda la familia se congregó alrededor de ella esperando cualquier señal, algo que les dijera si empezaban esos síntomas que a todos les había puesto los pelos de punta. En pocos minutos, Lucía, incapaz de mantenerse entera por más tiempo, se derrumbó. Un desgarrado llanto que les dolió tanto como a ella, y sus hermanas no pudieron evitar llorar también. Era tan grande el desconsuelo, que nadie dijo nada, solo la acompañaron, dejándola descargar toda la pena que llevaba dentro.

Pasaban los minutos y, Lucas, incapaz de ver sufrir así a su hija, salió de la habitación y después de su casa. No podía resistirlo, jamás había visto sufrir a ninguna y ver lo destrozada que estaba Lucía, lo estaba matando. Ellas eran la alegría de su vida, siempre habían sido joviales y risueñas, pero Lucía en esos

momentos era la imagen de la desolación y la amargura, incluso la hermosa serenidad de su rostro se apagaba, se marchitaba como una flor. Tenía que asimilarlo, si en estos momentos tuviera a Manuel frente a él ¡lo mataba! Él era el responsable del sufrimiento de su pequeña y jamás lo olvidaría. La imagen de Lucía rota por el dolor, se clavaría en su alma para siempre.

Su madre y hermanas se quedaron a su lado y, cuando ella estuvo preparada, le contó a su progenitora todo lo sucedido bajo la dolorosa mirada de sus hermanas que, aunque conocían la historia, nunca habían creído que Manuel se marcharía.

Cuando acabó su relato, mucho más calmada, cayó en un sueño. Más bien intranquilo, pero Lucía estaba agotada, llevaba días sin poder dormir, solo había que ver sus oscuras y profundas ojeras.

Durante todas las horas que durmió, no dejaba de ver una y otra vez como el avión de Manuel despegaba y ella se quedaba en tierra, sola. Manuel le decía adiós con la mano por la ventanilla desde lo más alto del cielo y su sonrisa y felicidad la dejaban totalmente hundida. Y era en ese momento cuando se despertaba sobresaltada con las mejillas totalmente mojadas. Manuel era feliz, se marchaba y no le importaba dejarla destrozada.

Ese sueño se repetiría una y otra vez durante las siguientes semanas de la marcha de Manuel y, lo que Lucía ignoraba en esos momentos, es que ese sueño la acompañaría durante muchos, muchos días.

10

Manuel llegó a Atlanta agotado después de tantas horas de vuelo. Un señor uniformado que sujetaba un letrero con su nombre le esperaba delante de la salida de pasajeros. Recogieron su equipaje y lo cargaron en una gran furgoneta, aquel hombre era un empleado que la empresa había puesto a su disposición para llevarlo hasta su casa.

El aeropuerto internacional Hartsfield de Atlanta estaba a once kilómetros de la ciudad. El conductor lo llevó hasta un bonito barrio, uno de los que le habían aconsejado y donde la empresa había alquilado un piso para él. El barrio llamado Midtown, estaba situado en el distrito financiero de la ciudad y, en uno de esos enormes rascacielos que rompían el horizonte, estaba su casa. Un ático de más de doscientos metros cuadrados con una enorme terraza desde donde se vislumbraba toda la ciudad. En el parking del edificio, un coche Ford Raptor estaba esperándolo en su plaza. Era un piso de lujo, de gran lujo, para ser más exactos.

Dejó sus maletas en la habitación, equipada hasta el más mínimo detalle. Una amplia cama con unos enormes cuadros era lo primero que se veía al entrar, y buscó con la mirada porque le parecía un espacio muy vacío, no tenía ni un armario. Entonces, se dio cuenta de las dos puertas casi imperceptibles camufladas en la pared, abrió una de ellas y un impresionante y completo baño apareció ante él. La puerta de al lado pertenecía a un espacioso vestidor.

La habitación contigua estaba equipada con una gran mesa y una librería; era su despacho, y siguiendo por el pasillo había otra habitación idéntica a la suya. Entró en el salón y lo que más le llamó la atención fue el amplio espacio con grandes sofás ante una televisión gigantesca. Una mesa separaba el ambiente de la cocina, y con un estilo muy americano. Le llamó la atención la claridad de la casa, pero enseguida se dio cuenta de que era algo normal, ya que estaba rodeada de amplios ventanales con unas vistas espectaculares de toda la ciudad.

Al fondo del pasillo distinguió unas pequeñas escaleras, las subió y, al abrir la puerta, se quedó impresionado. Una amplia terraza con muebles de jardín donde no faltaba ni un detalle, estaban colocados tan artísticamente que parecía propio de un catálogo. Además, había numerosas y coloridas plantas que alegraban cada rincón de la estancia. Y algo en una esquina le llamó la atención, parecía un depósito, pero al retirar la gigantesca tapa descubrió un *jacuzzi*, no le faltaba ni un detalle.

Todo estaba muy bien si no fuera porque Lucía no le acompañaba, y no pudo evitar que su mente volara e imaginara qué diferente hubieran sido estos momentos al lado de ella, corriendo como niños impacientes por descubrir cada uno de los rincones del enorme ático. Pero Manuel no tenía en estos momentos ilusión por nada, todo le daba igual.

El largo viaje, el cansancio, la pena y la soledad, todo le estaba pasando factura. Abandonó la terraza y se tumbó en la cama sin quitarse la ropa, tenía tres días por delante antes de incorporarse a su trabajo. Solo quería acostarse y no despertarse hasta el día de volver a Barcelona, deseaba que hubieran pasado los dos años. Lo que en un principio pensó que sería la mayor y más excitante experiencia de su vida, comenzaba a convertirse en su peor pesadilla. No llevaba en Atlanta más de media hora y ya consideraba que podría ser la mayor equivocación de su vida.

Ese primer día lo dedicó a descansar. Colocó su equipaje en el vestidor, su ordenador en la mesa del despacho, algunos libros y, sobre todo, fotos; de su familia, amigos y de Lucía, no había ni un espacio en esa casa donde no estuviera una sonriente Lucía.

Al día siguiente recorrió los alrededores para conocer un poco la zona donde vivía. Salió con su coche y fue hasta la fábrica, y la verdad es que lo tenía muy cerca de casa. Se acercó hasta un supermercado y compró para llenar la nevera. Y el último día lo dedicó simplemente a vegetar en la terraza, echado en una cómoda tumbona con el ordenador sobre sus piernas. O tirado en el sofá, mientras pasaba canales en la televisión curioseando las programaciones. Así, llegó el primer día de trabajo.

Manuel se adaptó enseguida a la ciudad, a sus compañeros y también a su nuevo puesto. En la central encontró a dos españoles que también trabajaban allí. Leo, que era de Bilbao, llevaba en Atlanta seis meses y estaba solo como él. Lourdes era otra española y ella era de Palma de Mallorca, había ido con su marido Carlos y sus tres hijos pequeños. Ellos llevaban dos años viviendo en la ciudad y, por ahora, no tenían intención de volver a España. De momento intimó con ellos y la vida empezó a ser un poco más fácil, la ausencia de Lucía era menos dolorosa cuando estaba en compañía.

Leo era un juerguista nato y obligaba a Manuel a salir, un día sí y otro también. Y cuando no era Leo, Lourdes los invitaba los domingos a disfrutar de las famosas barbacoas americanas, sobre todo para hablar. Los cuatro disfrutaban con unas cervezas en la mano, mientras se contaban pequeños detalles de sus vidas. Algunas veces se emocionaban recordando ciertos momentos íntimos

vividos en su país. Otros se picaban entre ellos, Carlos y Manuel eran seguidores del Barça mientras que Leo era del Athletic de Bilbao, y los tres seguían incondicionalmente la Liga española de fútbol y no se perdían un solo partido que retransmitieran. Pero siempre añorando a sus seres queridos y a su tierra.

Los días de fiesta eran más llevaderos gracias a la compañía de sus amigos, pero cuando volvía a la soledad de su lujoso ático, el mundo se le caía encima. Por eso, aquella tarde, al volver de la fábrica, cogió su móvil, buscó entre sus contactos y cuando lo tuvo en pantalla, esta vez sí que accionó la llamada. Cien veces cada día estaba a punto de llamarla y otras cien, desistía. Pero ese día, sin pensar en nada más, colocó su dedo sobre la pantalla y esperó. La sorpresa fue mayúscula cuando una máquina le habló para decirle que ese número no existía. La dejó terminar de hablar y después finalizó la llamada. Se quedó mirando fijamente el móvil, sabiendo qué significaba, pero sin querer creérselo. ¡Lucía había cambiado de número! No quería saber nada de él.

No había posibilidades de que viniera, ahora sí que las pocas esperanzas que le quedaban se habían esfumado como el humo. Se sentó en el sofá totalmente abatido y, con un gran dolor, se dejó llevar, llorando como un niño. Había llegado a lo más alto laboralmente, pero también había sido la causa por la que había perdido a Lucía.

Aunque pasaban los días y las semanas, el abatimiento no cesaba, el hueco de su corazón no se llenaba, su herida no cicatrizaba y temía que mientras estuviera lejos de Lucía, jamás lo hiciera.

Habían pasado dos semanas desde ese día tristemente señalado para Lucía, el trece de septiembre, día en el que Manuel se había marchado a Atlanta dejándola sumida en la pena más profunda, sobreviviendo después del pequeño susto que le había dado a toda la familia, su ataque de ansiedad. Desde entonces, todo el mundo estaba muy pendiente de ella, de cualquier gesto o suspiro, y se sentía vigilada en todo momento por todos. Incluso sus hermanas, Blanca y Lola, habían estado unos días en casa de sus padres solo para estar a su lado.

Una semana después de la marcha de Manuel, Carla pasó a visitarla, se llevaban muy bien y deseaba hablar con ella de Manuel, quería echarle una mano a su hermano. Pero en cuanto vio a Lucía, se quedó sin palabras. Estaba mucho más delgada, tenía unas enormes ojeras y la tristeza y la amargura era lo único que se reflejaban en su rostro. En cuanto las dos se vieron se abrazaron, y Lucía no pudo evitar que sus lágrimas cayeran sin cesar, no tenía ningún control sobre ellas. Carla la sintió tan frágil que no pudo evitarlo y le preguntó muy alarmada:

—Lucía, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes por mí. Ya sé que mi aspecto no es muy bueno, pero ya se me pasará. ¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí? ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien. Quería verte y pasar un rato contigo, hablar, pero creo que no es el mejor momento, ¿me equivoco?

—Tienes razón, no es el mejor momento —aseguró con los ojos vidriosos y haciendo un titánico esfuerzo por retener las lágrimas, aunque sin conseguirlo.

—Todo se arreglará Lucía, ya lo verás. Pero recupérate por favor, no quiero que enfermes.

—¡No le digas nada, Carla!, hazme ese favor —le pidió sin poder evitar que las lágrimas siguieran rodando por sus mejillas y sin ser capaz de mencionar el nombre de Manuel. Las dos sabían perfectamente a quién se refería.

—Te lo prometo, pero come y descansa. Y sobre todo no te preocupes por nada, todo se arreglará.

Se abrazaron con mucho cariño y Carla se marchó totalmente impactada por el dolor que reflejaba el rostro de Lucía. Solo recordar su aspecto le dolía, era la imagen de la desesperación y la agonía. Si su hermano la pudiera ver en esos momentos, volvía a Barcelona nadando. No le diría nada, porque se lo había prometido a Lucía, y porque no quería que él sufriera, estaba solo en Atlanta, lejos de casa y de todos, y a él nadie podía consolarlo.

La verdad es que Carla en su interior no hacía más que darle vueltas. Por una parte, recordaba cuando su hermano se marchó, lo desesperado que estaba, y le hubiera servido una simple insinuación, una pequeña excusa, para dejarlo todo y correr al lado de Lucía. Y hoy, después de verla, de comprobar cómo sufría por la ausencia de su hermano, ver en su cara el dolor y en su cuerpo la agonía y la desgana por todo, le había dejado clara una cosa: se amaban como locos, pero el orgullo los perdía. Eran capaces de sufrir lo impensable con tal de mantenerse firmes en sus tontas e inútiles convicciones. No pudo más que compadecerse de ambos. Sufrir como lo estaban haciendo y sin ninguno de los dos poner remedio, aunque solo fuera una simple llamada... nada. ¡Menuda pareja de tontos! ¡Qué tiempo estaban desperdiciando solo por orgullo!

11

Dos semanas se quedó Lucía en la casa de sus padres, y la verdad es que había sido un gran consuelo tener el hombro de alguien sobre el que descargar su dolor. Durante este tiempo, había estado arropada por todo el mundo, se habían volcado en ella y, cuando no estaba su familia, estaban sus amigas. Aquellos días, vivió pendiente del móvil en todo momento, esperaba una llamada que nunca llegaba, un mensaje, algo que le hiciera pensar que Manuel estaba arrepentido. A la espera de una señal para ir al aeropuerto y coger un vuelo hasta Atlanta. Pero esa llamada o mensaje, catorce días después, no llegó.

Lucía volvió a replantearse su vida. Estaba visto que no le importaba nada a Manuel, no era merecedora ni de un simple mensaje preguntándole cómo estaba. Y dos semanas después, el dolor se convirtió en rabia, Manuel había seguido con su vida sin importarle ella, al menos eso era lo que daba a entender. La despreocupación y falta de interés que estaba demostrando, además de herirla en lo más profundo de su corazón, empezaban a enfadarla, a llenarla de una ira descontrolada. Y esa misma noche, después de mirar el móvil durante todo el día, al menos unas mil veces, la rabia y el dolor explotaron por igual y estampó el aparato contra la pared con tanta fuerza que se quedó hecho añicos.

Ante el ruido, Ana y su madre corrieron al piso superior y entraron asustadas a la habitación de Lucía, temían que volviera a tener otro ataque. Pero la escena era dantesca, el móvil hecho mil pedazos esparcido por la habitación, mientras una rota Lucía lloraba de rodillas, al mismo tiempo que daba golpes a la pared con su cabeza. Su madre la tomó entre su regazo, llorando con ella, mientras su hermana le cogía las manos y hacía lo mismo, las tres compartían su pena.

Pasados unos minutos, Lucía les acarició las mejillas y les habló con la voz ronca de tanto llorar.

—¡Se acabó! ¡Esta ha sido la última vez que lloro por ese imbécil! Ha tenido catorce días, no le doy ni uno más. A partir de ahora comienza mi vida. El destino ha querido que no estemos juntos y no voy seguir haciéndome ilusiones, Manuel no va a volver y esta —se pasó el dorso de la mano con rabia por su mejilla—, ha sido la última lágrima que he derramado por él, no se las merece. Pero os necesito a todas. Voy a volver a mi casa, aunque no soy capaz de sacar sus cosas sin derrumbarme. Quiero que me ayudéis, que vayáis allí y que empaquetéis todas sus cosas sin dejar ni una. Necesito volver a mi casa, a mi vida, pero de una forma limpia, sin tener nada de Manuel a mi lado.

—No te preocupes —aseguró Ana con los ojos llenos de lágrimas—, entre todas dejaremos el piso como si él jamás hubiera estado allí.

—Necesito tomar las riendas de mi vida y aquí —señaló con la mano las paredes de su habitación—, no puedo hacerlo. Es como si estuviera en una urna y todos a mi alrededor protegiéndome, pero un día u otro tengo que volver a la realidad, y no está aquí, está en mi casa y cuanto antes lo acepte mejor será.

—Solo han pasado dos semanas desde que se fue, todavía puede llamar, incluso regresar.

—No, mamá, conozco muy bien a Manuel, y cuando toma una decisión la lleva hasta el final. Si ha aceptado el trabajo no lo va a abandonar, y ha dejado muy claro que por mí menos.

Tanto su madre como su hermana protestaron ante las duras palabras de Lucía, pero ella no las dejó continuar, sino que siguió hablando.

—Es lo que ha hecho, es doloroso decirlo, pero eligió su trabajo antes que a mí y, si no, ¿dónde está ahora? Por eso tengo que empezar de nuevo, él ha elegido y yo tengo que asumirlo, aunque esté rota por dentro.

Ya no pudo seguir hablando y empezó a recoger sus cosas, ignorando la presencia tanto de Ana como de su madre. Estas iban a dejarla sola y salieron de la habitación, pero antes de que cerraran la puerta, Lucía se dirigió hacia su hermana.

—Por favor, hacedlo cuanto antes. Mañana me gustaría volver a instalarme en mi casa.

—Ahora mismo hablo con Blanca y Lola. ¿No quieres conservar nada?

—No, no quiero nada suyo.

Ana ya no le dijo nada más y cerró la puerta de la habitación dejando a su hermana sola. Esta, en cuanto vio que se iba, volvió a tumbarse sobre la cama, acurrucándose, sin importarle lo que acababa de asegurar sobre no volver a derramar ni una sola lágrima más cuando sus mejillas se volvieron a humedecer. Estaba siendo consciente de lo que acababa de pedirles, que no dejaran ni un solo rastro de Manuel, y eso le dolía. Más que eso, el corazón apenas podía latir de lo roto que lo tenía.

Al día siguiente empezaría su nueva vida, triste y vacía. Lo único que esperaba era que ese dolor tan punzante algún día remitiera. No sabía si soportaría la vuelta a su casa, la que durante años había compartido con Manuel y que habían convertido en su hogar.

Esa misma tarde, las tres hermanas junto a sus amigas, entraron en casa de Lucía para quitar de en medio todo lo que en algún momento había pertenecido a

Manuel.

—Venga chicas, cada una en una habitación, cualquier cosa que dudéis, la quitáis. Si luego Lucía echa algo de menos, lo volvemos a traer. —Les animó Lola dando unas palmadas.

—¿Qué os parece si le cambiamos los muebles de lugar? Creo que le haría pensar menos —preguntó Alba, analizando con su ojo profesional.

—Creo que es una buena idea, Alba, y si luego prefiere mantenerlo como antes, se cambia, pero la primera impresión no será tan dura y desoladora. —Dijo Blanca pensando en la vuelta de su hermana.

Y eso hicieron. Metieron en bolsas la ropa que quedaba en los armarios, libros, cuadernos, fotografías, cada pequeño recuerdo que, en sus numerosos viajes, habían comprado juntos. Incluso se acordaron de retirar el café que Lucía especialmente preparaba para él. Su taza de Son Goku, sus discos... Eran tantas cosas que estuvieron gran parte de la tarde retirando y guardando todos los enseres que Manuel tenía por la casa, lo que no se había llevado a Atlanta.

Cuando lo tuvieron todo cargado en el coche que luego llevarían al almacén de la fábrica, entre las seis mujeres cambiaron un poco la decoración. En la habitación que hasta entonces habían compartido Lucía y Manuel colocaron el despacho y el sofá cama. En otra habitación, aunque era más pequeña, pusieron la cama. Lola se marchó y enseguida vino con ropa nueva de cama, con un estilo totalmente diferente al que Lucía tenía. También quitaron las toallas, cambiándolas por otras distintas.

Cuando terminaron, parecía otra casa y todas se fueron satisfechas, habían conseguido su objetivo.

Al día siguiente, Lucía volvió a su casa. No quiso que nadie subiera con ella, pero tanto Lola como Ana esperaron abajo hasta que ella se asomó a la ventana y pudieron comprobar que estaba bien. Y es que, desde que le dio el ataque de ansiedad tan brutal, toda la familia estaba muy preocupada por ella e intentaban que estuviera siempre acompañada, por eso, que se fuera les daba miedo.

Cuando entró en su casa apenas la reconocía y la emoción amenazaba con aparecer y derrumbar de un plumazo la coraza que llevaba alrededor de su corazón, todavía débil. Rápidamente cruzó el salón, se asomó a una de las ventanas y saludó con la mano a sus hermanas.

—¿Estás bien, Lucía? —gritó Lola.

Movió la cabeza afirmativamente y, aunque en un principio sus hermanas dudaron, al final las dos se marcharon. Sabían que tenía que reconciliarse con su casa y debía hacerlo a solas. Ellas habían hecho todo lo posible para amortiguar

ese dolor, pero el resto debía hacerlo Lucía.

Cuando vio como sus hermanas se marchaban, se dio la vuelta y miró con ansiedad toda la casa. Buscaba las cosas de Manuel como una adicta, pero tanto sus hermanas como sus amigas habían hecho un trabajo concienzudo y no se habían dejado ni un simple detalle. Era como si Manuel jamás hubiera vivido allí.

Tendría que aprender muchas cosas: a vivir sin él, sin sus besos ni abrazos, sin las caricias de las que su cuerpo se alimentaba. No volvería a ver esos intensos ojos azules que la traspasaban y podían ver lo más profundo de su alma. Tampoco volvería a sentir esos labios, que con un simple roce sobre en su cuerpo la hacían vibrar. Era un sentimiento de pérdida tan grande que tanto su cuerpo como su alma se resistían a asimilarlo.

Revisó toda la casa minuciosamente, como un detective buscando una huella, pero no había nada. Totalmente abatida, se tumbó en el sofá, contemplándolo todo, sin reconocer apenas su hogar. No quería cambiar nada, pero la esencia de su vida había mutado y ella no era la que había realizado dicho cambio. Conectó la música y en cuanto empezó a sonar no pudo evitar que las lágrimas resbalaran sin remedio por sus mejillas. El equipo de limpieza había pasado por alto esa zona y dentro del aparato de música había un CD de Manuel. Su corazón golpeaba con fuerza, mientras unos ahogados sollozos salían de su garganta.

Seguía escuchando una canción tras otra con una enfermiza avidez de uno de los grupos preferidos de Manuel, *Queen*, se recostó llena de amargura, con la música retumbando por toda la casa. Fue a moverse cuando algo duro se clavó en sus costillas. Se enderezó, metió la mano en las orillas del sofá, y lo que sacó la acabó de derrumbar. Allí estaba el libro que Manuel estaba leyendo. Al quedar escondido ni él lo había guardado al marcharse, ni tampoco las chicas lo habían visto. Lo cogió entre sus manos e intentó leer el título, pero apenas podía distinguir las letras, tenía los ojos completamente anegados. Lo cerró con fuerza y un par de lágrimas rodaron por sus mejillas. Cuando los volvió a abrir, fue como una broma del destino, la novela se titulaba: «No abras los ojos». ¡Ojalá pudiera cerrarlos hasta que esta pesadilla terminara! Lo guardó como si fuera el objeto más valioso del mundo, y en cierta manera lo era, en esos momentos no tenía nada más del hombre al que amaba más que a su propia vida, junto al disco, era lo único que le quedaba de Manuel.

12

Un día dejaba paso a otro igual de triste y vacío que el anterior, y detrás de una semana llegaba otra sin ninguna ilusión. La vida para Lucía se había convertido en una rutina, sin ningún anhelo, sin esperar nada. Su única aspiración durante todo el día era que llegara la noche rápidamente después de una agotadora jornada de trabajo, para poder meterse en su cama y, si tenía suerte, dormir unas horas sin vislumbrar ese doloroso sueño en el que un alegre y feliz Manuel le decía adiós desde el avión.

Sus hermanas, aunque lo intentaban con todas sus fuerzas, no podían sacarla ni a tomar una copa, o simplemente de compras, algo para lo que Lucía siempre estaba preparada. Pero ahora no tenía nunca ganas.

Sus amigas la perseguían en la fábrica y en su casa, pero no podían arrastrarla a ningún lugar, así que la mayoría de días se quedaban con ella, tiradas en el sofá de su salón. Y un día, después de estar luchando con ella durante toda la tarde, consiguieron que saliera a cenar y eso fue una buena señal, ya que Lucía sonrió por primera vez en muchos días. Fue como una celebración a lo grande, se congregaron sus amigas y sus hermanas y por poco tienen que cerrar el restaurante para ellas. La cena empezó bastante tensa, pero nada que no se remediara con unas cuantas botellas de vino. Temían que con el alcohol le diera por llorar, pero Lucía apenas tomó dos cervezas y no quiso nada más. Y ante la sorpresa de todas, pudieron escuchar el agradable sonido de su risa y eso las animó tanto que, cuando llevaban unas cuantas copas, desvariaron. A partir de entonces, a Lucía le costó menos salir y volver a reír. Su dolor no remitía, pero se estaba acostumbrando a vivir con él, a que formara parte de su vida.

Esa tarde, antes de salir de la fábrica, Lola estaba terminado de cuadrar el ejercicio del tercer trimestre del IVA y tratando de perfilar los porcentajes de un presupuesto. Era el cerebritito de la familia, las matemáticas eran su mundo; disfrutaba entre números lo mismo que sus hermanas en una tienda de ropa. Había quedado con sus amigas Julia y Elena, que pasarían por el trabajo a buscarla. Cogió su bolso y sacó un pequeño estuche *vintage* con sus pinturas, y siguió buscando algo dentro de ese enorme saco al que Lola equivocadamente llamaba bolso, por su tamaño y la cantidad de utensilios que llevaba dentro, más bien parecía una maleta. La mayoría de veces era imposible encontrar algo concreto dentro de esa locura, nadie se explicaba cómo lo hacía. Era un cosa que tanto Lucía como Lola compartían, más que unos bolsos, lo que llevaban

colgando de su hombro eran dos leoneras en las que nunca se encontraba nada.

—Lucía, ¿no llevarás en tu bolso una compresa o un tampón? Se me ha olvidado y no quiero pararme a comprar, se me hará tarde.

Buscó en su bolso y sacó una compresa de un pequeño apartado. Pero en el mismo instante que alargaba la mano para dársela, frunció el ceño intentando recordar. ¿Cuándo había tenido ella la regla por última vez? Bueno, en sus circunstancias un pequeño retraso era normal, entre el ataque de ansiedad, su falta de apetito y la consiguiente pérdida de peso, era lógico, pensó en su fuero interno.

Una inquietud se instauró en ella, tenía que descartar lo que estaba sospechando cuanto antes. Si su vida ya era en estos momentos un caos, solo le faltaba lo que imaginaba. Cuando salieron de la fábrica, a Lola la estaban esperando sus amigas, que en cuanto vieron a Lucía se acercaron a ella y la abrazaron animándola a que las acompañara. Al final, después de muchas protestas por parte de su hermana y sus amigas, Lucía subió a su coche y salió hacia casa. La verdad es que todas sus amistades y las de sus hermanas insistían a cada dos por tres para que se uniera a ellas, pero todavía le costaba salir e intentar divertirse, aunque lo hiciera de vez en cuando.

Paró ante una farmacia y en pocos minutos estaba de vuelta en su coche con un test de embarazo en el bolso.

Al llegar a casa, fue al baño y después de leer las instrucciones con atención, las siguió al pie de la letra. Nerviosa, esperó los cinco minutos que señalaba el prospecto y cuando miró el resultado no tuvo más remedio que sentarse, las piernas le flaqueaban y casi se cae al suelo.

¡Estaba embarazada!

No era un retraso. Corrió a su habitación y miró el calendario en el que llevaba la cuenta de sus reglas para cerciorarse con más seguridad, y la última apuntada fue en agosto. ¡Estaba esperando un hijo de Manuel! ¡Y él estaba a más de siete mil kilómetros!

¿Y ahora qué hacía? ¿Lo llamaba y le daba la noticia, así, sin más? Él se había marchado hacía dos meses y no la había llamado ni una sola vez. Claro que, aunque lo hubiera intentado, no hubiera podido.

Tenía un gran dilema, decidir si le daba la noticia o no. Llevaba dos meses en Atlanta y de ninguna manera se había preocupado por ella, y ahora ¿debía de llamarlo para darle la noticia? ¡Ni hablar!

Lucía sabía que, si le contaba lo que sucedía, Manuel volvería a Barcelona en el primer avión y renunciaría a todo por estar a su lado, por asumir su

responsabilidad. Pero eso no era lo que ella deseaba, no quería forzarlo. También tenía su orgullo, y si no había sido capaz de decirle un «lo siento», menos iba a renunciar a su nuevo puesto de trabajo. Por eso no iba a informarle de su estado, no quería retenerlo a su lado por obligación. Y si venía por el embarazo, siempre tendría la duda de si estaba con ella por amor o por obligación.

Manuel había hecho su elección sin contar con ella y su futuro en común, su trabajo ocupaba el primer puesto, se lo había dejado muy claro.

Cuando les diera la noticia a sus padres y hermanas, les contaría la decisión que había tomado, y solo esperaba que todos la entendieran y la apoyaran.

Y no esperó mucho para ponerlos al día de su nueva situación. La noche siguiente, en medio de la cena en la que casualmente estaban todos, directamente y sin paños calientes, lo soltó a boca jarro.

—Estoy embarazada—. Les dijo alto y claro, para que no hubiera ninguna confusión.

Se quedaron mirándola, como si de repente se hubiera convertido en un monstruo de dos cabezas. Ninguno podía decir nada, todavía seguían aturdidos por la repentina marcha de Manuel, cuando les soltaba esa bomba. Y no es que fuera una niña, ya tenía veintiocho años, aunque era inesperado, sobre todo en esos momentos. Viendo que no decían nada, Lucía siguió hablando:

—Me voy a convertir en madre soltera, así que necesitaré todo vuestro apoyo y que estéis a mi lado.

—Lucía, ¿no piensas decirle nada a Manuel? —preguntó María.

—No, mamá, no quiero que vuelva solo por obligación y eso es lo que pasará si le digo que estoy embarazada.

—Si no se lo dices, estarás privándolo de algo a lo que tiene derecho, ¿lo sabes, verdad? —cuestionó ahora su padre muy serio y rotundo—. Un niño es algo muy serio y debe quedar fuera de disputas, y con eso no se juega. Manuel tiene su derecho, te guste o no.

—Sí, lo sé, papá, pero tampoco hace falta que lo sepa ahora mismo, estoy de dos faltas, por lo tanto, hasta que nazca, faltan siete meses. No se lo voy a ocultar para siempre, pero no quiero entorpecer su futuro dentro de la empresa. No quiero que, por un embarazo no deseado, renuncie a su futuro, a su sueño, a lo que él quería hacer más que nada. No quiero que se vea forzado a volver y si se lo digo, lo conozco bien y sé que vendría mañana mismo.

—Piensa bien lo que haces y con lo que decidas, estaremos contigo. —Dijo su padre con decisión.

—Ya lo tengo decidido y os prometo que en cuanto Manuel vuelva a

Barcelona, hablaré con él y se lo diré.

Esta vez sus hermanas también dieron su parecer y pensaron en todas las posibilidades.

—Pero Manuel se fue para dos años.

—Ya lo sé, Lola, hasta ahí se contar —Lucía puso los ojos en blanco—, y sé que cuando Manuel vuelva, su hijo o hija tendrá casi un año.

—¿Y si se lo dices cuando vaya a nacer? Sería lo más justo para él y para ti —preguntó Blanca con su sensatez, quién dio su opinión.

—No lo sé, todo lo que venga antes de lo que tenía planeado, quisiera evitarlo.

—Pero no eres quien para decidir por él. Todo este embrollo entre vosotros empezó porque Manuel decidió por ti y ahora tú vas a obrar de la misma manera.

—No es lo mismo, Ana, él decidió por mí, pero sobre todo por él. Yo solo quiero que cumpla su sueño. No podría perdonarme que por mi culpa lo dejara a medias.

—Tampoco has elegido quedarte embarazada y para eso hacen falta dos. No entiendo por qué vas a ser tú la única en sacrificarse —añadió Lola llena de realismo.

—Lo sé, no entiendo ni cómo ha sucedido.

—Pues sencillamente porque la píldora es segura en un noventa y nueve por ciento, pero no infalible, y en ese pequeño porcentaje de fallos has entrado tú —le aclaró Lola.

—Sigo pensando que es él quien tiene que decidir si quiere cuidar de su hijo o, por el contrario, cumplir su contrato —insistió Ana.

—Creo que lo mejor será esperar, quizás Manuel esté aquí antes de lo que nos creemos —les dijo su madre.

—No será así, todos sabéis que es muy terco y cuando se fue, no pensó ni una sola vez que obraba mal. Nadie puede hacerle cambiar de opinión cuando él no cree estar equivocado.

Nadie dijo nada más ni llevó la contraria a las últimas palabras de Lucía y así quedó todo, con una decisión por tomar que quedaba suspendida en el tiempo, al menos hasta el momento del parto.

A pesar de su pena y de los momentos de bajón que muchas veces la invadían, Lucía volvía poco a poco a parecerse a la Lucía de siempre, la amiga divertida y animada, la hermana alegre, presumida y generosa, y la hija cariñosa que, en poco tiempo, se convertiría en madre.

El embarazo paso con rapidez y sin darse cuenta se encontró en el mes de

mayo. Estuvo arropada en todo momento por su familia, sus amigas y las amigas de sus hermanas, todas estaban pendientes de cualquier noticia.

La suerte estuvo de su lado y no se encontró durante el embarazo con los amigos de Manuel. Con Carla fue más difícil ocultar su embarazo, se hablaban por teléfono, pero logro esquivar quedar con ella. Al final, Carla creyó que Lucía pretendía poner distancia entre ellas y su contacto se quedó en esporádicas llamadas de teléfono. Lucía se sintió culpable por ocultarle su estado, pero no podía decírselo, sabía que en cuanto lo supiera, se lo diría a su hermano sin tardar ni un minuto por mucho que ella le pidiera su silencio, en eso no la iba a complacer.

Cuando su bebé naciera, quedarían. La quería mucho y le apenaba no hablar con ella, sabía que Carla estaba dolida, pero con el tiempo entendería sus motivos, o al menos eso esperaba.

Por muchas ecografías que se hizo, no pudieron saber el sexo de su bebé y todo eran especulaciones. Su padre le decía que en esa familia solo nacían niñas, pero se moría por tener un nieto, y a su madre le pasaba lo mismo, querían ver crecer un niño después de haber tenido cuatro hijas.

Se suponía que esta iba a ser la última ecografía y esta vez era Ana la que acompañaba a su hermana.

—¡Ya verás cómo esta vez dejará que su tía Ana sea la primera en ver si es niño o niña!

—Lo dudo mucho. Es tan cabezota como su padre y nos tendrá en ascuas hasta el día del parto.

—¡Mira que eres! Como si tú no lo fueras tanto a más terca que él.

—¿Apostamos algo? —preguntó Lucía muy segura de su victoria.

—Sé que voy a perder, ¡pero me apuesto el almuerzo!

—¡Venga, escóndete! —dijo Lucía dando unos pequeños toques a su enorme barriga.

Y no se equivocó Lucía, se veía su carita con mucha claridad, pero seguían sin conocer el sexo del bebé. Volvieron loco al ecógrafo.

—Esa carita es de niña. —Decía Ana mirando la pantalla desde todos los ángulos.

—¿No puede insistir un poco más? —preguntó Lucía.

—Lo siento, pero llevamos más tiempo de la cuenta. La postura del feto no nos permite conocer su sexo. Lo siento.

—¿Qué te decía yo? Es tan cabezota como su padre —exclamó Lucía.

—Y tan terca como su madre, de eso no hay duda —suspiró Ana.

Cuando Lucía se puso de parto, la sala de espera de la clínica se llenó. En el paritorio entró su madre con ella y fueron las primeras en ver la carita de Adrián, era el vivo retrato de Manuel, incluso nació con el entrecejo fruncido, el más característico gesto de su padre. Lucía no pudo evitar llorar en cuanto le pusieron a su hijo sobre ella. La emoción y la pena se mezclaron en ese momento, era feliz, pero no al completo, le faltaba algo, le faltaba Manuel a su lado.

El alboroto en la habitación de Lucía era escandaloso. Lucas no se separaba de su nieto, estaba más orgulloso que nadie. Y cuando Lucía salió de la clínica, no volvió a su casa, se fue a casa de sus padres. Había decidido no volver a ese piso nunca más. Tenía que hacer un cambio y, aunque hasta ahora se había resistido, sabía que había llegado el momento definitivo de pasar página. Pero lo haría más adelante, necesitaba que le echaran una mano, y sus padres nunca le faltaban para cuidar a Adrián.

Cuando Lucía se repuso del parto y sus alteradas hormonas se regularon, por fin pudo dejar de llorar. Entonces tomó la decisión que había aparcado meses atrás, seguiría ocultándole a Manuel que tenía un hijo hasta que este no volviera definitivamente a Barcelona. Sus hermanas la apoyaron en la decisión y sus amigas, después de múltiples debates, también, aunque tuvieron una gran disparidad de criterios, y muchas conversaciones. Los que más se opusieron a su decisión fueron sus padres, cuando los debates se sucedían a diario.

—Lucía, por favor. No tienes ningún derecho a privar a un padre de su hijo y tampoco a que Adrián no disfrute de su padre. Estas siendo egoísta y rencorosa, quieres castigarlo. Te aseguro que, si no le llamas, el día de mañana te pasará factura —dijo su amiga con sinceridad.

Alba era psicóloga y trabajaba en un hospital de la ciudad. Amiga de Lucía desde la EGB e inseparables desde entonces. Vivía en San Feliu con su novio de toda la vida, Toni, y como profesional, estaba muy preocupada por las consecuencias que esta decisión podía acarrear a su amiga.

—No me quieres entender, ¡nadie quiere entenderlo! ¡No quiero que venga por obligación! No quiero forzar a Manuel para que vuelva antes de lo que tiene pensado. Tampoco se ha puesto en contacto conmigo para poder decirle lo que pasa.

—Eso son simplemente excusas ¡no me fastidies, Lucía! Al menos sé legal. Tienes la ocasión de devolverle la pelota y eso es lo que estás haciendo, no hay más. Te quiero y voy a estar a tu lado decidas lo que decidas, pero no quieras convencerme que lo que vas a hacer es lo correcto. —Le replicó Alba.

—No soy ninguna santa, pero lo que sí tengo claro, es que, durante todo este

tiempo, siempre he esperado que volviera por mí, y no lo ha hecho. No quiero forzarle.

—Ya, Lucía, eso lo sabemos —dijo esta vez Marta—. Pero tú le vas a privar durante un año de su hijo y no le estás dando opción de elegir. Puedes hacer lo que quieras, pero no está bien.

Marta era otra de sus íntimas amigas desde que entraron juntas al colegio con cuatro años. Ella había estudiado biología, especializada en zoología, y trabajaba en el zoo de Barcelona. Se enamoró de Julio, un médico que conoció en el Senegal mientras negociaba para el zoo unos ejemplares de animales salvajes. Julio era de Huesca y estaba en un campamento de Médicos sin Fronteras y fue allí donde se conocieron. Durante la estancia de Marta, vivieron un idílico romance y, cuando el viaje llegó a su fin, quince días después, a él todavía le quedaban cinco meses de estancia en el Senegal. Ahora Julio llevaba dos años aquí, pero su mayor ilusión sería volver a África y ejercer allí la medicina, siempre les decía que nada producía más satisfacción, que ser médico donde no tenían nada. Pero solo Marta lo retenía en Barcelona y no perdía ocasión para convencerla, cosa que tampoco le desagradaba a ella. Él le había propuesto un trato, pedir los dos una excedencia de dos años e irse a África, donde eran muy necesarios y, pasado ese tiempo, volver y formar una familia. Y Marta se lo estaba pensando.

—¿Y lo que hizo él estuvo bien? ¡No! Y eso no le echó para atrás. Si Lucía piensa así, nosotras no somos nadie para intentar disuadirla. Ella ha sufrido mucho y no podemos ponernos en su lugar —añadió Victoria.

—Ya lo sé, Vicky, pero debemos decirle lo que es correcto y lo que menos problemas le traerá —contestó Marta—, y sabiendo que haga lo que haga, siempre estaremos a su lado, pero no está bien y yo no lo apruebo.

Victoria era la tercera amiga también desde que eran unas niñas. Vivía en Barcelona, en un pequeño piso, y trabajaba en el archivo fotográfico cerca del Parque de la Ciudadela. No tenía novio y aunque había tenido alguna relación, nunca acertaba. Como ella les decía muchas veces; siempre se quedaba con el guapo, pero con el más gilipollas. Por eso ahora le costaba empezar una relación con alguien, siempre estaba a la defensiva.

—Y yo tampoco —dijo Alba—. Pero igual que Marta, estaré a su lado sea cual sea su postura.

—Yo sigo pensando que no le voy a decir nada hasta que vuelva, no quiero que jamás me eche en cara que no llevó a cabo su proyecto por un hijo no deseado.

Ninguna debatió más sobre el asunto, conocían a Lucía y sabían que no cambiaría de parecer.

Tampoco Lucas y María estaban convencidos con la decisión que su hija había tomado, e intentaron persuadirla por todos los medios, sabían que podía traerle muchas complicaciones. Le aconsejaron una y mil veces que pensara muy bien que era lo mejor para todos, pero no lo lograron, Lucía estaba más que convencida, empeñada en seguir adelante con su decisión y todos los que la conocían sabían que nada le haría cambiar de opinión. Así que al final, no les quedó otro remedio que aceptar su resolución y estar a su lado, ahora y cuando llegaran los momentos difíciles, ¡porque llegarían! Solo esperaban que la elección de Lucía no se volviera en su contra, que cuando Manuel se enterara, no se lo tomara a la tremenda porque podrían hacerse mucho daño entre ellos y hacer sufrir al inocente Adrián.

13

Casi un año después...

Manuel estaba recogiendo todas sus cosas, le quedaban los cuatro pantalones y camisas que había estado usando, porque el resto ya las había mandado a España.

Se había despedido de todos los compañeros de trabajo que durante dos años habían sido un gran apoyo en su vida en Atlanta. Desde el primer momento lo acogieron con gran simpatía y en cuanto se enteraron que era de Barcelona, conocida por ser una ciudad olímpica, le decían en un castellano muy difícil de entender todo lo que conocían. La verdad es que se quedó asombrado de todo lo que la gente sabía de Barcelona, sobre todo se maravillaba y emocionaba escuchando hablar a muchos de sus compañeros de Gaudí, de Dalí o Tapias. ¡Conocían muchas de sus obras! Y él, en cambio, apenas sabía el nombre de las más significativas y conocidas por casi todo el mundo. Alucinó cuando muchas de sus compañeras le hablaban de la firma Custo Barcelona y él ¡no tenía ni idea de que le hablaban! Se dio cuenta de que mucha de la gente que trabajaba a su lado, conocían más cosas de Barcelona sin vivir allí que él de Atlanta llevando casi dos años, y se sintió avergonzado.

Desde que Manuel empezó a trabajar en la central de Atlanta, Leo se convirtió en su gran apoyo, y en poco tiempo se hicieron grandes amigos. Estaban muy unidos y es lo que sucedía cuando vives en otro país, sin conocer a nadie. Y es que verse sin familia, sin amigos y completamente solos, los había unido. Leo había vuelto a España tres meses atrás y estaba instalado en Barcelona, cuando él volviera trabajarían juntos en el mismo departamento.

A Lourdes le iba a costar una enfermedad la marcha de sus dos amigos, primero Leo y ahora era Manuel. Durante muchos meses, ella les animaba todos los días para que se quedaran en Atlanta un tiempo más, pero jamás lo conseguía, tanto Manuel como Leo se morían por volver a España. Ella y su familia no tenían la intención de hacerlo, al menos por ahora. Lourdes y Carlos tenían una vida cómoda, llena de posibilidades junto a sus hijos, y se habían forjado un prometedor futuro siendo felices. Aunque decir adiós a sus amigos les costaba mucho, ya que durante dos años se habían convertido en inseparables dentro y fuera de la fábrica.

Sus amigos estaban al tanto de su historia y, aunque no conocían a Lucía, no se había librado de sus reprimendas. Lourdes mucho más severa y dura que Leo,

le repetía mil veces que la llamara, pero él siempre ponía la misma excusa: que Lucía había cambiado el teléfono para que no pudiera hacerlo porque no quería saber nada de él.

Manuel intentaba convencerlos o, al menos, que entendieran su punto de vista, pero ninguno de los dos le dieron nunca la razón. Un día, haciéndose confianzas mientras preparaban una barbacoa, Carlos le confesó algo que dejó a Manuel mudo.

—Desde que llegaste, siempre quise decirte una cosa y nunca me atreví. Pero quiero que lo sepas antes de que vuelvas a Barcelona.

—¿Temes mis represalias y por eso has esperado hasta el último momento? —preguntó entre risas.

—Algo parecido. Lo que creía era que no tenía derecho a inmiscuirme en tu vida como lo hacían Leo y Lourdes. Pero he cambiado de opinión.

—¿A favor o en contra de mí? —preguntó acostumbrado a que su vida estuviera en constante debate, expuesta ante todo el que quisiera dar su parecer.

—Ni una cosa ni la otra, solo quiero explicarte mi punto de vista. Si Lourdes hubiera hecho lo mismo que hiciste tú, si hubiera aceptado el puesto en Atlanta sin contar conmigo, jamás hubiera venido, ni yo ni mis hijos. Ella podría haber hecho lo que quisiera, pero nosotros la hubiésemos esperado en España.

—No era lo mismo, vosotros erais una familia, pero nosotros estábamos solos. Hubieran sido dos años para disfrutar, nuestra larga luna de miel.

—No te engañes por más tiempo, te tengo por una persona muy inteligente, no me hagas pensar lo contrario. Pensaste en ti, y no intentes acallar tu conciencia. Cuando le ofrecieron el traslado a Lurdes, estuvimos estudiando la oferta, comparando los pros y los contras hasta la saciedad y, al final, fui yo quien más la animó a aceptar el puesto. Estuvimos más de dos semanas cambiando de parecer casi a diario. Jamás nos hemos arrepentido porque fue una decisión tomada por los dos y tengo que reconocer que fue todo un acierto. Pero tuve que hacer mis sacrificios, renuncié a mi trabajo, familia, ciudad y amigos, pero fui yo él que lo eligió, nadie tomo la decisión por mí.

—Ahora estás contento de haber tomado esa elección.

—¡Claro que lo estoy! Encontré un trabajo de diseñador y los niños se han adaptado mejor que nosotros, tenemos una casa que nunca hubiéramos soñado en España y todas las oportunidades por delante. Pero yo formé parte activa en esa elección, esa es la diferencia contigo. ¿Lo entiendes?

—¡Sí, sé que no actué bien! Que fui un egoísta y, como muy bien dices, solo pensé en mí y daba por hecho que Lucía debía estar contenta. Pero no puedo

echar marcha atrás, no puedo retroceder en el tiempo. Te juro que si pudiera, ¡ya lo hubiera hecho! No pasa ni un día que no piense en lo mal que me comporté, y aunque han pasado dos años, la sigo queriendo como el primer día.

—Quiero que te des otra oportunidad y cuando vuelvas a Barcelona, que pienses en todo lo que me acabas de decir, dejes a un lado tu orgullo y la busques.

—¡Estoy deseando! No sé si me escuchará, pero en cuanto llegue, ¡te juro que es lo primero que voy a hacer!

Ya no dijeron nada más, llevaron la carne a la mesa y ninguno de los dos comentó a Lourdes ni una palabra de la conversación que habían mantenido.

Durante los dos años, muy a menudo conectaba con su hermana a través de internet, incluso había venido a visitarlo al menos tres veces, y también hablaron mucho de todo lo ocurrido. Carla no le decía nada de Lucía, ni como estaba, si hablaban de él, nada, siempre le contestaba que se lo había prometido a ella y no quería romper su palabra.

Solamente una vez que Carla había bebido más de la cuenta, se le escaparon unas cuantas cosas, hasta que su hermana cayó dormida por el alcohol. Sabía que no estaba con nadie, que los primeros días lo pasó tan mal, que el día que ella fue a visitarla parecía un espectro. Y que seis meses después de su marcha, cuando hablaban, Lucía no podía evitar que le cayeran las lágrimas.

Escuchar por boca de su hermana la forma en la que Lucía sufrió su ausencia, lo hizo sentir culpable y la conciencia a partir de entonces no lo dejaba vivir con tranquilidad. Así había pasado el último año; con remordimientos y lleno de ansiedad porque llegara el día de volver y, al final, ese momento tan esperado había llegado.

No pudo evitar el comparar la misma circunstancia, pero dos años antes, el día que tenía que hacer el viaje a la inversa. ¡Qué diferentes sentimientos lo acompañaban ahora! Estaba igual de nervioso que entonces pero lleno de ilusión y de esperanza. Volvería a ver a su gente, sus amigos, su familia y, sobre todo, no podía quitarse de la cabeza a Lucía, se moría por volver a verla, aunque fuera de lejos.

Tenía miedo, dudaba de que ella quisiera hablar con él y no se lo reprocharía. ¿Y si no quería ni verlo ni escucharlo? Se lo merecería. Durante dos años no se había preocupado de eso, simplemente dejaba pasar el tiempo pensando que cuando volviera hablarían, intentaría arreglar todo lo que anteriormente había hecho mal, pero ahora que su regreso era inminente, estaba aterrado. Solo esperaba que a Lucía le pasara lo mismo que a él, y que no le hubiera olvidado.

Ese último día, comió con sus amigos y después Carlos lo llevó al aeropuerto, el vuelo a Miami no salía hasta las seis de la tarde. La despedida de Lourdes y los pequeños Xavi, Laura y Tina fue muy emotiva y llena de lágrimas, pero con la esperanza de que en poco tiempo se encontrarían de nuevo, esta vez en Barcelona.

A las ocho de la noche, llegaba a Miami y todavía le quedaban cinco horas para coger el avión que lo llevaría, esta vez, directamente a Barcelona. Decidió quedarse dentro del aeropuerto. Si hubiera sido de día sí que habría ido hasta la ciudad, pero de noche no habría mucho que ver y además no quería arriesgarse y perder el avión por nada del mundo.

Cuando a las doce por fin se sentó en su asiento, creyó que dormiría durante todo el viaje, que caería rendido, pero se equivocó. Estaba tan nervioso, inquieto y ansioso, que fue imposible ni siquiera cerrar los ojos. Sacó su ordenador y buscó la carpeta que durante esos años guardó como si fuera el mayor tesoro. Todos los días la abría y, por muy cansado que estuviera, ni una sola noche se iba a la cama sin mirar las fotos en las que Lucía era la absoluta protagonista. Cada noche, como si de un ritual se tratara, cuando ya estaba en la cama, repasaba esas fotos hasta quedar dormido con la imagen de ella en su retina, y también era lo primero al despertar: la imagen risueña y feliz de Lucía.

La abrió con urgencia y una sonriente Lucía ocupó toda la pantalla de su portátil. No pudo evitar pasar los dedos por ella. ¡Cuánto la había añorado! ¿Cómo había sobrevivido dos años sin ella? Trabajando más de doce horas diarias y llegando a casa tan agotado, que muchas veces no podía ni quitarse la ropa para acostarse.

Pasó todas las fotos, más de mil, y recordó cada una y el momento exacto en la que las habían hecho. Imaginó su risa, sus bromas, su pronto y explosiones de genio, sus besos, su espontaneidad, todo lo que lo había enamorado aquella mañana en la facultad cuando tropezó contra él y, que diez años después, seguía embaucándolo de igual forma.

Por fin a las diez de la mañana, el avión aterrizaba en el aeropuerto de Barcelona. Su hermana lo estaba esperando con la misma ansiedad que Manuel y cuando se encontraron, se fundieron en un emocionante abrazo.

—¡Hermanita! ¡Qué ganas tenía de verte! Estás preciosa.

—¡Que adulator has vuelto! Me das un poco de miedo. También a ti te encuentro muy bien, no sé, más fuerte, más grande.

—Es el ejercicio físico. En mi tiempo libre me acostumbé a ir al gimnasio y ha dado su resultado. —Dijo riendo.

—Ya, no sabes que hacer para ligar.

Escuchar esas palabras le hizo recordar su obsesión durante los últimos meses. No quiso esperar más para pedirle a su hermana que le echara una mano, necesitaba toda la ayuda posible para acercarse a Lucía.

—De eso quería hablarte, necesito saber de Lucía, me estoy volviendo loco y no soporto estar lejos de ella durante más tiempo. Quiero verla, hablar con ella, más que querer, lo necesito. ¡Estoy desesperado! Tengo que decirle que la sigo amando, que fui un cretino y que me perdona.

—Un poco tarde para reconocerlo, podías haberlo visto antes, te hubieras ahorrado mucho sufrimiento. Te voy a ser sincera, Manuel, yo sigo viendo a Lucía, pero nunca me pregunta por ti. Es más, jamás hablamos de ti y tampoco ha querido ni una sola vez que le cuente nada. Es feliz, no tiene a nadie, pero creo que le decepcionaste tanto que no se fía de los hombres. Está muy resentida contigo, no me lo dice pero se le nota.

—No te pido que hables con ella en mi favor, pero dime dónde vive.

—No lo sé. Al principio vivía en vuestra casa, pero luego se fue con sus padres. Fue una época en la que intentó poner distancia entre nosotras, nos llamábamos por teléfono, pero nunca quedábamos como solíamos hacer. Pero desde hace un año, hemos vuelto a retomar nuestras salidas, a veces quedamos para comer y otras para tomar un simple café. Sé que se compró un piso y que siempre me dice que tengo que ir a verlo, pero todavía no lo he visto. Aunque si tanto interés tienes, puedes ir a casa de sus padres y preguntar por ella, creo que es lo más legal, al menos yo empezaría por ahí. Eso también te dará una idea de cómo está la situación con Lucía, sabrás lo que puedes esperar y si tienes alguna posibilidad de que quiera volver a verte.

—En cuanto deje en casa el equipaje, iré a Sant Feliu.

—Has tardado mucho en reaccionar, Manuel, y no sé si podrás arreglar algo o ya será muy tarde. ¡Han sido dos largos y dolorosos años! Es mucho tiempo cuando no has sido capaz de llamarla ni una sola vez, y no me vale la excusa de que Lucía cambió su móvil.

—Lo sé, pero al principio estaba totalmente convencido de tener la razón y esperaba una explicación por parte de Lucía que tampoco llegó. Cuando pasaron los días y no recibía ninguna noticia de ella, la llamé yo y había cambiado el número. La rabia me inundó, sabía que lo había hecho por mí, era la forma que tenía de decirme que no deseaba saber nada de mí.

—Cambió el móvil porque quince días después de marcharte, ni siquiera le habías mandado un mensaje para comprobar cómo se encontraba, y de la rabia

estampó el teléfono contra la pared. Por eso tuvo que cambiárselo y, como es tan terca como tú, lo hizo también con el número.

—Durante muchos meses estuve empecinado, convencido de que yo tenía toda la razón, pero luego empecé a ver otra realidad, mis compañeros en Atlanta me lo hicieron entender. A partir del año, un sentimiento de culpa empezó a invadirme, pero también el miedo. Y ahora estoy aterrado, Carla. Solo de pensar que la haya perdido, me mata. Tengo que ir a buscarla y no importa cuánto tarde en conseguirlo, pero tengo que convencerla, tiene que volver a mi lado.

—Te va a costar conseguir que eso suceda. Una sola vez me dijo que tú habías tomado tu elección y que no había sido ella precisamente. Que jamás te planteaste abandonar todo por ella, ni siquiera la semana antes de marcharte hiciste ni un solo intento por convencerla. ¿Y sabes que es lo peor de todo? Que Lucía pensaba acompañarte desde el principio, solamente esperaba una disculpa tuya, un «lo siento», que le pidieras perdón por actuar a sus espaldas, nada más. Pero eso no llegó, al contrario, arremetiste contra ella menospreciando su trabajo. Es una herida que dos años después todavía está abierta, no la ha curado y le escuece.

—¡Dios mío, Carla, cómo la he cagado!

—¡No lo sabes bien, Manuel!

Ya no hablaron más del tema, cargaron las maletas en el coche y fueron a casa de sus padres. Tenía que buscar un piso al día siguiente. Adoraba a sus padres, pero no se veía viviendo con ellos a sus treinta y tres años. Aunque lo primero sería ir a hablar con los padres de Lucía, con su madre. Por la hora, lo más seguro es que estuviera ella sola.

Y así fue, en cuanto llamó al timbre, María abrió la puerta y al encontrarse frente a él no pudo disimular la sorpresa, quedándose sin hacer nada, quieta frente a él. El asombro la dejó sin capacidad de reaccionar.

—¡María! ¡No cierres la puerta! Escúchame y ayúdame, te lo pido por favor.

Gritó él cuando cerraba en sus narices, sin darle pie a hablar.

—Manuel, ¿por qué has venido aquí? No tienes nada que decirme a mí.

—Déjame hablar contigo y luego si quieres me voy, pero dame una oportunidad. ¡Te lo pido por lo que más quieras!

María vio algo en la mirada de Manuel que la llenó de lástima. No podía dejarlo así, tan desamparado, y aunque fuese poco, le dedicaría unos minutos.

—Pasa, pero no tardes mucho. Lucas llegará en poco más de una hora y no sé cómo reaccionará si te encuentra aquí. Esta muy decepcionado contigo. Nunca creyó que te portaras así.

—María, si te dijera que estoy totalmente arrepentido, ¿me creerías?

—Yo no soy quién te tiene que creer o no, pero has tardado mucho en darte cuenta. No has llamado nunca para saber cómo se encontraba ella.

—Sé que he sido un imbécil, un orgulloso y no tengo defensa posible, pero sigo queriendo a Lucía como el primer día.

—Es algo difícil de creer después de ver cómo te has comportado. ¿Por qué no has venido antes a decírselo? O al menos podías haberla llamado. ¡Han sido dos años, dos largos y frustrantes años, demasiado tiempo para no tener ni una noticia tuya! ¿Y ahora pretendes que todo esté como antes? ¡Eso es imposible!

—Déjame que te explique, entonces lo entenderás.

Y le contó lo mismo que le había explicado esa misma mañana a su hermana en el aeropuerto. María lo escuchaba con atención. Manuel en los dos años no había venido por España, por lo tanto, Lucía no había tenido la oportunidad de verlo y contarle su secreto: Adrián. Recordar a su nieto la puso en alerta, miró alrededor buscando que no hubiera ninguna foto del niño. Pero en esa habitación extrañamente, no la había. No podía ser muy dura con él, porque cuando supiera la existencia de su hijo, también tendría motivos para enfadarse. Así que pensó en que cuanto antes se solucionara todo mejor.

—Mira, Manuel, voy a ser sincera contigo. Yo no tengo que perdonarte nada, es Lucía quien debe hacerlo. Le has hecho mucho daño, primero la hiciste sentir como si en vuestra vida fuera un cero a la izquierda, no contaste con ella en una decisión que os incumbía a los dos por igual y, por lo tanto, deberíais de haberla tomado juntos. Después, tu silencio durante todo este tiempo la siguió dañando. No consideraste cómo se sentiría, ni siquiera preguntaste por ella, no es de extrañar que todos pensáramos que ya no te importaba nada. Y, por último, tardas dos años en venir a disculparte. ¿Cómo crees que se sentirá? No has vuelto a ella hasta que tu contrato en Atlanta ha terminado. Todas las señales hacen pensar que Lucía siempre ha tenido la razón, que para ti el trabajo siempre estuvo antes que ella. Eso es lo que siempre ha visto ella y la verdad es que tiene razón o al menos, eso es lo que parece.

—¡No, eso no es cierto! Ella siempre ha sido lo primero en mi vida y siempre lo será. No sé porque me comporte así, siempre he sido un terco de narices, pero era algo más que eso. Hasta hace un año yo creía tener la razón, creía en mis motivos, en que ella era la que había fallado y por eso no rectifique, ¡por mi maldito orgullo y porque estaba totalmente ciego! Pero todo ha cambiado, y ahora mismo me siento tan ruin y cretino, que me avergüenzo de mí mismo. ¡Ayúdame, María! —le suplicó desesperado, porque sus ojos empezaban a

nublarse.

—Yo poco puedo hacer. —Se apenó María al ver la desesperación de Manuel —. Te diré donde vive y a qué hora estará allí, pero no puedo ayudarte en nada más, el resto depende de vosotros. Y recuerda, cuando hables con ella, lo que me has dicho; que siempre será lo primero en tu vida pase lo que pase. Si la amas, acuérdate de eso.

María le dio la dirección y cuando Manuel salía de casa le volvió a repetir:

—Recuerda cuando la veas todo lo que me has dicho, piensa solo que la quieres y olvídate de todo lo demás, el resto es secundario. —Insistió María, moviendo el dedo índice.

—Te lo prometo, María. —Dijo colocando la mano sobre su corazón.

«Eso espero», pensó ella, porque en cuanto llegara a casa de Lucía, él sí que se iba a llevar una sorpresa, y esperaba que todo fuera bien.

14

Manuel se montó en el coche de su hermana y fue a la dirección que María le había dado. Faltaba una hora para que Lucía llegara a su casa, según le había dicho su madre, pero a él no le importaba, esperaría lo que hiciera falta y ahora que sabía dónde estaba, montaría guardia si fuese necesario día y noche. No pensaba moverse de ahí hasta que no la viera. Aprovechó esa hora para pasear por la zona.

Lucía vivía a pocos minutos de la Sagrada Familia, en la calle Marina, el edificio era antiguo, pero totalmente reformado. ¡Era precioso! A ella siempre le habían gustado los edificios antiguos con altos techos, al menos en eso tenía el mismo gusto que antes —pensó Manuel—. También esperaba que los sentimientos hacia él tampoco hubieran cambiado.

Cuando llegó la hora, impaciente y nervioso, Manuel esperó que alguien entrara o saliera del portal para pasar. Miró los buzones y cuando vio el nombre de Lucía en solitario, respiró más tranquilo, al menos no compartía piso con nadie, como Carla le había dicho. Ansioso, llegó ante la puerta, subió la mano despacio, estaba temblando, todo su cuerpo se sacudía por los nervios. Respiró hondo y su dedo presionó el timbre, haciendo que el repentino e inesperado sonido lo sobresaltara. Unos pasos ligeros se acercaban, y a Manuel se le iba a salir el corazón del pecho de lo fuerte y rápido que latía. De repente la puerta se abrió y ante él tenía a la mujer más bonita que jamás conocería. Lucía dejó de respirar, mirándolo con los ojos muy abiertos, se había quedado totalmente paralizada, la sorpresa no la dejaba reaccionar. Manuel la observaba ansioso y maravillado. También el temor estaba presente en su mirada, creía que, de un momento a otro, Lucía cerraría de golpe sin dejarle decir ni una palabra de todo lo que llevaba dentro. Pero reaccionaba. Los segundos se convirtieron en minutos, al final, Manuel carraspeo y con una voz suave y calmada, le dijo:

—¿Puedo pasar, Lucía? —preguntó con la voz más dulce que jamás había salido de sus labios. Nunca había sonado «Lucía» con tanto amor como en aquel momento.

Ella no pudo contestar, únicamente se apartó a un lado dejando libre el paso hacia el interior de su hogar. Manuel no se lo pensó dos veces para entrar, mientras ella cerraba la puerta, apoyando su cuerpo un segundo. Cogió aire, echó a andar pasando delante de él, yendo directamente y en completo silencio hacia el salón.

En esos segundos que tardaron en cruzar el corto pasillo, multitud de pensamientos los asaltaron a los dos.

Manuel la miraba de arriba abajo, seguía siendo la mujer más guapa que había visto nunca. Iba vestía unos pantaloncitos cortos bastante amplios y una camiseta de tirantes, nada sofisticado ni sensual, pero a Manuel le pareció una diosa. En cuanto la observó con más detalle, su cuerpo reaccionó como hacía meses que no hacía. Ese era el efecto que siempre le producía. Mientras la seguía por aquel pasillo con ojos llenos de deseo, imaginaba mil formas de hacerla suya, de tumbarse sobre su cuerpo y deleitarse con su aroma, soñaba con besarla durante horas y con recorrer con sus labios cada rincón de su delicado cuerpo. Ese era el continuo y casi único sueño desde hacía dos años, desde que se marchó de Barcelona y se alejó de ella, pero lo que había tenido algunas noches, había sido una horrible pesadilla. Lucía aparecía tumbada sobre su cama completamente desnuda, se insinuaba y contoneaba esperando que él apagara su fuego interno. Manuel, loco de lujuria, la miraba memorizando cada detalle de su cuerpo desnudo, el hambre dentro de él crecía hasta que ya no podía aguantar más y excitado hasta límites imposibles, se precipitaba sobre ella para caer sobre una cama vacía. Lucía no estaba, se encontraba en la más completa soledad. Se despertaba de golpe muy alterado, sudando e incluso jadeando, pero sobre todo frustrado y tan excitado que era imposible en esas condiciones volverse a dormir. Eso era lo que le pasaba la mayoría de las noches.

Seguir a Lucía mientras contemplaba su cuerpo, teniendo esos pensamientos tan excitantes, lo estaban endureciendo hasta el punto de resultar incómodo. Fue verla y recordar cada uno de los momentos de intimidad, los veía tan claramente que parecía que habían pasado unos días y no dos años.

Lucía, por su parte, no pensaba en nada de eso, su único pensamiento estaba a pocos pasos de ella, en cuanto entraran al salón, Manuel se encontraría por primera vez con su hijo. Tenía que decirle que Adrián era su hijo y le aterrizzaba su reacción. Esperaba que entendiera los motivos por los que le había ocultado su existencia.

Cuando cruzaron la puerta, el grito de un bebé los envaró a los dos, un fuerte y sonoro «ma-má» retumbó en la habitación dejando a los dos congelados en el sitio.

Lucía fue la primera en reaccionar, redujo la distancia entre ella y su hijo con mucha rapidez, se agachó a su lado y cogiéndolo en sus brazos lo estrechó fuertemente contra su pecho. Solo intentaba que el contacto le insuflara toda la valentía que necesitaba. Se armó de valor dirigiéndose hacia un paralizado

Manuel que miraba al niño con una mezcla de sorpresa, recelo y temor. Cuando llegó frente a él, Adrián frunció el ceño de la misma forma que hacía su padre y después, el pequeño, acercó su diminuta manita a su cara.

—Manuel, este es Adrián —dijo mirándole a los ojos, viendo su confusión y sorpresa.

—¿Es tu hijo? —preguntó incrédulo, mirando a ese ser diminuto como si sus ojos fueran rayos X y una simple ojeada pudiera desvelar cualquier secreto—. Pero...

—Adrián es mi hijo... y el tuyo —musitó tan bajo que apenas se escuchó. Su temor empezaba a ser más que evidente.

Un montón de sensaciones lo recorrieron en ese momento. ¿De verdad era su hijo? Lo observó detenidamente y reconoció en ese niño muchos de sus rasgos. Era moreno como él y tenía el pelo negro igual. Los ojos eran azules y tan intensos como los suyos. ¿Y ese entrecejo fruncido? No había duda, era su propio retrato, ¡era su hijo! El pequeño lo sacó de sus pensamientos, alargaba sus manitas hacia él y trataba de llamar su atención con un potente grito que lo sacó rápidamente de su confusión.

Ante la insistencia del niño, lo cogió con miedo, estaba tratando de asimilar la noticia, pero le costaba, no sabía que decir, no entendía nada. Tan aturdido estaba, que tuvo que sentarse para evitar caerse con el pequeño en brazos, no podía pensar con claridad, era algo tan inesperado que no sabía cómo reaccionar. Todo le daba vueltas, venía para pedirle perdón, para hablar con ella, decirle que lo sentía y se encontraba con la sorpresa de que, ¿tenía un hijo? ¿Así, de pronto? Por más que lo intentaba, no lo podía asimilar.

—¿Es mi hijo? —preguntó desconcertado. Temblaba con el pequeño en brazos, pero no había duda, ¡era su hijo!

—Sí. Nació el veinte de mayo del año pasado, acaba de cumplir un añito. —Nerviosa, retorció sus dedos sin atreverse a levantar los ojos del suelo.

—¿Y en todo este tiempo no has podido decirme que teníamos un hijo? ¿Tanto me odias para hacerme algo así? ¡¡Joder, Lucía!! —bufó conteniendo la compostura a duras penas mientras sentía como su hijo se movía entre sus brazos.

—No te odio, Manuel, y nunca podría odiarte. Pero no quería que un embarazo no deseado se interpusiera en tus planes —contestó levantando la cabeza y buscando sus ojos. Quería que viera la verdad en su mirada.

—¡Dios mío, Lucía! ¿Cómo has podido hacerme algo así? —exclamó dolido y alterado por igual.

—Yo no te he hecho nada, tú te fuiste y no te pusiste en contacto conmigo ni una sola vez, y yo actué de la forma que consideré más justa para todos. —Las piernas apenas la sostenían, empezaba a sentir como la entereza que tenía meses atrás, comenzaba a desaparecer.

—¿Es eso verdad? Se trata de tu venganza, como no te llamaba, tú me ocultas que hemos tenido un hijo, es por eso, ¿no? —Manuel empezaba a fruncir el ceño y eso era mala señal, su enfado aumentaba.

—No, Manuel, no fue por eso. Fue porque tú deseabas esa oportunidad por encima de todo, ese trabajo era lo más importante en aquel momento, y yo no era quien para interponerme y anunciarte al poco tiempo de irte que estaba embarazada. —Lucía se defendía, pero los nervios cada vez estaban más alterados.

—¡No me jodas, Lucía! Esto no tiene nada que ver con mi trabajo. ¡Es mi hijo y me lo has ocultado! ¡Tiene un año y acabo de enterarme! —El tono grave de su voz asustaba al pequeño, que empezaba a hacer pucheros. Lucía levanto sus temblorosas manos hacia él, con intención de cogerlo en brazos.

—No grites, por favor, lo vas a asustar. —Suplicó con voz suave intentando calmar a su hijo—. Solo estaba esperando que vinieras para darte la noticia. Si lo hubieras hecho antes, lo hubieses sabido, pero no has vuelto hasta hoy. —Dio los dos pasos que lo separaban de Manuel con las manos extendidas, reclamando a Adrián.

Manuel se paralizó ante las palabras de Lucía y miró al pequeño que hacía muecas a punto de llorar. Acercó su boca a la frente del pequeño y con un dulce beso intentó tranquilizarlo. Lucía volvió a hablar dejando caer sus brazos.

—Si quieres hablamos cuando Adrián no esté, pero no quiero que lo alteres. No te conoce y no quiero que lo asustes con gritos. Puedo dejarlo a comer con mi madre y quedamos nosotros en algún lugar y hablamos, quizás es hora de exponer todo lo que nuestro orgullo nos impidió hacer hace dos años. Tenemos un hijo en común y, aunque no te guste, estamos condenados a entendernos por el bien de Adrián. —Trató de apaciguar el ambiente, muy tenso, ante el descubrimiento que Manuel acababa de hacer.

—¿Y de quién es la culpa de que no me conozca? —Volvió Manuel a la carga, esta vez con un volumen más bajo, pero con un tono igual de duro.

Lucía no dijo nada, bajó la mirada a sus pies, tratando respirar con profundidad, e intentó capear el temporal que se avecinaba. Durante mucho tiempo se había preparado para todo tipo de reacciones por parte de Manuel. Sabía que al principio la sorpresa lo dejaría sin palabras. ¡Pero Manuel era

mucho Manuel! Y también tenía claro que en pocos minutos reaccionaría y no muy bien. Eso es lo que estaba pasando, comenzaba a enfadarse, lo podía ver en su cara, su entrecejo era muy profundo y su nariz tomaba aire de forma audible, ensanchándola. Su cara se teñía de un color rojo, ¡estaba a punto de echar fuego! Y Lucía sabía que ahora vendría su explosión verdadera, lo conocía tan bien, que recordaba todas y cada una de sus reacciones. ¡Ojalá se equivocara! Pero esto no había terminado, más bien acababa de empezar.

A Manuel las palabras de Lucía le dolieron y a la vez le provocaron un colosal cabreo, no podía seguir con su hijo en brazos, porque tenía una fuerte necesidad de calmar su creciente ira. Dejó a Adrián en la alfombra y con voz muy profunda y en tono bajo para no asustar al niño, pero con una rabia en su mirada que la hizo temblar, le habló para herir.

Lucía tomó al niño en brazos porque necesitaba la fuerza que le daba siempre. Una vez que sintió al pequeño contra su cuerpo, era capaz de aguantar cualquier cosa, incluso el mayor desprecio por parte de Manuel.

—Esto no se va a quedar así, Lucía —dijo señalándola con el dedo índice de un manera un tanto amenazadora—, voy a luchar por mi hijo con uñas y dientes. Voy a pedir la custodia de Adrián y voy a conseguir hacerte tanto daño como el que me has hecho tú. Te has vengado de mí de la forma más cruel que has encontrado y lo has conseguido, pero te devolveré cada golpe. —Hizo intención de marcharse pero, repentinamente, se volvió hacia Lucía intimidándola con aquel gesto—. Mañana quiero hablar contigo porque esta tarde, sin perder más tiempo, voy a ver a un abogado y voy a empezar a luchar por él. ¡Te vas a arrepentir de lo que has hecho! ¡Y yo preocupado por la forma de tratarte y todo el daño que creí hacerte! No has sufrido nada para lo que vas a sufrir a partir de ahora. Me has devuelto el golpe triplicado, pero esto no quedará así.

Esta vez sí que salió de la estancia a grandes zancadas. Su cara se tornó dura. Sus labios tensos y su entrecejo estaba tan fruncido que las cejas quedaban unidas. Las aletas de la nariz se movían para dejar entrar más aire. Era la imagen de la ira. El fuerte portazo, le hizo saber que Manuel había salido de su casa con un impresionante cabreo.

Lucía, ante las duras palabras de Manuel se quedó sin fuerza para replicar, solamente pudo con manos temblorosas abrazar a Adrián con más vigor. En cuanto vio su semblante, supo que el golpe de Manuel iba a ser fuerte, pero jamás espero algo como lo que acababa de escuchar. Ahora mismo estaba fuera de sí, más que por la noticia, por el tiempo que había tardado en dársela, pero le costaba creerlo. Habían pasado dos años y Manuel podía haber cambiado y ser

un completo desconocido para ella. Y si de verdad cumplía su amenaza, entonces, es que a la persona que estaba ante ella ya no la conocía.

No quería verse con Manuel en los tribunales, hablaría con él, intentaría convencerlo por todos los medios, pero ahora no era el momento, debía calmarse y más tarde podrían hablar con tranquilidad.

Manuel salió del salón apresuradamente, llegando a la puerta de la calle en dos zancadas. Furioso, abrió y de un golpe seco la cerró tras salir al rellano de la escalera. Estaba tan enfadado que tenía ponerse a gritar de un momento al otro. Tenía que tranquilizarse antes de hacer nada, no sabía ni cómo conseguirlo. Si caminar por la ciudad como hacía cuando se enfadaba con Lucía, o coger su coche y perderse por cualquier carretera. ¡Estaba tan confundido! Por fin pensó en Carla, ella siempre sabía cómo apaciguarlo y, lo más importante de todo, hacerlo razonar. Esta le contestó en seguida y en cuanto Manuel le gritó fuera de sí que tenía un hijo y que Lucía se lo había ocultado, Carla le dijo que fuera a su casa lo más rápido posible.

En cuanto llamó al timbre, ella abrió la puerta y al ver la expresión desencajada de su hermano se asustó. Estaba fuera de sí.

—¿Se puede saber que ha pasado? Tienes una expresión que da miedo. ¿Qué me gritabas a través del teléfono? No entendía nada —preguntó alarmada, la expresión de Manuel no tenía nada que ver con la de unas horas atrás.

—¡No te lo vas a creer! Cuando he llegado a su casa, yo iba dispuesto a disculparme, a decirle que la quería y que la echaba de menos, y me sorprende con la noticia de que tengo un hijo. ¡Un hijo! ¡Y el niño tiene ya un año! —gritó levantando las manos al cielo—. Es la persona más rencorosa que conozco. Se ha vengado de mí de la forma más cruel que ha podido encontrar y la que más daño podía hacerme. —Exclamó con los ojos entrecerrados por la furia.

—¿Tienes un hijo? ¡Entonces yo tengo un sobrino! —decía Carla emocionada sin prestar atención a los comentarios de su hermano.

—¿Te das cuenta de lo que me ha hecho? Pero ya le he dicho que esto no va a quedar así, voy a denunciarla, voy a pedir la custodia del niño y si puedo se lo voy a quitar como ha hecho ella. Si no me conocía, ahora lo va a hacer. ¡No sabe con quién se está metiendo! —Manuel braceaba con bruscos movimientos, lleno de ira.

—Manuel, estas desvariando diciendo todas esas barbaridades. Vuelves a comportarte como un cretino y ni siquiera eres consciente de eso. —Intentó calmarlo su hermana apelando a su sentido común.

—¡No, no son barbaridades!, es lo que voy hacer, ha sido muy cruel, y me las

va a pagar. Esta tarde buscaré el mejor abogado y no pararé hasta que lo consiga, hasta que le quite al niño. —Exclamaba cada vez más alterado, su estancia en Estados Unidos no había calmado su cabezonería, quizás era mayor que antes.

—¿Y quién crees que va a sufrir también? ¿Has pensado en el niño, o solo va de ti como siempre? —pregunto haciendo uso del chantaje emocional.

—¿Cómo que siempre va de mí? ¿Has escuchado lo que ha sido capaz de hacer con la intención de darme un escarmiento? —Confuso con las preguntas de su hermana, contestó con más preguntas.

—¿De verdad piensas eso? ¿Qué te ha dicho ella? —Carla no salía de su asombro. No había aprendido la lección.

—Tonterías, las excusas de siempre, que me fui eligiendo mi trabajo y que no quiso interponerse en mi futuro. —Dijo Manuel, intentando quitarle importancia a los motivos expuestos por Lucía, para él, simples excusas sin una base sólida.

Manuel volvía al punto de partida, los motivos de Lucía eran insignificantes ante su trabajo.

—¿Y realmente piensas que son tonterías? Yo también pensaría algo así después de la forma en la que te comportaste. —Resopló.

Cuando su hermano se ponía en ese plan, no lo soportaba. Su egocentrismo la sacaba de sus casillas y en ese aspecto, Manuel era imposible, ¿cómo podía volver a caer en lo mismo que dos años atrás? No había aprendido nada, la ira le estaba nublando el entendimiento de nuevo. Si seguía así, volvería a cagarla.

—¿Qué yo me comporte? ¿Y ella? —preguntó asombrado. No entendía la postura de su hermana, ¿es que estaba sorda, o en estos dos años había perdido entendimiento?

Carla se armó de paciencia e intentó dejar muy clara su postura en este asunto. No era dar la razón a uno o a otro, los dos estaban equivocados y tenían razón a partes iguales. Pero tenía que imponer un poco de cordura.

—Mira, Manuel —empezó a hablar con todo que denotaba cansancio, el que le estaba produciendo la terquedad de su hermano—, esta misma mañana cuando has llegado, ante mí has reconocido que obraste fatal, que te habías arrepentido de la forma que la habías tratado, que la habías echado de menos, que la seguías queriendo, ¿y qué haces ahora? Vuelves a culparla de todo, de tus fallos y de los de ella. Estoy de acuerdo en que no te avisó y está mal, pero tú no se lo pusiste fácil, hace dos años la cagaste, te importó más tu trabajo que ella, y eso es una verdad que ni tú mismo puedes negar. La abandonaste echándole la culpa por no querer seguirte, aunque Lucía tuviera que dejar todo por lo que ella y sus hermanas habían luchado. Menospreciaste sus logros académicos y la

importancia de su trabajo, solo porque era una empresa familiar.

Manuel no dijo nada, escuchaba a su hermana con suma atención mientras intentaba calmarse. La sensatez de Carla siempre le hacía recapacitar.

—Aunque te avergüence reconocerlo, esa es la verdad. Le demostraste que su amor no te importaba una mierda ¿y te extrañas que te haya ocultado que tenéis un hijo? Yo hubiera hecho lo mismo. No hubiera confiado algo tan importante en la vida como mi hijo a alguien que solo le importa su trabajo, su vida, su esfuerzo, su, su, su, siempre tú sin pensar en los demás. Le exigías que te acompañara cuando no tuviste la decencia de contar con ella, no la dejaste aceptar, se lo exigiste. —Le colocó una mano en el hombro, obligándole a volverse, reclamando su atención—. Estoy segura de que no la has dejado ni hablar y ya has tomado una decisión a la tremenda. Piensa primero, acabas de llegar, de acuerdo, tienes un hijo y te has perdido un año de él, ¿qué quieres hacer ahora, perder más tiempo? Piénsalo bien, Manuel. Habla con Lucía, escucha sus motivos para actuar como lo hizo, dale la oportunidad de explicártelo, de comprender cómo se sintió para tomar esa elección. Ponte por una vez en su lugar, encontrarse embarazada, sola y sin saber nada de ti. Olvídate un poco de ti y piensa en ella. —Apeló a los sentimientos de culpabilidad que su hermano tenía. No podía tirar su vida por la borda otra vez.

Manuel no pudo decir nada para rebatir a su hermana. La verdad era que, aunque era la pequeña, tenía más sentido común que los dos juntos.

Se quedó callado pensando en todo lo que le acababa de decir, y no podía quitarle la razón, no le había dejado que Lucía se explicara, apenas la dejó hablar cuando ya la estaba amenazando. ¿De verdad quería vengarse de ella? Tenía que meditar y dejar de actuar a lo loco, porque la última vez que lo hizo, le había costado dos años de sufrimiento. ¿Estaba dispuesto a vivir permanentemente rodeado de esa agonía? Su cabeza estaba a punto de explotar. Sin decir nada, ni siquiera despedirse, salió de la casa de Carla.

Durante el vuelo de vuelta a Barcelona, mientras contemplaba todas las fotografías de Lucía o de los dos juntos, pensó una y otra vez que había pasado un calvario y, si de él dependiera, no estaba dispuesto a pasar más tiempo sin ella, que iba a intentarlo todo por tenerla de nuevo a su lado. Estaba convencido de que seguirían juntos si no hubiera sido por lo mal que lo hizo. Y a la primera ocasión que tenía de rectificar, frente a Lucía, ¿qué hace él? ¡La amenaza!

Iba como loco, sin darse cuenta de lo que hacía o hacia dónde iba y, sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró en la playa de la Barceloneta, muy cerca de donde vivieron juntos, su hogar dos años atrás.

Hacía un día estupendo y la playa a esas horas estaba llena. Caminó por el paseo que la bordeaba y llegó hasta el Espigón del Gas, se sentó en las enormes piedras contra las que rompían las olas a un ritmo irregular, contemplando el horizonte mientras el sonido del agua amortiguaba el bombardeo de sensaciones que había dentro de su cabeza. Por una parte, la rabia que sentía por descubrir de una forma tan inesperada la existencia de un hijo, lo enfurecía. Y en cambio, por la otra, se moría por besar a esa mujer que seguía teniéndolo hechizado. En cuanto la vio esa misma tarde, supo que siempre sería la mujer de su vida, y que jamás podría olvidarla pasara lo que pasara entre ellos.

Manuel cerró los ojos y se dejó llevar por el sonido del continuo oleaje, su cabeza necesitaba un descanso, porque si seguían sus pensamientos a ese ritmo tan frenético, estallarían. Tenía que tomar una decisión y en estos momentos, con el enfado que llevaba encima, no era nada fácil. O bien cumplía con la amenaza de luchar por su hijo y darle una lección a Lucía, o por el contrario intentaba conquistarla de nuevo, olvidarse de este año pasado y empezar a disfrutar de Adrián junto a ella. No llevaba ni un día en Barcelona y los acontecimientos se amontonaban.

En su mente hubo un cambio, pensó todo lo que en los días siguientes tendría que hacer. Buscaría un piso. La zona de la playa, donde ahora se encontraba, siempre le había gustado para vivir, tener el mar tan cerca le apetecía mucho, además de recordarle los momentos más felices de su vida.

Durante los dos años que había vivido en Atlanta, solo en dos ocasiones había viajado hasta la costa. En la primera, viajó hasta la ciudad costera de Charleston con su amigo Leo. Y la segunda, voló hasta San Diego para practicar surf. No tenía ganas de conocer el país, porque la ilusión que siempre había tenido por hacerlo, se quedó en Barcelona junto a Lucía.

Mientras tanto, Carla no pudo esperar y decidió ir directamente a casa de Lucía. Su hermano había mencionado la dirección y no lo pensó dos veces. En cuanto Lucía abrió la puerta y la vio, un sentimiento de culpabilidad la invadió y unas lágrimas salieron para confirmar esa pena y esa vergüenza.

—Lo siento, Carla, pero sabía que si te decía algo no tardarías en contárselo a tu hermano.

—Y lo hubiera hecho. Estoy más que cabreada contigo y con mi hermano, por culpa de vuestra cabezonería me he perdido todo un año de mi sobrino. Y no sé cómo me lo vais a pagar, pero os juro que lo haréis.

—Mil veces estuve tentada a contártelo, pero siempre me echaba atrás saber que se lo dirías a Manuel y él volvería nada más lo llamaras.

—Ya hablaremos más tarde, ahora no puedo esperar más para conocerlo.

Dicho eso corrió hasta el salón y en cuanto vio al pequeño Adrián, lo cogió en brazos y no paró de tocarlo y jugar con él. El niño estaba encantado con tantas atenciones.

—Es guapísimo, y no sé si debo decírtelo o no, pero es igual que mi hermano.

—Ya lo sé, al nacer fui consciente de eso, pero cuanto más mayor se hace, más grande es su parecido. ¿Cómo está Manuel? ¡Se ha marchado tan enfadado!

—¿Y lo puedes culpar por eso? Sois iguales y por cabezotas os ha pasado todo. Hasta que no dejéis atrás vuestro orgullo, no podréis ser felices.

—Ya lo sé, pero entiéndeme, Carla, yo quería que estuviera conmigo porque me quería, y después de marcharse, dos meses después me hice la prueba y se confirmaron mis temores. En ese momento no quise decirle que estaba embarazada, sabía que en cuanto se lo dijera, volvería a Barcelona y se haría cargo de su responsabilidad. Pero sobre todo, lo que más pensé a la hora de tomar la decisión, es que yo no quería que volviera por obligación, esperaba que estuviera conmigo porque me quería, no por otro motivo.

—Pero también podías haber cogido un avión y presentarte en Atlanta, decirle que lo querías y que estabas embarazada. Era otra forma de hacerlo, ¿no?

—Tienes razón. Los dos nos obcecamos con nuestra propia razón y no vimos nada más, reconozco mi culpa. Fuimos como dos burros a los que les pones anteojeras para que no vean más que al frente. No fuimos capaces de ver y ponernos en la piel del otro.

—Bueno, eso ya no tiene remedio, lo hecho, hecho está. Lo que importa es lo que pensáis hacer de ahora en adelante.

—Ya te habrá dicho tu hermano que quiere pedir la custodia de Adrián, me va hacer pagar la forma en la que me he comportado. Lo conozco y sé que no era ningún farol, está realmente cabreado, pero si te digo la verdad, no esperaba tanta dureza, pensaba que cuando volviera, un poco de arrepentimiento demostraría, pero no ha sido así.

—Ya le he echado su bronca y se ha marchado con el rabo entre las piernas. Le he pedido lo mismo que voy a pedirte a ti. Dejad a un lado el orgullo, no estáis solos en el mundo y antes de pensar en vosotros como hicisteis en el pasado, pensad en este angelito. Pero ¿cómo se te ocurrió no decirle que iba a ser padre? Entiendo que después de la forma en la que se marchó no se lo quisieras contar durante el embarazo, pero deberías haberle avisado cuando esta preciosidad nació.

—Lo sé, Carla. Cuando me enteré que estaba embarazada, habían pasado dos meses desde que tu hermano se había marchado y ni siquiera me había mandado un mensaje para saber cómo estaba, no demostró ningún interés por mí. La rabia me desbordó y decidí no decirle nada. Cuando el niño naciera, lo volvería a pensar. En ese momento la decisión la tomé con rabia y, seré sincera contigo, había mucho resentimiento en mi resolución. Después, la ira se calmó y aunque no lo creas, no he dejado de quererlo ni un solo día. En ese momento me dolía que Manuel en un año, no hubiera vuelto por mí y lo hiciera por obligación. No quería interponerme en su futuro y que el día de mañana me lo echara alguna vez en cara, que me dijera que había renunciado a su gran oportunidad en su trabajo por mi culpa y la de Adrián. Por eso decidí no decirle nada hasta que volviera. Él piensa que lo he hecho por vengarme, y no es verdad, quizás en un principio fue así, pero después de nacer Adrián no podía hacerlo porque también me vengaría de mi hijo.

—Puedo imaginar cómo te sentiste. Sé que Manuel durante mucho tiempo pensó que estaba en posesión de la verdad, lo creía de verdad, Lucía. Pero en Atlanta tuvo dos compañeros españoles, Leo, que desde hace unos meses está trabajando aquí, y Lurdes, que junto a su marido se han hecho estos años muy amigos. Ellos le hicieron ponerse en tu lugar y así fue como comprendió la forma en la que tú te sentiste. Y le dolió saberlo, comprendió que te había herido menospreciándote y que la vida no siempre giraba a su alrededor.

—Pues a mí nunca me ha dicho que lo sentía, no me ha pedido perdón. Lo último que he sabido de él es que mañana me mandará a un abogado y que luchará por la custodia de Adrián.

—¡Tontería!, una bravuconada más de las tuyas, parece mentira que no lo conozcas.

—Ya, pero yo no puedo vivir así, pendiente de sus proyectos, de pensar cuando nos dejará a un lado por un trabajo, un viaje o cualquier otra cosa. Una vez confié que éramos pareja, que éramos iguales y él me dijo de la peor manera posible que no, que lo único que valía para él era lo suyo y, como no lo seguí, me abandonó, sin negociar, sin buscar posibles alternativas, o vienes conmigo o no se hable más. No quiero intentar nada que luego nos haga sufrir, lo siento, no soy masoquista y con una vez aprendí.

—No puedo decirte nada más que una cosa: hablar, aclarar todo, no dejéis nada dentro, tendréis que tenerlo todo claro porque estáis condenados a entenderos por este pequeño —aseguró Carla sonriendo a su sobrino.

Estuvieron hablando durante bastante tiempo del niño mientras Carla lo

sujetaba en brazos. Vieron fotografías de Adrián desde que nació, después, la orgullosa tía se llevó algunas fotos. No pensaba enseñárselas a su madre y tampoco decirle nada, tendría que ser Manuel el encargado de esa difícil tarea, el que decidiría cuándo hacerlo y cómo.

Carla se fue cuando terminaron de darle la cena y lo dejaron acostado en su cuna, asegurando a Lucía que al día siguiente volvería.

En cuanto Carla se marchó, llamó a su madre y le contó todo lo sucedido esa tarde. Le explicó que Manuel estuvo allí y que no fue muy bien.

—Es una reacción normal, hija. Deja que se calme y volverá, debéis aclarar muchas cosas. Tu tranquila, descansa y no te preocupes, ya verás como todo se arreglará.

—Ya lo sé, mamá, pero al verlo, me he dado cuenta de una cosa: que sigo queriéndolo y eso es lo peor —suspiró—. No sé si tiene novia, o a lo mejor se ha casado, no sé nada.

—Deja de preocuparte por eso ahora, si tuviera a alguien, no hubiera ido a verte nada más llegar.

—¡Vale! Igual tienes razón, pero no me fio. Lo quiero, pero no pienso volver a caer en la misma trampa, ya salió mal una vez y no quiero volver a pasar por eso.

—Ya veremos lo que pasa. No digas de esta agua no beberé. ¿Adrián está bien?

—Sí, mamá, está durmiendo. Voy a prepararme algo rápido de cena y me quedaré un rato en el sofá.

—Te dejo. Que descanses, hija. Hasta mañana.

15

Lucía se fue a la cocina, abrió el frigorífico y se quedó mirando sin saber que coger, aunque la verdad era que apenas tenía mucha hambre. Los acontecimientos del día le habían quitado el apetito. En el último momento, decidió hacerse una tortilla en pan de molde. Se preparó una bandeja con una cerveza y fue con su sencilla cena al sofá. No podría quedarse mucho tiempo, desde que había nacido su hijo, llegaba a la cama totalmente agotada. Trabajaba hasta las dos, recogía a Adrián en la guardería y volvían a casa. Después de una siesta, la tarde se la dedicaba por completo a su hijo.

Estaba terminando su cerveza cuando el timbre la sobresaltó. Ninguna de sus hermanas le había dicho que se pasarían por casa, fue hasta la puerta y se asomó por la mirilla. Y allí estaban sus tres amigas, ¿cómo se habían enterado? Porque era un día entre semana y ellas no solían visitarla, seguro que había sido su madre, pero si acababa de hablar con ella... No podía ser, y sus hermanas tampoco sabían nada. ¿Era casualidad? Pronto saldría de dudas, si algo tenían sus amigas, era que enseguida lo contaban todo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Un pajarito nos ha dicho que a lo mejor esta noche necesitas compañía. — Contestó Alba.

—¿Quién? —preguntó Lucía muy intrigada.

—Tu madre. —Dijo esta vez Marta, Alba era capaz de estar con las adivinanzas toda la noche, en cambio ella no las soportaba.

—¿Mamá? ¡Pero si acabo de hablar con ella y le he contado que Manuel había venido esta tarde!

—Bueno, pero antes de venir a verte a ti, fue a ver a tu madre, ¿quién crees que le ha dado tu dirección? —Otra vez Alba contestando con una pregunta.

—¡Qué fuerte! ¡Mi madre! ¿Y por qué no me lo ha dicho cuando hemos hablado hace un rato? Es increíble, guardando secretos es única.

En ese instante cayó en la cuenta de cómo había averiguado Manuel su nueva dirección.

—¿Cómo ha ido todo? Sobre todo, venimos para que nos pongas al día. ¿Cómo está Manuel? ¿Qué ha dicho cuando ha visto a Adrián? ¡¡Empieza a contarnos, que apenas nos quedan uñas!! —le dijo Marta con evidente curiosidad.

—¡Eso, cuéntanos, que hemos hecho una porra y quiero recoger el dinero! —

añadió Victoria entre risas.

—Que cara tenéis, yo hecha polvo, destrozada y vosotras haciendo negocios con mi desgracia.

—¡Venga, menos rollos y empieza a contarnos, que estamos impacientes! —protestó Alba

—Bueno, entró en casa y hablar, lo que se dice hablar, poco. Nada de lo que estáis pensando. Llegamos en silencio al salón y en cuanto vio a Adrián, se puso blanco.

—No me extraña, tiene que ser un *shock* volver con la intención de algo más que saludarte y encontrarte con un hijo —esta vez fue Victoria la que la cortó.

—¡Pero bueno! ¿Cómo sabes tú sus intenciones? —preguntó Lucía asombrada.

—¡Nuestro pajarito nos lo ha chivado! —canturreó Alba de nuevo.

Y esta vez fueron las tres a coro.

—¡¡¡Sigue!!! —Con un tono de mandato.

—Bueno, pero luego me lo contareis todo, porque por lo visto mi madre sabe mucho más que yo. Estábamos en que cuando vio a Adrián le cambió la cara y cuando le dije que era su hijo, se tuvo que sentar. Estuvo unos minutos mirándolo y luego explotó, me dijo que iba a luchar por conseguir su custodia, que se vengaría de mí sin importarle cómo.

—¡Joder con Manuel! Pues esa no era su intención —dijo Alba.

—Ahora vosotras contadme todo lo que sabéis. —Les apremió, tenía mucha curiosidad por conocer qué les había contado su madre.

—Esta mañana, me llamó tu madre a la consulta, la mujer estaba preocupada. Me explicó que Manuel había ido a casa para conseguir tu dirección. Él fue el que le dijo que te seguía queriendo, que quería pedirte disculpas y decirte que sentía la forma en la que se comportó dos años atrás. Que su vida en Atlanta sin ti había sido una verdadera tortura y que iba a hacer lo imposible por conquistarte de nuevo.

—Pues entre la casa de mis padres y la mía algo pasó que le hizo cambiar de opinión, porque fue duro conmigo como nunca lo había sido.

—¡¡¡Adrián!!! —exclamó Victoria sin más.

—¿Qué? —preguntó Lucía mirando hacia la puerta.

—Que lo que pasó fue que descubrió a su hijo y, como es tan impulsivo y le hace falta poco para explotar, pues ese fue el motivo por el que cambió su discurso —le aclaró Victoria.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Marta.

—¿¿¿Yo??? ¡Nada, esperar en casa, que me mande a los abogados, al juez o al fiscal! No voy a cambiar mi vida. Mañana me levantaré igual que hoy, llevaré a Adrián a la guardería y me marcharé a la fábrica. Cuando lleguen las dos, recogeré al pequeño y volveremos a casa, y por la tarde o nos iremos a la playa, o al parque o simplemente a casa de mi madre. Lo mismo que he hecho antes de que Manuel llegara.

—Yo creo que Manuel, al volver a casa y quedarse solo, se habrá parado a pensar en cómo ha vuelto a actuar dos años después. Estoy segura de que rectificará, no creo que vuelva a cagarla otra vez.

—¿Tú crees, Marta? ¡Claro, cómo no! Siempre le has sacado la cara. Bueno, —recalcó Alba—, casi siempre.

—Carla, su hermana, me dijo lo mismo. Que ella le había echado un gran rapapolvo y él se había marchado sin decir nada. Pero eso no quiere decir que le haga caso, a Manuel le cuesta bastante recapacitar. No está entre sus virtudes dar marcha atrás con tanta rapidez, y con el cabreo que tenía, tardará unos cuantos días en calmarse y poder hablar.

—Bueno, pero estas tranquila y así tienes que seguir, cuando venga para hablar contigo, hazlo, dialoga con serenidad. Cuéntale todo lo que ha sucedido estos dos años, explícale que tu vida durante este tiempo no ha sido un camino de rosas. Escucha lo que tenga que decirte, tú también sabes que no has obrado bien en el pasado, también te pusiste muy terca y no fuiste legal cuando le ocultaste que teníais un hijo. No entréis en la espiral de reproches, porque no os llevará a ninguna parte —le aconsejó Alba.

—Haré caso a mi psicóloga particular. Gracias, chicas, por estar cuando os necesito.

—Para eso están las amigas, con una cena y unas cervezas nos conformamos, ya ves tú que baratas salimos.

Y dicho esto, las cuatro se encaminaron hacia la cocina, a todas les apetecía lo mismo que Lucía había elegido para cenar. Mientras se hacían unos sándwiches, seguían hablando.

—Marta, ¿ya te has decidido o sigues necesitando más tiempo?

—No pensaba deciros todavía nada, pero creo que voy a aceptar. En el zoo me han ofrecido hacer un estudio en la zona sobre los animales en cautividad, sus comportamientos y carencias, y lo hemos hablado hasta la saciedad Julio y yo. Creo que vamos a aceptar y nos iremos en septiembre. Vamos a empezar a mover papeles, permisos de residencia y de trabajo. Estamos convencidos de que es lo mejor, viviremos una experiencia que pocas personas pueden hacer,

además, Julio volverá por última vez a los campamentos de campaña y yo cumpliré el sueño de cualquier zoóloga; vivir en plena naturaleza rodeada de animales.

—¡Yo no quiero que te vayas! —le dijo Victoria—. Está muy lejos y eres una inconsciente con los bichos. ¡Son salvajes! ¿No te das cuenta? Y tú crees que son inofensivos.

Nada la haría cambiar de opinión, estaba muy meditado y era una oportunidad que no iba a despreciar.

Terminaron la velada entre risas, lágrimas y abrazos.

Esa noche, cuando Lucía se acostó a su cama, a pesar de la conversación con sus amigas, seguía nerviosa, saber que Manuel estaba en Barcelona la tenía alterada, su corazón latía más deprisa. Tanto tiempo esperando este momento, lo había imaginado de mil maneras diferentes, pero en cada una de ellas ¡jamás sospechó que la iba a amenazar!

Pero ¿qué esperaba? ¿Y si fuera al revés? Bueno, no merecía calentarse la cabeza, esperaría al día siguiente, seguro que Manuel daría señales de vida y hasta entonces intentaría dormir, aunque sabía que no iba a ser fácil.

16

Después de su largo paseo por la playa, Manuel volvió a casa de sus padres, estaba agotado. Por una parte, el inevitable *jet lag*, llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, por otra, la emoción de volver a ver a su familia y, por último, ver a Lucía y descubrir que tenía un hijo de un año, todo esto de golpe.

Mientras paseaba por su querida y añorada playa, recordó la conversación con Lucía, sabía que le había dicho cosas horribles. Así que, sentado en la arena y observando el horizonte, mientras se dejaba acariciar por la brisa de la tarde, se dio cuenta de que había hecho todo lo contrario, pensaba pedirle que le diera una oportunidad y lo que hacía era amenazarla. Se habían comportado como dos cretinos cabezotas, él no lo hizo bien cuando se marchó sin darle ninguna oportunidad y ella tampoco cuando no le comunicó que tenían un hijo en común. Pero ¿podía hacerse el duro y no darle ni siquiera la oportunidad de explicarse?

Se daba cuenta de que era el mismo cretino y prepotente que fue dos años atrás, pensando solo en él. Había aprendido que un suceso tiene varios puntos de vista, depende de la persona y del momento. Cuando se fue de Barcelona, durante muchos meses pensó que estaba en posesión de la verdad, y que la única equivocada era Lucía. Pero sus amigos y las innumerables conversaciones que mantuvieron durante muchos días le hicieron ver su equivocación y entonces comprendió que él tuvo una buena razón para actuar como lo hizo, pero Lucía ahora tenía otra, tan importante y válida como la suya.

Entre reflexiones de todo tipo, Manuel cayó sumido en un sueño profundo, su cuerpo lo necesitaba mucho, pero su mente todavía más. Desde que empezó a hacer la maleta, dos días antes, la incertidumbre se había instalado en su mente, ¿querría Lucía hablar con él o le cerraría la puerta en las narices?

¿Y qué hizo cuando la tuvo frente a él? Volvió a ser el mismo cafre de antes, echando por la borda la oportunidad de dialogar con ella como adultos, o discutir si hacía falta, pero no, lo que hizo fue amenazarla y salir corriendo.

Esa mañana, cuando se despertó, eran más de las once. Había descansado lo que le pedía el cuerpo y ya se había encargado su madre de que nada le despertara, manteniendo a todo el mundo en silencio. El descanso lo había dejado totalmente renovado, tanto a su cuerpo como su mente. Solo tenía una cosa clara: hablar con Lucía. Quería saberlo todo, hablar de su hijo, de su marcha, de su silencio y lo que era más importante, qué iban a hacer de ahora en adelante.

Así, a las dos de la tarde, cogió el coche y fue de nuevo a verla. Llamó al timbre y en pocos segundos se escucharon los mismos pasos que el día anterior. Se acercaba hasta la puerta y esta vez antes de abrir, comprobó quién llamaba a través de la mirilla, aunque no le hubiera hecho falta hacerlo, ya que sabía perfectamente quien estaba al otro lado de la puerta.

Cuando vio a Manuel parado, un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Con la mano temblorosa, abrió, y ya frente a él, no pudo reaccionar con normalidad. Lo miraba con intensidad, no sabía en qué plan venía, si lo hacía para seguir discutiendo con ella o, por el contrario, la escucharía y hablarían civilizadamente. Se quedó allí, quieta sin darle paso y no porque no quisiera que entrara, sino porque estaba tan distraída y expectante, que no se daba cuenta de que Manuel seguía en la escalera y ella obstaculizaba la entrada.

—¿Puedo pasar? —preguntó con suavidad.

—Perdona. Pero Adrián no está, se ha quedado en casa de mi madre.

—Quería hablar contigo.

Esta vez, Lucía echó a andar hacia el salón y Manuel la siguió. Los dos iban en silencio, se repetía la escena del día anterior, pero dentro de ellos no bullían los mismos pensamientos.

Lucía temía una nueva explosión de ira por parte de él, ya que el día anterior, cuando se marchó de casa, su cara estaba congestionada por el monumental cabreo que llevaba dentro. Ella entendía su enfado, ocultarle durante un año un hijo no era cualquier cosa, era algo muy serio. Pero seguía siendo el mismo de siempre, era incapaz de escuchar sus argumentos, los motivos por los cuales le ocultó a Adrián.

Manuel estaba seguro de que el motivo de su silencio era la venganza, el resentimiento, pero eso era totalmente falso. Quizás al principio si actuó dejándose llevar por ese sentimiento, pero en cuanto nació Adrián fue imposible, ocurrió todo lo contrario, estaba deseando que él volviera cuanto antes para que conociera la existencia de su hijo.

Conocía a Manuel mejor que nadie y sabía lo difícil que iba a ser convencerlo de lo contrario, pero no se iba a dar por vencida y estaba dispuesta a hacer todo lo posible para que su parte de culpa fuera perdonada, pero solo su parte, Manuel tendría que asumir la suya y obrar en consecuencia.

Él la seguía a través de aquel pasillo hasta llegar al salón, inmerso en sus pensamientos que revoloteaban sin cesar dentro de su cabeza. Por una parte, el conocimiento de que tenía un hijo, fue una noticia que le había saltado a boca jarro y sin anestesia para suavizar la primera impresión y por eso, todavía seguía

conmocionado. Seguía cabreado, era un sentimiento que no lo podía desterrar de su corazón, pero también estaba lleno de culpabilidad y remordimiento. Venía dispuesto a escucharla, porque como muy sabiamente le había aconsejado su hermana, debía pensar lo que de verdad quería hacer ahora que estaba de vuelta en Barcelona. Su forma de hacer las cosas le habían colocado en esta posición y no podía volver a caer en el mismo error. Como muy bien había apuntado Carla, siempre acababa culpando a Lucía por sus fallos y por los de ella.

No quería dejarse llevar, pero se conocía, y si Lucía se ponía a la defensiva, el saltaría igual que un gallo de pelea. Al darse cuenta de que seguía muy enfadado, pensó que a lo mejor se había precipitado y tendría que estar más calmado para hablar con ella, pero no podía ni quería tenerlos lejos, ni a ella ni a su hijo, ahora que sabía que existía. Tenía que saberlo todo de él, se había perdido un año pero pensaba recuperarlo en poco tiempo.

Ya estaban en el salón y Lucía se giró quedando frente a él, aunque a una distancia segura, y el cuerpo de Manuel volvió a reaccionar. Tenerla tan cerca a pesar de su descomunal estado de ánimo, estaba dando las primeras señales. En cuanto Lucía se paró, su suave aroma se coló por su nariz y fue directamente a excitar su entrepierna. ¡Cómo había echado de menos esa fragancia tan suya! Aspiró con más fuerza intentando que todo su cuerpo se impregnara de ella y, cuando lo consiguió, por primera vez en dos años, todo dentro de él se relajó. ¡Ahora sí que estaba en casa! ¡Por fin!

Lucía vigilaba cada gesto, cada movimiento, quería saber lo que le esperaba de esta discusión, y no perdía detalle. Cuando notó que tomaba aire y cerraba los ojos, pensó que era una maniobra para evitar su explosión de furia y su cuerpo empezó a temblar. No quería volver a discutir con Manuel, debían entenderse por el bien de Adrián y pensaba conseguirlo, pondría lo que fuera de su parte, pero tampoco estaba dispuesta a oír nada que la volviera a herir.

Cuando se marchó la dejó totalmente herida y devastada, su autoestima quedó por los suelos durante unos meses y fue necesaria la ayuda de su familia y todos sus amigos para que volviera a ser la misma de siempre. Bueno, la misma de antes no podría llegar a ser jamás, porque una parte de su corazón había quedado totalmente inservible, había sufrido tanto, que sería incapaz de recuperarlo.

—Tú dirás, Manuel, pero te lo aviso, no quiero discusiones ni gritos. Tampoco quiero amenazas como las de ayer, si de verdad quieres pedir la custodia de Adrián, hasta que lo hagas no quiero visitas. Me ha costado mucho tiempo recuperar la calma y no estoy dispuesta a volver a sentirme como lo hice

hace dos años, nunca más.

—Solo quiero hablar contigo. Lo que te dije ayer únicamente fue una reacción debido a la sorpresa, nada más. Jamás haría algo así, jamás te haría daño, aunque parezca un cafre. Quiero aclarar lo que nos pasó, necesito entenderte y que me entiendas. Tengo que saber todo de mi hijo y de ti, cómo te has sentido, que has hecho durante estos años y, lo más importante, ¿qué vamos a hacer a partir de ahora? Mi cabero no se va a pasar y no voy a dejar de culparte por ocultarme a mi hijo, pero quiero contenerme y hablar civilizadamente.

—Ya no tengo fuerzas para discutir más, Manuel, y si vienes con ese propósito, lo mejor es que te marches ya.

—No era esa mi intención cuando llegué. Pero comprenderás que cuando vi al niño, todo mi genio salió. No pude evitar mi reacción y aunque estoy hirviendo por dentro de furia, no pienso discutir contigo.

—Mejor, porque yo tengo mi cupo de discusiones cubiertos para toda la vida.

—Lo primero de todo, necesito comprender por qué me lo has ocultado durante todo este tiempo. Te conozco y me cuesta creer que fueras tan cruel.

Lucía suspiró, necesitaba durante unos segundos aclarar sus ideas y poner sus pensamientos en orden. Muchas veces había imaginado este momento, tenía ensayado su discurso, las razones que tuvo para hacer lo que hizo. Pero tener a Manuel frente a ella, esperando que resumiera en unas cuantas palabras su vida durante su ausencia, era algo que le resultaba muy difícil. No sabía de qué forma decirle cómo se sentía, su dolor, su angustia, su agonía, sentir como se partía en dos y sin poder respirar porque le dolía simplemente tomar aire. No sabía cómo explicarle que no podía dejar de llorar y que llegó un momento en el que sus sollozos la ahogaban, que sus ojos no tenían lágrimas para verter.

Recordar todos y cada uno de esos sentimientos tan dolorosos a pesar del tiempo que había pasado y, hacerlo en unos minutos, estaba ejerciendo una gran presión sobre ella, impidiendo que saliera de su boca esas palabras tan preparadas, ese discurso tan bien aprendido.

Nada.

Ni un sonido salía, ni un solo pensamiento era coherente, los recuerdos acudían a su mente desordenados, su dolor se colaba entre ellos y volvía a sentir que alguien apretaba con fuerza su corazón maltrecho. Aparecieron con claridad los signos de angustia que ella conocía tan bien, las manos le empezaban a sudar y se retorció sus dedos entrelazados, moviéndolos sin parar. Su garganta se secaba y su respiración se aceleraba, casi no entraba aire a sus pulmones, un nuevo ataque de ansiedad le acechaba y no sabía cómo pararlo. Manuel la

miraba y empezó a alarmarse, se acercó a ella y colocó sus enormes manos en sus hombros, se agachó un poco y cuando quedó frente a sus ojos, la miró con tanta ternura que en cuanto sus miradas se cruzaron, la tranquilidad volvió a inundar su cuerpo. Una simple mirada de Manuel le había devuelto la serenidad para tomar las riendas.

—Tranquila, Lucía, soy yo.

Ella asintió serenándose por momentos. Desde ese primer ataque de ansiedad el mismo día que Manuel se marchó, había tenido unos cuantos episodios, claro que ninguno llegó a ser como el que sufrió ese fatídico día.

—¿Te pasa a menudo esto? —le preguntó preocupado.

—Bueno, alguna que otra vez, no me coge de nuevas.

—¿Desde cuándo? Antes no te pasaba nada parecido.

—Bueno... Desde hace un tiempo.

Manuel cayó en la cuenta, ¿y si le pasa por su culpa? ¿Y si él era el culpable hasta de enfermarla?

—¿Cuándo fue la primera vez que te sucedió? —preguntó en tono firme.

Lucía no decía nada, lo miraba, pero callaba, no quería contestarle. Se mordió el labio para evitar responderle. Manuel adivinó con ese simple gesto sus intenciones y le dijo:

—¿Cuándo? Dímelo, Lucía, no me detendrá nadie para enterarme, le preguntaré a tu familia, a quien sea necesario, pero lo sabré. Prefiero que seas tú quien me lo cuente y, si no lo haces, conseguiré que alguien lo haga.

—Fue el mismo día que te fuiste, hace dos años —contestó muy bajito.

Manuel soltó sus manos dejándolas caer a lo largo de su cuerpo y se sentó pesadamente en el sofá de golpe, frotando enérgicamente las manos por su cara. Lucía lo miraba con lástima. A punto estuvo de acariciarlo, de meter sus dedos en su pelo negro y darle consuelo, las manos le picaban, pero se contuvo y se quedó quieta, sin dejar de mirarlo. Al final no pudo evitarlo e intentó confortarlo, aunque fuera con palabras.

—No es culpa tuya, Manuel. No te preocupes, porque cada vez son más leves y he aprendido a controlarlos.

—No intentes quitarle importancia, estás así por mi culpa, si no me hubiera ido como me fui, si hubiera venido a verte esa semana, si te hubiera llamado por teléfono, nada de esto hubiera pasado. Pero lleve mi cabezonería y orgullo hasta el final y tú fuiste la más perjudicada. Incluso tu salud se ha visto afectada.

—Los dos nos comportamos mal. Yo fui igual de terca y orgullosa que tú. También podría haber ido a verte y hacer que hablaras conmigo, pero no fue el

caso.

—¿Cuándo supiste que estabas embarazada?

—En octubre. Llevabas en Atlanta dos meses y la verdad es que, si no llega a ser por Lola, no sé cuándo me hubiera dado cuenta.

—¿Por qué no me dijiste nada, Lucía? Sabes que hubiera venido.

—De eso estaba segura, pero en ese momento si me dejé llevar por mi orgullo. Quise darte un escarmiento. Mis padres intentaron convencerme de que no era una buena idea y, también mis hermanas querían persuadirme argumentando mil situaciones, pero yo no dejé que nadie me dijera lo que tenía que hacer. Tomé una decisión y les pedí que me ayudaran. Les prometí que cuando el bebé naciera, volvería a pensar si te decía algo o no.

—¿Y cuando nació Adrián? ¿Por qué no me llamaste entonces?

Lucía tragó saliva. Ahora venía la parte más difícil, porque ella sabía que había obrado mal, que Manuel tenía derecho a saber que era padre. Era ahora cuando ella se había comportado mal, cuando no había pensado en Manuel, en cómo se sentiría cuando lo supiera. Empezaba a ponerse nerviosa otra vez, todos los síntomas comenzaban a aparecer de nuevo. Manuel se levantó y tomó sus manos, haciendo que se sentara a su lado. No las soltó, reteniéndolas entre las suyas intentando así, darle la fuerza y la fortaleza que necesitaba.

—Estás hablando conmigo, Lucía, soy yo. —La calmó entre susurros dulces y suaves.

Para Lucía escuchar su voz fue un bálsamo de tranquilidad, el equilibrio que hasta ahora le había faltado en su vida. Levantó su mirada para encontrarse con la de Manuel y no pudo evitar que sus ojos, vidriosos y llenos de lágrimas contenidas, buscaran ese remanso de paz que le había faltado en su ausencia.

Manuel la contemplaba preocupado, lleno de amargura. ¡Era tan frágil! Que le dieron ganas de sentarla en su regazo y abrazarla con fuerza. Y es que verla tan indefensa, tan delicada y vulnerable, lo llenaba de ternura a la vez que de desasosiego. ¡Se sentía tan culpable!

—Es que, al verte aquí, sé que no actué bien, que pensara lo que pensara entonces, debí llamarte y decirte que tenías un hijo. Pero... no lo hice y ¡me arrepiento tanto! Que no se si algún día llegaré a perdonarme.

—¿Y crees que eres la única que se arrepiente de lo que hizo? ¡Pues pide turno que yo voy delante y gano por goleada! ¿Qué pensaste para no hacerlo, para no avisarme de que iba a nacer Adrián?

—Pensé que en un año no habías venido y ni siquiera habías intentado ponerte en contacto conmigo. Y si te llamaba y te decía que eras padre, sabía que

volverías a Barcelona, pero... Yo no quería que fuera una obligación y estaba segura que al conocer la noticia, te faltaría tiempo para volver. Y solo para cumplir con tu deber. No habrías vuelto por nuestro amor y no quería que lo hicieras por una imposición. Un año antes, habías elegido tu trabajo por encima de mí y tenía miedo de que si te hacía venir antes de que finalizara tu contrato... Siempre me lo echaras en cara.

—¿Cómo pudiste pensar algo tan monstruoso de mí? ¡Jamás he sido la persona que estas describiendo! Soy muchas cosas, Lucía, y muy pocas buenas, pero ¡jamás! he sido vengativo. Cabezota, más que nadie, pero nunca te reprocharía algo y menos cuando soy tan responsable como tú.

—He pensado tanto durante estos dos años, que no sé ya ni que creer. No soy la misma, Manuel, me he vuelto muy desconfiada y dudo de todo, he dejado de ser la chica alocada que no pensaba lo que decía. Ahora lo medito todo mucho y, como dice mi madre; le doy demasiadas vueltas a las cosas. Sé que hace dos años me precipité, fui una irreflexiva y he pagado por ello, de ahí mi actual prudencia, exagerada muchas veces. Pero tengo miedo de tomar una decisión equivocada, he perdido muchas cosas durante este tiempo: mi seguridad, mi confianza, además de tener una carcasa vacía en vez de corazón. He derramado tantas lágrimas que ya no queda dentro de mí ni una.

Lucía paró e inspiró con fuerza. Tenía que calmarse, confesarle a Manuel sus sentimientos más escondidos la estaba afectando, pero no quería más mentiras o medias verdades en su vida. Era el padre de su hijo y estaban obligados a entenderse, por el bien de Adrián.

—Ahora —continuó—, empiezo a estar más serena, Adrián me ha ayudado y sé que un día no muy lejano lo conseguiré y seré la misma mujer segura de antes.

Los dos se quedaron en silencio, conocer las consecuencias de sus actos, le estaba pasando factura a Manuel. No sabía que esperaba al encontrarse con Lucía, pero jamás imagino que su ausencia hubiera causado unas consecuencias tan nefastas para ella. Si lo pensaba bien, lo único positivo en estos dos años había sido el nacimiento de su hijo. Tenía que contarle a Lucía todo lo que llevaba dentro, cómo se había sentido él, tenía que decirle todo lo que llevaba meses pensando. Después de escucharla y comprender porque actuó así y saber que había desnudado su alma ante él, tenía que darle a Lucía lo mismo, no se merecía otra cosa.

—Para tu información, te diré que yo no me he sentido mejor que tú. Mi vida estos dos años ha sido una tortura. Antes de nada, quiero decirte algo que llevo

guardando dentro de mí más de un año, quiero pedirte que me perdones por todo lo que hice mal antes de marcharme. —Tomó aliento y le enumeró cada cosa, él sabía sus fallos y quería que Lucía conociera ese hecho—. Quiero que me perdones por tomar una decisión que nos incumbía a los dos por igual y hacerlo solo por mi conveniencia. Necesito que me perdones por pensar que tu trabajo era menos importante que el mío, que tus proyectos eran inferiores a los míos y que tus sueños eran menos importantes e intensos que los míos. Y por último, te suplico que perdones mi orgullo, por no venir a buscarte antes de irme, por no pedirte de rodillas que vinieras conmigo, por no llamarte durante todo este tiempo a pesar de que solo tú has ocupado mi mente.

Lucía lo contemplaba expectante, sin interrumpirle.

—No sé cómo pude menospreciar nada que proviniera de ti, cuando desde que te conocí has sido el motor que rige mi vida. Estos años sin ti a mi lado, he sido un barco a la deriva, sin el timón que lo llevaba a tierra firme. Yo también me dejé llevar por mi orgullo los primeros días, estaba tan enfadado contigo que durante las primeras semanas me resistí a llamarte. Y cuando por fin me decidí a hacerlo, tu teléfono no existía y supe que lo habías cambiado por mí, era una señal que me mandabas para que no te volviera a llamar. Me sentí tan ofendido que el enfado me duró meses, no veía nada más.

Tomó una gran bocanada de aire y continuó:

—En Atlanta he tenido dos buenos amigos, además de compañeros, y ellos me hicieron ver lo mal que me había portado contigo. La gota que colmó el vaso fue cuando Carlos, el marido de Lurdes y mi compañera de trabajo, me dijo que, si su mujer hubiera hecho lo mismo que hice yo, jamás hubiera ido a Atlanta y se hubieran quedado él y sus hijos, esperándola en España. Entonces, al ponerme en tú lugar, después de mucho tiempo, lo comprendí todo.

Manuel observaba sus manos avergonzado, porque no podía mirarla a la cara y, cuando lo hizo, cuando por fin levantó la cabeza buscando sus ojos, no pudo continuar hablando. Lucía lo miraba mientras sus lágrimas volvían a aparecer y rodaban por sus mejillas sin que ella se diera cuenta. Era un llanto tan silencioso, que ni la propia Lucía se había dado cuenta de que estaba llorando. Manuel alargó sus manos hacia ella y con sus pulgares las arrastró.

—Shh, no llores, Lucía, a pesar del tiempo que ha pasado, sigo sin poder soportarlo.

—¡Lo siento! —dijo con una voz desgarrada por la pena y el dolor.

Todo lo que durante dos años esperaba que él le dijera, acababa de suceder. Manuel frente a ella reconocía todos sus errores con gran sinceridad y con un

semblante lleno de desolación y amargura. Su dolor era tan real como el suyo.

—No lo sientas. ¡Dios, no sé cómo consolarte! Y me siento él único culpable de todo lo sucedido.

—No, de verdad, no es por eso, es que pensaba que si hubiéramos hablado así hace dos años, nuestra vida hubiera sido muy diferente y nos hubiéramos ahorrado una gran cantidad de sufrimiento.

—Podemos solucionarlo. Lucía, es en lo único que puedo pensar. Quiero recuperar el tiempo perdido, quiero volver donde lo dejamos.

—No, Manuel, estoy arrepentida de todo lo que he hecho, de cómo he actuado, pero el tiempo no puede volver atrás. Entre los dos elegimos este momento y no puedo cambiarlo. Ya te he dicho que no soy la misma persona, he cambiado.

—Yo también he cambiado, pero sigo amándote.

—No digas nada más. Solo quiero que todo vuelva a la normalidad, seguir el ritmo cotidiano de mi vida, quiero que convivas con Adrián, que te conozca y que puedas hacer una vida con él, quiero que estés en su vida, pero no me pidas nada más porque no puedo dártelo.

—¡Lucía, por favor! Dame una oportunidad, déjame volver a estar a tu lado. No quieras vengarte de mí. ¡Escúchame, por favor, fui un imbécil! Pero, aunque pase mil años lejos de ti, jamás podré dejar de amarte. Sé que por mi culpa hemos perdido dos años, pero si me dejas estar a tu lado, te resarciré por cada minuto que pasé lejos de ti. Te amo, Lucía, y después de volver a verte, no sabré vivir de nuevo sin ti. Mientras estaba en Atlanta, me dejaba llevar por la rutina, siempre sabiendo que cuando volviera vendría a buscarte. ¡Hasta en eso he sido un prepotente! —pensaba Manuel en voz alta, con una sonrisa llena de amargura—, creyendo que en cuanto me vieras te tirarías a mis brazos. Ahora comprendo lo dolida y desconfiada que te has vuelto y, créeme, me duele y me siento el gusano más rastrero del mundo. ¡Perdóname, cariño! Si tú no estás a mi lado, nada importa, la vida dejará de tener sentido y me da igual morir.

Lucía no podía evitar que las lágrimas que se estaba esforzándose por retener se le escaparan de nuevo con más fuerza. Pero escuchándolo y sintiendo su desesperación, aunque se mordía el labio con fuerza para no derramar ni una más, era imposible, las palabras que estaba escuchando la dejaban sin fuerzas para resistirse y sus sentimientos estaban al descubierto. La coraza que envolvía su destrozado corazón, no servía ante Manuel. Ella también lo amaba más que a nada en el mundo y se había dado cuenta al volver a verlo, pero para mantener una relación se necesitaba algo más, a veces el amor no es suficiente, es una

frase muy utilizada, pero muy cierta.

—No me hagas esto, Manuel, no me estoy vengando, quizás al principio, cuando te marchaste, lo hubiera hecho, pero ahora no. Me ha costado mucho acostumbrarme a tu ausencia, pero ya no estoy sola, ahora está Adrián y no sé qué lugar ocuparemos en tu vida. No puedo volver contigo sabiendo que tu trabajo es lo primero, que está por encima de nosotros. Tú siempre has sido lo más importante para mí y aunque estaba enfadada por tu forma de hacer las cosas, pensaba ir contigo a Atlanta, sin pensar en nada más. Hasta que me ofendiste como nadie lo había hecho jamás. En ese mismo momento, mientras estábamos discutiendo cambié de opinión, y no fue porque no fueras lo primero para mí, sino porque me hiciste creer que yo no era suficiente para ti, que necesitabas algo más de lo que te ofrecía y que yo jamás podría llegar a esa altura. ¡Sí, así me sentí entonces! ¡¡¡Shhhhhh!!! ¡Déjame terminar!

Le pidió poniendo un dedo sobre los labios de Manuel en el momento que protestaba por sus palabras y tenía la clara intención de no dejarla decir nada más.

—Eso es lo que dices, que yo siempre he ocupado el primer lugar en tu vida, pero no tengo esa impresión. Creo que en cualquier momento puedes tener otra oportunidad y, como hiciste hace dos años, tu trabajo siempre irá antes que nada. Y no se trata únicamente de mí, tanto Adrián como yo necesitamos la seguridad de la familia, mi trabajo está junto a mis hermanas y me gusta vivir en mi ciudad, en Barcelona. Me ha costado mucho tiempo recuperar mi autoestima, esa que me dejaste por los suelos cuando discutimos por última vez. Vuelvo a saber lo que valgo a pesar de tus duras palabras de entonces y, que la empresa es, después de mi familia, lo más importante para mí. No voy a renunciar a mi trabajo por nada ni por nadie y los dos sabemos que en cuanto te ofrezcan algo, aunque sea en Japón, solo vas a pensar en ti. No voy a volver a pasar por todo eso otra vez. Por esa razón, lo mejor para los dos es esto, disfrutar de nuestro hijo, pero sin ataduras entre nosotros, así siempre tendrás la libertad para elegir lo mejor para ti.

—¡Lo mejor para mí sois tú y mi hijo! ¡No quiero nada más! Jamás pensé que mis palabras te hubieran dejado tan marcada y te hicieran tanto daño. Cuando las dije sin pensar fue un arrebato, la rabia habló por mí. Sé que me pasé, pero, cariño, tú me conoces y sabes que cuando me enfado soy un bocazas capaz de decir las mayores burradas, pero no puedes dudar de mi amor.

—Sé que me amas, pero no quiero sentirme así nunca más, no quiero volver a experimentar la sensación de quedarme tan vacía como una muñeca de trapo,

sin autoestima ni voluntad, completamente perdida, como cuando te marchaste. Me dejaste a la deriva y mi familia tuvo que tomar las riendas de mi vida porque yo no podía hacerlo. Fue entonces cuando pensé que tenías razón, que no era suficiente para ti, ante el primer revés fuerte en mi vida, no sabía reaccionar y de mí, solo quedaba un despojo humano.

—¡Dios, Lucía! ¡No puedo borrar lo que dije e hice! Pero quiero que te quede algo claro, no voy a rendirme y aunque emplee toda mi vida voy a reconquistarte, voy a demostrarte que siempre ocuparás el primer lugar en mi vida. No voy a alejarme de ti jamás y aunque tenga que comprar el piso de al lado, jamás volveré a marcharme. Cometí un error y haré hasta lo imposible por no estar pagando por él toda mi vida. Te amo y te amaré siempre. No sé cómo hacerlo y cuánto me costará demostrártelo, pero al final conseguiré que sepas que eres el centro de mi vida.

No dijo nada más, ninguno de los dos lo hizo. Lucía lo acompañó hasta la puerta y la abrió apartándose para que Manuel pudiera salir de su casa. Él hizo la intención de salir, pero de pronto se dio la vuelta quedando frente a ella y no pudo evitar acercar sus labios y posarlos con suavidad sobre los de Lucía. Ninguno de los dos se movió, sus labios seguían unidos, temblando, y ellos sentían ese temblor.

Ella cerró los ojos disfrutando de ese suave roce, de esa caricia que tanto había echado de menos. No podía apartarse, su cuerpo no respondía a la orden que su mente le mandaba. Manuel no se conformaba con ese simple tacto y no pudo evitar que sus manos rodearan su delicada cintura. Y en cuanto la tocaron, no pudo impedir que su cuerpo se disparara. La oprimió con fuerza contra él y, en ese momento, su deseo se desbocó. Su lengua entró en la boca de Lucía exigiendo todo lo que durante dos años no había podido disfrutar. Ella no pudo contenerlo, mejor dicho, no quiso, y después de ese simple toque necesitaba más, mucho más. Esas sensaciones olvidadas, el vacío en el estómago, la suave tensión que empezaba a crecer entre sus piernas, sentir como se humedecía, todo volvía a surgir, su cuerpo volvía a vibrar ¡con un solo toque de Manuel! ¡Era increíble! Por eso se perdió entre sus brazos y lo besó con un deseo tan intenso que las piernas no le respondían. ¡Dios mío, cuánto le había echado de menos!

Su cabeza daba vueltas sin parar, sabía que tenía que ponerle freno y protegerse, que no podía dejar que esto sucediera, pero Manuel era y siempre sería su perdición. Cuando ya pensó que era imposible apartarlo, algo la hizo retroceder dos pasos y alejarse de él. Los dos se miraban encendidos por el deseo, los dos se amaban, se deseaban, ¿por qué no podían estar juntos? No

había otro motivo que el miedo de Lucía. No quería pasar otra vez por el abandono y, aunque Manuel le jurara y le perjurara que jamás volvería a pasar, ella no le creía.

—Mañana volveré, quiero conocer a Adrián —murmuró él con la voz ronca, el esfuerzo de alejarse de ella era inmenso, apenas podía soportarlo.

Lucía no conseguía hablar, solo asintió y vio como Manuel se alejó bajando las escaleras. Cerró la puerta, apoyando su espalda en ella, a la vez que sus piernas flaqueaban y resbalaba hasta quedar sentada en el suelo, ¿cómo iba a resistirse a él? Con un simple toque y un beso había caído rendida entre sus brazos, si seguía así, no podría controlarse, lo sabía.

Manuel llegó a la calle completamente aturdido, estaba excitado y se moría por volver a tenerla entre sus brazos. Sus manos le picaban por la ausencia de su cuerpo, sus labios latían y temblaban, un beso no era suficiente, y todo su cuerpo se estremecía protestando por la ausencia de Lucía. Era como si no hubiera pasado el tiempo, su cuerpo la reconocía, era suya y no quería alejarse. Pero estaba herida, no confiaba en él, le había dicho con palabras que lo amaba, su cuerpo, unos segundos antes, le había dejado muy claro que seguía deseándolo como antes, pero había perdido la confianza en él.

Tendría que demostrarle que estaba equivocada, que dos años atrás se había comportado como un orgulloso imbécil y había dejado a un lado lo mejor de su vida para conseguir algo que no merecía la pena tanto como ella. Se emplearía a fondo como fuera, pero Lucía volvería a ser suya.

Manuel retomó su vida en Barcelona sin ninguna dificultad. No echaba de menos Atlanta, la ciudad que durante dos años lo había acogido, aunque siempre guardaría un grato recuerdo de su estancia y de todos sus compañeros. Lo hicieron sentir uno más y lo integraron en sus grupos, tanto familiares como de amistades con una enorme complicidad. Pero volver a estar rodeado de todos los suyos, le proporcionaba una sensación de paz y tranquilidad tan grande que se sentía distinto, más relajado, más él.

Cada tarde cuando terminaba de trabajar, pasaba a ver a los dos amores de su vida: Lucía y el pequeño Adrián. Estar con ellos lo llenaba como pocas cosas en el mundo, aunque cuando salía de la casa de Lucía, la sensación de soledad se acrecentaba. Se estaba acostumbrando a ellos, pero Lucía no le daba más. Claro que, si algo tenía Manuel, era su cabezonería y no iba a cejar hasta conseguir la meta que se había propuesto: casarse con Lucía.

Al día siguiente de su llegada, llamó a Leo y quedó con él, necesitaba contarle todo lo que había pasado, que había visto a Lucía y sobre todo; ¡que tenía un hijo! Y no podía esperar a verlo en el trabajo, todavía faltaban unos días para que se incorporara en su nuevo puesto.

Quedaron en el Iruña, un bar de pinchos vasco, situado en el corazón de Barcelona. Leo, durante estos meses, se había dedicado a conocer los mejores bares y restaurantes vascos de Barcelona y se había convertido en un especialista. La gastronomía, en un vasco que se precie, era una parte muy importante de su naturaleza.

En cuanto se encontraron se dieron un emocionado abrazo. Leo, igual que Lurdes, eran las personas que mejor conocían sus sentimientos, habían hablado tanto sobre lo que sucedió, que Manuel creía que en esos momentos eran las dos personas que mejor sabían cómo se sentía y qué pensaba. Se sentaron en una mesa mientras tomaban una caña y unos pinchos.

—Ya veo que te has adaptado a la ciudad como nadie. En cuestión de restaurantes no hay quien te engañe. Nunca había estado comiendo aquí.

—Ya sabes que para mí la comida es algo muy serio, chaval. ¿Cómo se quedó Lourdes y Carlos? —preguntó su amigo.

—Lourdes no pudo ni acompañarme al aeropuerto. Cuando llegué la llamé y al final tuve que colgar porque me iba a poner a llorar igual que ella. ¡Joder, tío, como los echo de menos!

—A mí me pasó lo mismo cuando llegué y los llamé, y eso que tú seguías en Atlanta. Ya verás cómo no tardan mucho en volver a España. Bueno, dime qué era eso tan urgente que tenías que contarme.

—¿Quieres saber la noticia bomba? Prepárate, ¡¡¡¡tengo un hijo!!!! —soltó sin más.

Leo casi le tira encima la cerveza que estaba bebiendo en ese momento, la dejó en la mesa y comenzó a toser, suerte tuvo que no se la estampó en la cara. Cuando se le pasó, miró a Manuel intentando descubrir si le estaba tomando el pelo, pero no contempló en él ningún signo de broma, todo lo contrario, lo que apreció en sus ojos fue una emoción desconocida hasta ahora, tenía un brillo y un orgullo que no había visto antes.

—Explícate mejor, porque no entiendo nada —le pidió aturdido.

—Cuando me marché a Atlanta, Lucía estaba embarazada y no lo supo hasta que yo llevaba dos meses allí. No me dijo nada entonces y, cuando nació mi hijo, como no había dado señales de vida, decidió decírmelo cuando regresara a Barcelona.

—¡Joder, vaya putada! ¿Cómo lo llevas?

—Al principio, cuando llegué a su casa y me lo soltó nada más entrar, mal. La amenacé con quitarle la custodia y mil cosas más, ya me conoces, a brabucón no me gana nadie, ni un vasco como tú. Pero mi hermana me hizo recapacitar y, al día siguiente cuando volví a hablar con ella, le pedí perdón. Yo me muero por vivir junto a ellos, pero Lucía, aunque me sigue amando y deseando, no se fía de mí y no quiere ni siquiera intentarlo.

—¡Vaya, vaya! La verdad es que sois dos cabezotas y tercos como mulas, tengo ganas de conocerla.

—Lucía está muy resentida. Ha sufrido mucho, incluso su salud se ha visto perjudicada por mi culpa. Tiene cuadros de ansiedad que me tienen muy preocupado. El día que hablamos se ponía tan nerviosa que me asusté y, al final, me confesó que los tiene desde el mismo día que me marché. ¡Joder, Leo! La abandoné sin acercarme a ella, sin intentar convencerla con ternura después de haber metido la pata hasta el fondo. Mi marcha es la causa de que ahora, cuando se altera por cualquier cosa, le provoque un ataque de ansiedad. La dejo embarazada y tiene que afrontar: un parto y un año viviendo con un bebé, totalmente sola. Bueno tiene a toda su familia a su disposición, pero conociéndola, sé que los habrá molestado lo menos posible.

—¿Cómo sabes que te sigue queriendo y deseando? Si se puede saber, ¡claro está!

—¡Qué puñetero eres! No se te escapa nada. Me quiere porque ella misma me lo confirmó. Cuando le dije que la amaba y que me diera otra oportunidad, me confesó que seguía queriéndome, pero que no era suficiente. Y sé que me desea, porque al despedirnos, no pude marcharme sin besarla y noté como su cuerpo, al igual que el mío, se encendía con un simple beso. ¿Contento?

—¿Y qué tienes planeado? Porque me imagino que tendrás un plan para conquistarla de nuevo.

—No sé qué hacer. Por ahora voy a verlos todas las tardes, quiere que Adrián se acostumbre a mí. Pero me temo que en cuanto mi hijo se sienta cómodo conmigo, dejará de acompañarnos, y es lo que quiero evitar a toda costa.

—Lo más seguro. Se detallista con ella, míjala, cuídala, haz que tu presencia día a día sea necesaria para ella. Hazle la vida fácil y poco a poco la convencerás. Llévale cada día sus flores preferidas, pon siempre su música, cocina para ella y para el pequeño, llénala de esos pequeños detalles que conseguirán que cada día le cueste más estar sin ti. En una palabra: hazte indispensable en su vida.

—¡Para no haber tenido pareja nunca, sabes latín, colega!

—No he tenido pareja, pero he tenido que convivir toda mi vida con cuatro hermanas mayores que yo y sé de muy buena tinta lo que les gusta y lo que no. Solo hay que observar sus expresiones. Te falta mucha escuela para conquistar a una mujer, no sé cómo lo hiciste la primera vez. ¡Ah, ya me acuerdo! ¡Tropezó contigo y se dio tal golpe que se trastocó la cabeza! Si no es así, no se entiende.

—¡Serás capullo!

Los dos se dejaron llevar por las risas, pero Manuel apuntó todos y cada uno de los consejos de su amigo. Leo también le puso al día de su vida en Barcelona. Tenía muy buena relación con Marc, que desde que se conocieron en Atlanta habían hecho muy buenas migas y salían juntos.

—La verdad es que Marc es muy buen tío, me ha presentado a un montón de gente, todos amigos suyos, y estoy muy integrado.

De repente, Leo se quedó pensativo y no pudo evitar que en sus labios se curvara una bobalicona sonrisa. A Manuel no se le escapó y mientras seguía mirando a su amigo intentando descifrar el significado de esa sonrisa tan ñoña, le preguntó:

—¿Y esa sonrisa?

Leo lo miró y no quiso ocultarle el motivo. Sabía que se reiría de él, pero la verdad era que no le importaba. Y sin más se lo dijo:

—He conocido a alguien muy especial.

Manuel que lo miraba expectante, no se conformó.

—¿Has conocido a Till Lindemann? ¿O tal vez a Jacoby Shaddix? ¿O por fin has conocido a Matt Bellamy?

Le gustaba tocarle las narices, igual que hacía Leo con él.

—¡Puf! ¡Menudo gilipollas llegas a ser! ¡Sabes perfectamente a qué me refiero!

Pero Manuel lo observaba como si no entendiera nada. No iba a facilitarle la tarea, quería oír de su boca lo que ya imaginaba. Leo se había reído mucho desde que conoció a Manuel, en realidad, de todos los que estaban enamorados. Ahora le tocaba a él aguantar las bromitas, porque, como le había dicho una vez Lurdes: «cuando tú estés enamorado, vas a ser más empalagoso que nadie».

—Pues si no es eso, no puedo adivinar a quién has conocido tan especial — dijo Manuel alargando la última palabra.

—¡Vale! ¡Me lo merezco! ¡Lo reconozco! ¡Todos tenías razón!

—¿De qué estás hablando? ¡No entiendo nada! —Quería escuchar las palabras, no se conformaba con una simple disculpa.

Leo lo entendió, así que tomó aire y se dispuso a confesarle a Manuel sus sentimientos. Sabía que se mofaría de él y le estaba bien empleado por bocazas. Durante años se había reído de los hombres que caían rendidos ante una mujer. Pero ahora le sucedía a él y entendía a todos sus amigos. ¡Claro que eso no quitaba que se rieran de él por boceras!

—¡Tú ganas! ¡He conocido a Valeria! —Suspiró y dijo a carrerilla—: ¡Es la mujer más guapa, simpática, cariñosa, inteligente, ardiente y sensual que hay en el mundo! ¡¡Me he enamorado como un adolescente!! ¡La quiero con locura! ¿Estás contento? ¿Me he humillado suficiente para ti?

Manuel no dejaba de reír, ver a su amigo confesar sus sentimientos de amor profundo, cuando hacía unos meses se mofaba de esos mismos, le produjo una enorme satisfacción.

—¡Te lo dijimos, te avisamos! Pero tú eras más chulo que nadie. ¿Y ella, siente lo mismo por ti?

—Sí, tengo la suerte de que ella me quiere igual. Siento todo lo que he dicho durante estos años. Tengo que reconocer que todos tenías razón. ¡Es lo más maravilloso del mundo! Es profesora y compañera de Marc, está divorciada de un pieza, pero no tiene hijos.

—Te has adaptado de maravilla. Me alegro por ti, te mereces que alguien te ame con locura. Eres un buen tío, algo prepotente, pero un tío cojonudo. Por cierto, tengo ganas de conocerla.

—Cuando quieras. Yo encantado.

Los dos siguieron hablando de mil cosas diferentes, entre otras, la polémica entre el próximo partido entre sus clubs del alma: el Barça y el Bilbao.

Y cuando empezó el trabajo, en su nuevo puesto estaba más que cómodo. Trabajaba al lado de Leo y tenían una relación muy estrecha tanto dentro como fuera de la fábrica, igual que sucedía en Atlanta. Entre ellos no había celos profesionales ni nada por el estilo y eso que Manuel, nada más llegar, pasó a ser uno de los directores.

Sus amigos de siempre, Marc y Víctor, también lo recibieron con los brazos abiertos, se confesó con ellos, igual que hizo el día anterior con Leo y les anunció que tenía un hijo. Se quedaron sin palabras, habían visto a Lucía alguna que otra vez y ella no les había dicho nada, claro que luego se imaginaron el motivo: para que Manuel no se enterase.

Se desahogó contándoles todo lo que había hablado con Lucía y lo arrepentido que estaba, repitiendo una y otra vez que ojalá les hubiera hecho caso, antes de marcharse y ya estando en EEUU. Y es que los dos habían ido a Atlanta el verano anterior. Primero lo hizo Víctor con su mujer Laura y estuvieron unos días con él. Después fue Marc que, utilizando los meses que tenía de vacaciones por ser profesor, aprovechó para conocer los Estados Unidos. Durante el tiempo que estuvieron con él, los dos amigos intentaron por todos los medios que rectificara, que se pusiera en contacto con Lucía como fuera, igual que habían intentado convencerla a ella cuando se encontraban en Sant Feliu, pero era una misión imposible, los dos eran igual de cabezotas y solo atendían a sus razones.

18

Lucía ese sábado había convocado una reunión urgente en su casa. Todas sus amigas y hermanas acudirían sin necesidad de insistir. La repentina presencia de Manuel de nuevo en su vida, la había alterado más de lo que ella suponía y necesitaba que tanto sus hermanas como sus amigas la escucharan y le dijeran lo que pensaban.

Después de marcharse Manuel, como cada día, llevó a Adrián a casa de su madre, esa noche dormiría con sus abuelos que estaban encantados por tener al pequeño solo para ellos.

Volvió para casa y su hermana Blanca fue la primera en llegar, le prometió que la ayudaría a preparar algo de cena. Las dos se metieron en la cocina y empezaron a cocinar distintos platos.

—¿Tú estás bien? —le preguntaba Blanca—. ¿No te importa que venga a tu casa?

—No, Blanca, no me importa que venga. Si te digo la verdad, desde que él llegó me encuentro más tranquila, más relajada, es como si pudiera repartir mi responsabilidad con él. Como si me liberara de una parte del peso que representa criar a un hijo. No sé explicarlo, pero esa es la sensación que tengo.

—¿Y en el plano sentimental?

—No te voy a engañar ni a ti ni a todas las demás, lo sigo queriendo como cuando se fue. Pero sé que no le voy a dar la oportunidad que cada día me pide para retomar nuestra relación donde la dejamos. No confío en él después hacer lo que hizo, sé que me ama, pero no ocupa el primer lugar en sus prioridades, ese puesto es para su trabajo y no quiero rivales de esa naturaleza, es imposible luchar contra eso.

—A lo mejor ha cambiado, sabe que hizo mal y, si tuviera la oportunidad de volver atrás, lo más seguro es que no actuara de la misma manera.

—Eso es lo que me repite a cada momento, pero no le creo. ¿Y tú qué tal? ¿Sabes algo de ese compañero que te ha robado el corazón?

—¡Qué exagerada eres!

—No había más que mirarte y ver los ojitos que ponías cuando hablabas de él.

—Ya, ponía, tú lo has dicho, pero el último día de curso se lució y ni siquiera me despedí de él. ¡El muy gilipollas se permitió el lujo de ningunear mis ilusiones! ¡Y me llamó con desprecio niña de papá!

—¡Pero! ¿Es que todos los hombres en los que nos fijamos tienen que despreciar el negocio familiar? Se piensan que vamos a pasar el rato y no saben que trabajamos más que los mismos empleados. ¡Es tan injusto! Lo siento, Blanca, no sabía nada, pero en eso sí que puedo ponerme en tú lugar y saber realmente cómo te sientes, yo también he pasado por la misma situación.

—Da igual, desde que terminó el curso no sé nada de él, ¡ni me interesa saber! Puede que me encaprichara, pero nada importante. No te preocupes por eso, Lucía, bastante tienes con lo tuyo.

—Me alegro que no llegara a hacerte daño.

Blanca sonrió a su hermana disimulando todo lo que pudo. Suerte que Lucía no estaba en su mejor momento, porque si no, se hubiera dado cuenta que no era verdad lo que le acababa de contar. Hubiera notado que sufría por ese cretino porque no podía apartarlo de su cabeza y mucho menos de su roto corazón. Si fuera Lola o Ana, no se les iba a escapar ese pequeño detalle, esa sonrisa tan forzada al hablar de Pablo, pero a Lucía en esos momentos la podía engañar porque su mente estaba repleta de mil preocupaciones.

No les dio tiempo de hablar más, ya que enseguida empezaron a llegar todas las demás, una detrás de otra. En cuanto apareció Alba, todas se lanzaron a felicitarla, estaba embarazada y era una gran alegría.

—¡A Toni lo tengo acojonado!, como no dejo de vomitar por la mañana, el muy cretino me dice que parezco la niña del exorcista. —Comentó Alba riendo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Victoria con inocencia.

—¡Porque dice que me pongo verde como ella! Empiezo a estar preocupada, ¿y si en vez de embarazada estoy poseída?

—¡Qué burra que eres, Alba! —exclamó Marta, mirándola con incredulidad. Los comentarios de Alba nunca dejaban de sorprenderla y eso que estaban juntas desde que no levantaban un palmo del suelo.

—Empiezo a sentir cierto rencor hacia Manuel, saber que pasaste por esto sin contar con él, me cabrea.

—Pero os tuve a vosotras, a mis hermanas y mis padres. Estuve arropada en todo momento, Alba —aseguró Lucía.

—Ya lo sé, pero hay momentos en que solo quiero a Toni a mi lado por mucho que adore a mi familia y a todas vosotras.

—¡Ya vale, Alba! —dijo Lola, viendo la incomodidad y la mueca de dolor en la cara de su hermana—. No hace falta que nos cuentes lo que necesitas, a lo mejor no nos interesa saberlo.

Alba se dio cuenta del dolor que sus palabras estaban produciendo en Lucía

y, se sintió tan culpable, que no pudo evitar ponerse a llorar como una niña.

—¡Lo siento! Últimamente tengo mi cuerpo descontrolado por las hormonas y no sé cuándo debo hablar o callar. Perdóname, Lucía, por mi falta de tacto, soy una imbécil.

—No pasa nada, eso pasó hace tiempo y afortunadamente lo tengo totalmente olvidado.

—Pero soy tan bocazas que tendríais que meterme un calcetín en la boca.

—No te preocupes —le dijo Lola sonriendo y arrepentida del disgusto de Alba, ella también debería estarse callada muchas veces—. La próxima vez te juro que lo haré y no uno, sino dos calcetines.

Entre todas terminaron de preparar la cena y cuando estaban en la mesa, repletas de succulentos y atractivos platos, nadie era capaz de hablar ya que estaban inmersas saboreando los deliciosos caprichos.

—¡Qué suerte tener una chef en la familia! —añadió Alba con la boca llena. El embarazo le hacía comer compulsivamente.

—¡Esta buenísimo, Blanca! ¡Eres una artista! —exclamaron Marta y Victoria casi a la vez con la boca llena y mirando la bandeja con los ojos llenos de gula, para elegir el siguiente pastelito.

Todas las presentes degustaron los diferentes canapés y pinchos que Blanca había realizado para tan importante momento. Cuando quedaron totalmente saciadas y una mesa casi vacía, entonces empezó el interrogatorio.

Lucía antes de debatir, les repitió a todas las presentes su primer encuentro con Manuel, la cara de asombro cuando supo que tenía un hijo, su posterior enfado y amenaza. Después, cómo regresó al día siguiente totalmente arrepentido por todo lo que le había dicho. La confesión de sus sentimientos y cómo le había pedido una segunda oportunidad. También les contó su despedida y cuando los dos volvieron a vibrar con un simple beso. No se dejó nada para ella, si quería ayuda tenía que empezar siendo sincera.

Todas se quedaron unos minutos en silencio, reflexionando de qué forma actuarían cada una. Por fin ese mutismo que empezaba a resultar incómodo, fue roto por su hermana Ana.

—Si él te ama y tú le amas, ¿qué os impide estar juntos? Es que no puedo entenderlo.

—No confió en él. Tengo miedo de que vuelva a marcharse y tú sabes mejor que nadie lo que pasé los primeros días cuando se fue. Tengo miedo que le ofrezcan otro puesto en China y él lo acepte sin pensar en mí o en Adrián.

—¿Crees de verdad que no ha aprendido la lección? —preguntó Victoria,

defensora de Manuel.

—No lo sé, pero me cuesta creerle.

—¿Y él que dice? —preguntó Blanca, partidaria siempre de escuchar las dos partes.

Lucía suspiró recordando las palabras que Manuel le repetía cada día, se ruborizó al tener que explicar algo tan halagador y a la vez íntimo, delante de todas. Se tapó la cara con sus manos, intentando que nadie se diera cuenta del rubor que tenía su cara. Pero no lo consiguió y todas la apremiaron para que hablase. Al final, les contó:

—Es una tontería, pero no me siento cómoda repitiendo sus palabras. Me gusta escucharlo cuando me lo dice Manuel, pero decirlas ahora, aunque sea ante vosotras, hace que me sienta una engreída—. Viendo las protestas de todas ellas siguió—: ¡Vale, os lo digo! Me dice que soy la única mujer del mundo que hace despertar su cuerpo y su corazón y que, cueste lo que cueste, me volverá a conquistar, aunque tenga que emplear toda su vida en ello. —Acabó de hablar roja como un tomate, intentando esconderse.

—¡Dios mío!, ¡qué bonito! ¿Y ni siquiera eso te ablanda el corazón? —exclamo su hermana Ana, la más romántica de todas, tapando su boca con las dos manos.

—Lo que tienes que hacer es darte un buen revolcón, que es lo que estás deseando. Deja que tu cuerpo hable por ti. —Le aconsejo Marta, menos romántica y más práctica.

—Yo creo que tiene que hacer todo lo contrario. Deja que esté con Adrián, pero tú desaparece, ten la mejor relación posible con él, pero a través del teléfono. Te la jugó una vez y puede volver a hacerlo. Esto es igual que el hombre infiel, si lo fue una vez, ¿quién te asegura que no lo vuelva a hacer? —añadió Lola, nada convencida de que Manuel se hubiera cambiado.

Y es que su hermana Lola le guardaba a Manuel un resentimiento especial. Al trabajar juntas durante años, habían sido muchos días los que Lucía se había derrumbado delante de ella en el despacho de la fábrica, lejos de sus padres y de sus hermanas más sensibles. Lola era la más entera y Lucía la había utilizado como paño de lágrimas y el resultado era que ella no quería ni hablar de Manuel. Para Lola, ese hombre era sinónimo del sufrimiento de su hermana. En esos momentos, era peor que el mismo diablo.

—No seas tan dura, Lola —le dijo Blanca—. Se quieren y han desperdiciado dos años.

—¿Y quién tuvo la culpa de lo que sucedió? No os olvidéis de las lágrimas

de Lucía, de su angustia, su dolor, la soledad de estos años, la sensación de abandono, su melancolía, la ausencia de su sonrisa, todo lo que Lucía perdió por su culpa. —Guardaba muy adentro todo el dolor de su hermana.

—También Lucía tuvo parte de culpa, no lo olvides, Lola —aseguró Marta—. Ella no hizo nada para acercarse a él. Sabes que los dos obraron mal, pero te duele Lucía, es lo más normal, es tu hermana. La cuestión es si siguen sufriendo por separado o intentan una reconciliación que los haga felices.

—No lo veo muy claro, pienso como Lucía, no me fío de él —prosiguió Lola, sin querer echar más leña al fuego, con palabras duras.

—Yo lo que pienso —dijo Alba—, es que no es necesario tomar una decisión ahora mismo. Puedes seguir viéndolo y así comprobarás si es verdad lo que dice o no. Y más adelante únicamente tú deberás tomar esa decisión, a fin de cuentas es tu vida, y tú eres la que tiene la última palabra. Solo te pido que lo piense bien, tu futura felicidad y la de Adrián puede depender de esa decisión. No te precipites.

—Creo que Alba tiene toda la razón. —Afirmó Blanca muy de acuerdo con lo que acababa de escuchar, y todas las demás asintieron a la vez.

—Pero no caigas a la primera, mantén el celibato durante unos cuantos días más. Ya sabemos que resistirte a Manuel va a ser un sacrificio enorme para ti. —Anunció Marta.

—En el momento que dejes de resistirte, estás pérdida y Manuel hará contigo lo que quiera, no lo olvides hermana —recalcó Lola.

—Lola, eres muy dura con él. ¿Y si Lucía no puede ser feliz con nadie más? Han pasado dos años lejos el uno del otro y no han podido dejar de amarse. Yo creo en el destino y pienso que han nacido para estar juntos —defendió Victoria con mucho apasionamiento. Siempre había admirado la relación que mantenían su amiga y Manuel.

—¡Pero yo la he visto sufrir y no quiero que esté así nunca más! ¡Me rompía el corazón solo con mirarla y ver su dolor! —Lola, al contrario de todas las demás, únicamente pensaba en los momentos pasados de su hermana, tan llenos de dolor, y las tantas veces que habían llorado junto a ella. No quería repetirlo.

—¡Yo también la he visto sufrir, todas hemos sido testigo de su dolor! Pero quiero que deje de hacerlo, quiero que vuelva a ser feliz, y si necesita a Manuel para serlo, ¡bienvenido sea! —exclamó Marta con ganas de volver a ver a Lucía como dos años atrás, alegre y feliz.

Lucía las escuchaba sin intervenir, tomando buena nota de lo que cada una de ellas añadía con la mejor intención. Quería que ellas le dijeran lo que pensaban y

todas estaban de acuerdo en lo esencial, reconocían la cabezonería de los dos y también el sufrimiento de ambos. Y todas coincidieron en una cosa: si volver a ser feliz, dependía de aceptar de nuevo a Manuel, le daban su apoyo. Lola era la más escéptica, claro que también era la que más tiempo había pasado consolándola, pero al final cedió a favor de la felicidad de su hermana, siempre que fuera necesario, ¡claro estaba!

Así acabó la velada, Lucía se quedó mucho más tranquila sabiendo que no tenía por qué tomar una decisión de prisa y corriendo. No deseaba apartar a Manuel de su lado, lo necesitaba, eso no lo había dicho en voz alta, se lo guardaba para ella, pero era una verdad que clamaba al cielo.

19

Cada noche, después de separarse, tanto a Manuel como a Lucía les pasaba lo mismo, era imposible que conciliaran el sueño. Se añoraban y no podían evitar un día y otro, en la soledad de sus habitaciones, recordar todos los momentos que habían vivido juntos. Tenían la certeza de que entre ellos nada había cambiado, se seguían amando y deseando igual que el primer día, de eso los dos estaban totalmente convencidos. Pero Manuel, además, sabía que ella y su hijo eran lo primero en su vida, lo más importante, y ahora debía de convencer a Lucía. El beso que habían compartido al despedirse cuando hablaron por primera vez, había encendido el deseo de los dos en cuestión de segundos. Sus cuerpos, aletargados durante dos años, despertaron con aquel primer beso y ya no podían calmarse.

Durante dos años había sido una parcela olvidada, ninguno de ellos había buscado otra compañía que les hiciera olvidar. Lucía había relegado por completo cualquier sensación de deseo, su vida en ese aspecto se había apagado, su cuerpo en aquel tiempo se olvidó de vibrar, se conformaba con añorar y recordar. A Manuel le sucedía lo mismo, pero su naturaleza era diferente y su cuerpo necesitaba desahogarse de vez en cuando en la intimidad de la ducha.

Por eso las noches eran ahora diferentes, podían recordar lo que había sucedido aquella tarde y la excitación les impedía conciliar el sueño. Sus cuerpos despertaban a las sensaciones olvidadas, se calentaban y temblaban al recordar. Manuel no podía apartar de su mente la imagen de sus manos deslizándose por el cuerpo de Lucía, sintiendo cada estremecimiento de su figura entre sus brazos y notando como su vello se erizaba al paso de su mano. También podía percibir cómo los labios ansiosos y temblorosos de Lucía buscaban los de él y cómo sus gemidos se entremezclaban con los suyos. Durante unos minutos, sus cuerpos no tenían voluntad para separarse y parecía inevitable que se dejaran llevar por sus instintos, los mismos que se reclamaban con insistencia. Pero, como si de una alarma se tratara, algo dentro de la cabeza de Lucía se encendía y hacía que, en el último segundo, se separara de Manuel y se alejara de él, dejándoles un sabor amargo y lleno de desilusión a ambos.

Se deseaban cada día más y la distancia entre ellos solo aumentaba su frustración. Los dos sabían que un día no podrían reprimirse y no serían capaces de mantenerse alejados por más tiempo. Eran conscientes de que un beso no sería suficiente para apagar el fuego que ardía dentro de ellos, los dos querían

más, deseaban más.

En cuanto Manuel salía de su casa, volvía a estar ansioso porque llegara el día siguiente y la hora de volver a ver a su hijo y a Lucía. Esa mañana no había perdido el tiempo y había estado mirando pisos de alquiler cerca de ella. Había encontrado dos y al día siguiente los visitaría. Lo más importante para él, en esos momentos, ya lo cumplían las dos viviendas; la cercanía a su mujer y su hijo. El interior del piso le era un poco indiferente, porque tenía la esperanza de volver a vivir con ella muy pronto.

Esperó sentado en uno de los bancos de la calle y cuando vio llegar a Lucía fue hacia la portería y casi subieron a la vez. Adrián iba en los brazos de su madre y esa estampa lo enterneció y emocionó como pocas cosas lo hacían. Ellos eran su familia y lo único que quería era estar a su lado siempre, no de visita. Se acercó y no pudo evitar besar a Adrián en su pequeña cabecita. Estar tan cerca de Lucía le hizo desear tomar sus labios. No podía evitar rozar sus labios cada noche, antes de marcharse, claro que, casi siempre, lo que pretendía ser un simple gesto de despedida, se tornaba en un apasionado beso. En esta ocasión, no quiso forzar la situación y se retiró, prefirió ir despacio y sobre seguro.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó ella.

—No, acabo de llegar, ¿te ayudo?

Lucía no dijo nada, pero le acercó al pequeño para que lo cogiera en brazos. Era un niño muy risueño e inquieto que empezaba a dar sus primeros pasos, pero ya no le extrañaba y no le costó irse con él, al contrario, verse en los fuertes y potentes brazos de su padre, le encantaba.

—He pensado que, si durante unos días te va viendo con frecuencia, pronto se acostumbrará a ti. Es muy sociable, en la guardería se adaptó muy bien y no creo que le cueste.

Manuel asintió mientras acomodaba a un risueño Adrián en sus brazos. El pequeño rebotaba sin cesar siempre con ganas de juego y fue entonces cuando Manuel estiró sus brazos subiéndolo bien alto, provocando unas sonoras risotadas. A partir de ese momento, Adrián solo quiso eso, que su padre lo subiera lo más alto posible.

20

Esa tarde, Manuel llegó a casa de Lucía con retraso. La había llamado antes por teléfono, le daban el coche y todo se había retrasado.

Lucía acostó a pequeño Adrián que no se tenía de pie. En cuanto puso su cabecita sobre la almohada, se quedó dormido con el ceño fruncido igual que Manuel, ella lo miraba embelesada, nunca se cansaba de hacerlo. El parecido con su padre era enorme y cada día era mayor, parecían dos gotas de agua con treinta años de diferencia.

Salió de la habitación y se tumbó en el sofá, como cada día estaba agotada, la noche anterior Adrián se había despertado asustado y después de calmarse en los brazos de su madre no podía coger el sueño. Al final decidió pasarlo a su cama y los dos cayeron rendidos.

El repentino sonido del timbre la despertó y con los ojos medio cerrados, fue a abrir.

Cuando abrió la puerta, Manuel estaba ante ella, guapo y sonriendo, vestido con unos tejanos y una simple camiseta blanca, pero que sobre su cuerpo lucían igual que el mejor traje de Armani. Lucía se avergonzó, él tan perfecto y ella demacrada por la falta de sueño, con los ojos cansados. No era su mejor día, pero es lo que conllevaba tener un hijo y vivir sola, que algunas noches las pasaba en blanco. Manuel alargó su mano ofreciéndole un pequeño ramillete de violetas y margaritas y las puso en sus manos, Lucía las llevó a su nariz y cerrando los ojos, aspiró con fuerza.

—¡Son preciosas y huelen tan bien! ¿A qué se deben?

—¿Estabas durmiendo? —preguntó preocupado, se la veía cansada. Y luego, sin espera su respuesta, contestó a Lucía—: Simplemente las vi y pensé en ti, aunque motivos puede haber muchos, que te amo, que te deseo, que solo con verte iluminas mi vida, ¿quieres más?

Ella no dijo nada, estuvo unos minutos callada mientras el rojo color de su cara se desvanecía bajo la atenta y ansiosa mirada de Manuel. Al final contestó a su primera pregunta e ignoró el resto.

—Sí, me había quedado dormida en el sofá y no pude aguantar con los ojos abiertos, no tuvimos una buena noche. Adrián se despertó asustado y le costó mucho volver a conciliar el sueño, al final tuve que pasarlo a mi cama.

—Si quieres me voy para que puedas descansar y vengo más tarde.

—No, no quiero dormir, si no luego por la noche me costará coger el sueño.

Prefiero llegar cansada, eso sí, me acostaré pronto.

—Ojalá pudiera ayudarte...

Lucía caminó hacia el salón en silencio, sabía muy bien que quería decir con esas palabras, no se trataba de ayudarla, sino de vivir bajo el mismo techo, algo que Manuel no le escondía y siempre que podía le repetía cuanto la amaba y que tanto ella como su hijo, eran el centro de su vida.

Colocó el ramillete de flores dentro de un jarrón, las extendió y las volvió a oler, lo dejó sobre la mesa y se sentó en el sofá al lado de Manuel. Este la miraba sin ningún disimulo sintiéndose culpable por el cansancio de Lucía, era tan frágil y delicada... ¡Cuánto daría por cuidarla! Lo había intentado todo con ella, pero no había tenido éxito. El amor no era suficiente, ella necesitaba confiar en él y no lo hacía, siempre estaba esa puñetera duda entre ellos. Y él no sabía cómo demostrarle que era el centro de su vida y, por mucho que lo intentaba, no lo conseguía.

—Ya tengo el coche, me gustaría que luego saliéramos a estrenarlo cuando Adrián se despierte. He tardado más porque he ido a comprar la silla que él necesita.

—Vale —respondió abriendo la boca.

—Ven, descansa media hora, yo te despierto.

Lucía no pudo resistirse y se acurrucó sobre su pecho, ya no era solo el sueño y el cansancio, necesitaba lo que Manuel le estaba ofreciendo, que alguien se preocupara de ella, que le diese unas caricias. Su familia la quería y estaban siempre pendiente de todo lo que precisara, pero había cosas que solo él podía darle y este era uno de esos momentos en los que ansiaba una caricia, un suave susurro mientras dormitaba, sentir como le tocaba el pelo, como respiraba cerca de ella. Esos pequeños detalles que nadie se los había dado en mucho tiempo, exactamente dos años.

En cuanto apoyó su mejilla sobre el duro, y en cambio, confortable pecho de Manuel, Lucía suspiró. Cerró los ojos y se relajó sin más, era el mejor bálsamo para su inquietud, nada le daba más tranquilidad. Y aunque sabía que no iba a dormir, sí aprovecharía para inhalar su aroma y llenarse de él disimuladamente sin que se diera cuenta.

¡Cuánto desearía poder confiar en él! ¡Lo deseaba con todas sus fuerzas! Pero siempre imaginaba lo mismo, era como una pesadilla, que le ofrecían un puesto en cualquier punto del mundo y él sin pensarlo aceptaba, quería que tanto Adrián como ella lo acompañaran, pero si no era así, se marcharía.

Manuel sentía su respiración sobre el pecho, sabía que ella notaba el ritmo

acelerado de su corazón, porque tenerla así tan cerca, sentir su respiración y acariciar su cabello era más de lo que imaginaba en sus sueños. Deseaba mucho más, dejó de acariciar su pelo y colocó el brazo alrededor de su cintura, atrayéndola, estrechando su frágil cuerpo contra el suyo. Lucía ronroneo, pero se acomodó mejor, tanto que casi quedó sobre él. Manuel no pudo evitar acercar su boca y sobre su oído susurrarle todo lo que sentía por ella.

—Te amo, cariño, no sabes cómo he añorado sentirte así. Quisiera que el tiempo se detuviera en este mismo instante y que siempre pudiera sentirte tan cerca como ahora. ¡Ojalá me dejaras ser tu apoyo! No sé cómo demostrarte lo que significas para mí, pero seguiré intentándolo, no voy a dejar de hacerlo jamás.

Lucía subió su mano y la colocó sobre su pecho, acariciando con suavidad su fuerte superficie. La movía con lentitud sobre su ropa, deseando que esta desapareciera y pudiera tocar su piel. Ese simple roce provocó que el cuerpo de Manuel se disparara, poniéndose duro por segundos. Tenía que sentir sus labios, deseaba besarla de forma inmediata.

Con movimientos lentos para no alarmarla y que todo terminase antes de empezar, suavemente con el dedo pulgar, subió la barbilla de Lucía dejando su boca a pocos centímetros de la suya. Ella seguía con los ojos cerrados y sus labios muy levemente separados, le invitaban a que los tomara. Manuel no se lo pensó dos veces, los bajó despacio, sus movimientos eran lentos y muy suaves, a pesar de que su cuerpo le pedía con urgencia que saqueara su boca y lo tomara. Estaba poniendo a prueba toda su entereza y sabía que en cualquier momento perdería, porque si tenía cerca a Lucía, era imposible resistirse a ella.

En cuanto sus labios se tocaron, una corriente pasó por sus cuerpos conectándolos y haciéndoles desear mucho más. Manuel temblaba, aunque, lentamente, se acercaban sin remisión, y en cuanto Lucía abrió suavemente su boca, él se dio por vencido y fue el detonante para que arrasara su boca con toda su pasión.

Manuel movió sus labios con decisión y entró en su boca, no podía acercarse tanto como quería, porque la deseaba bajo su piel, y Lucía no pudo retener por más tiempo su deseo y subió la mano hasta su cuello presionándolo contra ella, acercándolo más y exigiendo todo lo que él pudiera darle.

Manuel la sentó a horcadas sobre él y, sin dejar de besarla con fuerza, como Lucía le exigía, bajó sus manos hasta los glúteos, arrastrando su pantalón hasta sacarlo por los tobillos. Ella se quedó con unas diminutas braguitas que, en vez de molestarle, lo excitaban más. Metió una mano entre sus cuerpos y apartó la

estrecha tira de blonda que cubría su sexo, llegando sin ninguna dificultad a esos labios hinchados y mojados que tanto tiempo había soñado con tocar. Cerró los ojos mientras tocaba su delicada zona y, como Lucía se retorció entre sus brazos, ella también lo deseaba. Ninguno de los dos tenía paciencia para muchos juegos, ella levantó la camiseta de Manuel y después bajó sus manos hasta el botón de sus tejanos. Él se puso de pie para facilitar la operación y cuando llegaron hasta los tobillos, con un enérgico gesto los sacó, quedando completamente desnudo frente a ella, con una erección dura que se moría por entrar en su interior.

Las braguitas de Lucía desaparecieron sin saber cómo y los dos volvieron a sentarse, Manuel con ella encima. Ninguno tenía paciencia para esperar más, durante días habían deseado que ese momento llegara y se hiciera realidad. Lucía fue incapaz de resistirse por más tiempo a lo que realmente deseaba, estaba tan ansiosa como él. Sin esperar se colocó encima mientras Manuel cogía su erección y tanteaba la entrada de Lucía. Esta, en cuanto sintió el roce, se colocó de tal forma que el pene entró por el húmedo canal. ¡Estaba tan apretada! El miembro erecto de Manuel se introducía despacio, abriéndose camino y sintiendo, cuanto más se hundía dentro de Lucía, la presión que las paredes ejercían sobre él. Si seguía así, se correría antes de llegar a lo más profundo.

Lucía se quedó sin aliento, era una sensación casi nueva, se sentía plena, llena y era algo que añoraba como nunca imaginó. Volver a tener a Manuel dentro de ella era lo mejor y sabía que, de ahora en adelante, no podría vivir sin eso, lo necesitaba.

Cuando él la llenó hasta lo más profundo de su cuerpo, los dos soltaron un gemido que todavía los excitó más. Se abrazaron con fuerza y empezaron a moverse lentamente, la fricción era tan fuerte que en cada movimiento se acercaban irremediabilmente al borde del precipicio. Y así fue, con dos potentes embestidas, Lucía comenzó a sentir como toda su zona vaginal se contraía, intentando frenar el final y así alargar ese momento hasta que no pudo más y un enorme placer inundó todo su cuerpo. Manuel no pudo contenerse mucho más que ella y, ante la primera contracción de Lucía, al notar como su miembro era, literalmente, exprimido, se dejó llevar tensándose a la vez que el placer le recorría desde su miembro hasta el resto de su cuerpo dejándolo sin fuerzas, pero satisfecho y sobre todo; feliz.

Abrazó con la única fuerza que quedaba en su cuerpo a Lucía, sin querer salir nunca de su interior. Echó la cabeza hacia el respaldo del sofá y se quedó mirando el techo, tan feliz, que no pudo evitar que una única lágrima rodara por su mejilla. Había vivido algo que llevaba dos años añorando y estar dentro de

ella, era su mejor sueño convertido en realidad. Lucía tumbada sobre su pecho, disfrutó de ese momento con la misma intensidad que él y, por más que su mente le repetía una y otra vez que se arrepentiría, no llegaba a creérselo. Llevaba mucho tiempo sin ser tan feliz como en este momento y en cambio, ahora se sentía completa y por fin había comprendido una cosa; que únicamente al lado de Manuel podría volver a ser feliz.

—Te quiero, Lucía —susurró—. Nunca estaré pleno si no es a tú lado.

—¿Has estado con alguien en Atlanta? —preguntó tímidamente.

—¿Crees que podría? ¿Amándote y deseándote como lo hago?, ¿lo crees posible?

—No lo sé, por eso te pregunto.

—No, Lucía, ni siquiera he mirado a otra mujer. Para mí solo existes tú y, aunque estuviera cien años lejos de ti, no podría mirar a nadie más. ¿Y tú, has conocido a alguien?

—No, mi vida social ha sido muy limitada. Ni he querido, ni he tenido oportunidad.

—¿Qué haremos después de esto?

—Dame tiempo, no estoy preparada y necesito estar segura de que me quieres, pero de verdad, con todas las consecuencias y creo que, por ahora, a pesar de lo que ha pasado entre nosotros, todavía tengo muchas dudas.

—Te daré el tiempo que necesites, pero no te duermas pensando. Por mi culpa hemos perdido dos años y quiero recuperarlos, no deseo pasar otros dos años convenciéndote. Te necesito a mi lado, quiero verte cada mañana, despertarme en mitad de la noche y poder rodear tu cuerpo con mis brazos, necesito que tu cara sea lo último que vea cada noche y tus labios lo último que roce antes de dormirme. Quiero levantarme a media noche y consolar a Adrián si llora, darle su biberón cuando se levante. Quiero una vida junto a vosotros. Me pongo en tus manos, confío en que no me privarás de todo esto cuando nos amamos más que nada y nos deseamos más que antes, esperaré que vuelvas a quererme a tu lado.

—Yo te quiero, Manuel, pero ¿y si mañana te ofrecen un puesto en Alemania? ¿Qué elegirás?, ¿tu puesto o nosotros?

—¿Crees que no he aprendido la lección? ¿De verdad piensas que cometeré la misma equivocación otra vez? Entonces no has entendido nada de lo que siento. Fue mi culpa la que nos separó, y esperaré que tú decidas cuando vuelvo a tu lado.

—Mientras tanto, abrázame, Manuel, he echado tanto de menos tus caricias,

tus abrazos, sentirme protegida... que no quiero que me sueltes.

—No quiero soltarte y jamás lo haré si tú me dejas.

Al final tuvieron que buscar su ropa esparcida por el comedor a toda prisa, porque Adrián se despertó y no tenía paciencia, reclamaba la presencia de sus padres. Lucía cogió sus braguitas y se dio cuenta de que estaban destrozadas.

—¿Me las has roto? —preguntó incrédula, eso solo pasaba en los libros.

—¡Lo siento, cariño! Pero era una urgencia —contestó Manuel encogiéndose de hombros con una sonrisa en la boca mientras se ponía la ropa.

Los dos corrieron a calmar al pequeño, que en cuanto los vio entrar, alargó sus bracitos y su llanto se convirtió por arte de magia, en una enorme y luminosa sonrisa. Después los tres pasaron la tarde juntos y estrenaron el coche de Manuel.

21

Adrián se había dormido enseguida y Lucía aprovechó para terminar un presupuesto que al día siguiente repasaría su hermana Lola. Cuando lo acabó ya eran casi las once de la noche y, durante unos minutos, estuvo dudando si ponerse una serie o marcharse a la cama, pero al final el cansancio pudo con ella y en cinco minutos estaba casi dormida.

A las tres de la mañana, el amargo llanto de su hijo la despertó sobresaltada. Fue de prisa a su habitación y en cuanto llegó hasta la cuna lo cogió en brazos e intentó calmarlo como hacía siempre que se levantaba. Pero pasaban los minutos y su lloro cada vez era más amargo y, después de más de media hora, empezó a asustarse, no había nada que lo tranquilizara. No espero ni un minuto más, nerviosa y llevando a su hijo en brazos, cogió el móvil y sin dudarlo ni un segundo llamó a Manuel.

Él apenas tardó en contestar y su voz denotaba preocupación y ansiedad. Una Lucía angustiada y crispada hablaba atropelladamente entre sollozos, apenas se le entendía nada de lo que decía. Manuel mientras intentaba descifrar lo que decía, no perdía tiempo y comenzó a vestirse, intentaba calmarla a través del teléfono para que le explicara qué era lo que sucedía.

—¡Lucía, tranquilízate! Háblame despacio, salgo para tu casa, no cuelgues y explícame que sucede. Respira hondo, estoy llegando.

—¡Manuel, es Adrián! ¡¡No puedo calmarlo!! Lleva casi una hora llorando y no puedo tranquilizarlo, no sé qué le pasa. ¡¡Date prisa!! ¡¡Tengo miedo!! ¡¡¡No sé qué le pasa!!! ¿Lo escuchas?

—Sí, estoy en el portal, abre.

Lucía fue hasta la puerta de la calle, accionó el botón y, segundos después, Manuel cerraba la puerta y entraba corriendo al salón. En cuanto ella lo vio, no pudo evitar descargar toda la angustia que llevaba acumulada y lloró, esta vez sabiendo que había alguien que la iba a consolar hasta solucionar el problema. Se acurrucó con Adrián en sus brazos, que no paraba de llorar.

—Dame a Adrián y vístete, nos vamos al hospital.

Lucía le pasó al niño y corrió a la habitación sin poder evitar que las lágrimas cayeran por sus mejillas y, en dos minutos, estuvo de vuelta.

—Coge la tarjeta sanitaria y las llaves del coche.

Sin perder ni un minuto, salieron con el niño en brazos que seguía sin calmarse. Lucía iba tras ellos hasta que llegaron al *parking*. Tomó las llaves de la

mano de Lucía que no dejaba de temblar angustiada, abrió la puerta trasera y la hizo entrar, colocando a Adrián en sus brazos. Cerró y se puso al volante, saliendo casi derrapando de la plaza de aparcamiento dirigiéndose al hospital de San Juan de Dios.

Circular por las calles de Barcelona a esas horas de la madrugada fue muy rápido, apenas había tráfico, así que enseguida llegaron a urgencias. El niño, durante el viaje, había empezado a vomitar y en cuanto la doctora le vio se encargaron de él. Le hicieron una primera exploración y minutos después una ecografía, hasta que dieron con la causa del amargo llanto: sufría un ataque de apendicitis. Apenas conocieron la causa, prepararon un quirófano y el pequeño fue operado de urgencia.

Manuel y Lucía se quedaron en la sala de espera y, después, el cirujano les explicó en qué iba a consistir la intervención. La duración era de unos cuarenta y cinco minutos en el quirófano y una hora en la sala posoperatoria, hasta que despertara de la anestesia. Cuando les dio todas las explicaciones, él se marchó hasta el quirófano donde estaban preparando a Adrián y, Manuel y Lucía se quedaron con el miedo metido en el cuerpo, jamás habían vivido una desesperación parecida.

Manuel pasó el brazo por los hombros de Lucía y la atrajo hacia él, temblaba como una hoja, parecía una niña indefensa, no dejaba de llorar. La guio hasta unos asientos y los dos se sentaron.

—Tranquila, cariño. Verás como todo saldrá bien, ya has escuchado al doctor, el apéndice no estaba perforado y será una intervención sencilla.

—¡Es tan pequeño! ¡Quiero estar con él! ¡Júrame que no le pasará nada! ¿Por qué le ha pasado esto?

—¡Shhh! Enseguida estaremos con él, no llores más, cariño. Apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos, verás que cuando los abras, la operación habrá acabado.

Lucía le hizo caso y estar en contacto con él la tranquilizó. Estaba junto a Manuel y nada podía suceder, él se encargaría de todo y la protegería a ella y a su hijo. Ahora se daba cuenta de que en ningún momento había pensado en llamar a nadie más, en cuanto supo que algo serio le sucedía a su hijo solo pensó en su padre. Y no se había equivocado en hacerlo, en pocos minutos estaba en casa, tomando las riendas y haciéndose cargo de la situación. Sus acertadas decisiones habían conseguido que Adrián en poco tiempo estuviera en las manos expertas de los doctores y a punto de operarlo.

Manuel no dejaba de acariciarle el pelo, las mejillas, el brazo, mientras la

oprimía contra su costado, no le daba espacio, quería que se sintiera arropada en todo momento.

Por fin apareció el mismo cirujano que dos horas antes. Se acercó a ellos y les comunicó que todo había ido bien y que en pocos minutos podrían ver al pequeño.

—¿Familiares de Adrián? —preguntó el cirujano, todavía con el traje verde, al entrar en la sala de espera.

Manuel y Lucía saltaron de las sillas que ocupaban y, casi corriendo, llegaron hasta él. Con unos ojos muy abiertos, anhelantes y con aparentes signos de temor, esperaban nerviosos el resultado de la intervención. La calma de aquel doctor los estaba llevando al límite.

—La operación ha sido un éxito y la extirpación limpia. Adrián en pocos minutos subirá a planta. —Explicó escuetamente.

—¿Adrián está bien? —preguntó ansioso Manuel.

—Es un niño muy fuerte y está perfecto. Además no ha habido ningún tipo de infección. —respondió pacientemente.

—¿Cuándo podremos llevarlo a casa? —Esta vez fue Lucía la que formuló la pregunta.

—Si todo sigue su curso y no hay ninguna complicación, en tres días podrá volver a casa. La operación se ha efectuado en menos de doce horas desde su aparición, y eso hace que la recuperación sea más rápida. La infección es lo que determina el tiempo de recuperación y en este caso no ha habido infección.

—Gracias doctor. —Exclamaron los dos a la vez soltando en un suspiro todo el miedo pasado. Las piernas les flaquearon y tuvieron que apoyarse el uno en el otro. Fueron muchas sensaciones extrañas, como si la losa que se cernía sobre ellos desapareciera de golpe y se sintieran tan ligeros que podían flotar por la habitación.

El cirujano abandonó la sala. Manuel tomó la cara de Lucía entre sus manos y con los pulgares arrastró esas lágrimas de alegría contenida que empezaban a desbordarse de sus ojos y rodaban por sus mejillas.

—¡Te dije que todo saldría bien! —dijo Manuel besándola en la frente repetidas veces.

—¡Sí! —respondió muy débilmente, no podía pronunciar más palabras, la emoción se había apoderado de ella.

—¡Shhhhh! —dijo Manuel meciendo entre sus grandes manos la llorosa cara de Lucía—, todo ha pasado, solo ha sido un susto muy grande.

—¡Tenía tanto miedo! —Las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas,

pero una enorme sonrisa apartaba la angustia y la felicidad ocupaba su lugar.

—Yo también, pero todo a pasado y ya has escuchado al doctor, vamos a la habitación.

Los dos, cogidos de la mano, volaron por aquel pasillo hasta llegar a la habitación. Necesitaban verlo para tranquilizarse, así que siguieron a la enfermera que los llevó junto a Adrián. Al entrar, Lucía se tapó la boca con la mano para acallar cualquier sollozo que pudiera asustar a su hijo. Manuel también se impresionó al verlo totalmente inmóvil, conectado a una máquina. No pudo evitar que la emoción saliera en forma de lágrimas. Los dos se acercaron a la cama y no pudieron evitar tomar sus pequeñas manitas. Pocos minutos después, abrió los ojos y, desde ese momento, estuvo arropado por sus padres que le dieron consuelo y no se separaron de él ni un momento.

Adrián se despertaba y dormía muy a menudo, por eso siempre se quedaba uno de ellos con él. Lucía abandonó la habitación mientras el pequeño dormía y llamó a sus padres y hermanas para contarles lo que había sucedido, los tranquilizó y les dijo que hasta por la tarde no podrían verle. Después fue Manuel quien también llamó a su familia, aquella tarde el pequeño tendría un montón de visitas.

Ver con que placidez dormía o sonreía cuando estaba despierto, los tranquilizó.

Casi al medio día, el móvil de Manuel sonó y como Adrián estaba despierto, contestó en la habitación. Lucía, aunque no quería escuchar, no pudo evitar enterarse de todo lo que él hablaba, incluso podía oír a su interlocutor.

—Manuel, me han avisado que han operado a su hijo, ¿va todo bien?

—Sí, la intervención no ha tenido complicaciones y ahora está tranquilo.

—Entonces le espero en dos horas, están de visita los directores de las embotelladoras de Alemania y Francia, y mañana se unirán las de Reino Unido.

—Lo siento, pero no voy a moverme del hospital hasta que mi hijo esté bien del todo. Les dije que me cogía las vacaciones hasta que esté recuperado.

—Quedan anuladas sus vacaciones, lo necesito aquí, es el único que está preparado para explicar lo que esperan desde Atlanta.

—Leo esta tan preparado como yo.

—Pero yo le prefiero a usted.

—No voy a ir. Si le vale la experiencia de Leo, aprovéchela, pero yo no voy a dejar a mi mujer sola con mi hijo recién operado.

—Si no viene tendrá que atenerse a las consecuencias.

—Si sigue coaccionándome, lo que haré es causar baja en la empresa ahora

mismo. Y si me disculpa, estoy en el hospital y no puedo seguir hablando. — Añadió muy serio con un tono amenazador, sin importarle que estuviera hablando con el mismo director.

Sin decir nada más colgó, guardando el móvil en el bolsillo de su pantalón. No comentó nada de la conversación que acababa de mantener con su superior, aunque Lucía había escuchado todo y todavía estaba sorprendida. La forma tan contundente con la que Manuel le trató, negándose a dejarlos solos en el hospital, la hizo sentirse más segura y confiada que nunca.

Manuel se acercó a ella y la tomó por la cintura estrechándola contra él para después besar su frente.

—¿Más tranquila?

—Sí, la verdad es que he perdido los nervios y he estado angustiada desde esta madrugada. Ahora empiezo a calmarme y te juro que me fallan las piernas.

—Tranquila, si quieres puedes ir a casa y dormir un rato, yo no me voy a mover. Necesitas descansar.

—No me voy a ir de aquí tampoco, me tumbaré en ese sillón cuando Adrián se duerma. Manuel, no he podido evitar escuchar tu conversación. Puedes ir a la fábrica, por lo visto te necesitan allí. Yo me quedo, además en breve vendrá tanto mi familia como la tuya.

—No me voy a ningún sitio. He pedido una semana de vacaciones esta mañana y la empresa me las ha concedido. No tengo ninguna obligación, y si me presionan, me despediré.

—Manuel, deberías pensarlo mejor.

—Lucía, una vez interpuse el trabajo a la mujer que amaba y aprendí la lección. Cuando te prometí que jamás volvería a cometer esa equivocación hablaba en serio. Ahora mismo lo más importante para mí es que Adrián salga del hospital totalmente recuperado. Quiero ayudarte, hacerme cargo de mi hijo, si pasa una mala noche, estar a tu lado para turnarnos.

Ella no replicó, todo lo que escuchaba le sonaba a música celestial. Era cierto y lo estaba comprobando. ¿Sería verdad que su hijo y ella eran lo primero para Manuel? Las esperanzas e ilusiones empezaban a ser realidad, de pronto se sentía eufórica, era un paso muy importante el que acababa de dar y para ella, en particular, tenía un enorme significado. Empezaba a bajar la guardia, porque vivir junto a Manuel era lo que más deseaba en el mundo, tener la familia con la que siempre soñó. Pensando se quedó allí, en aquel pequeño sofá abrazada a él, mientras su hijo dormía en la cama del hospital.

Manuel no se separaba de ella, la tenía entre sus brazos y se sentía el hombre

más afortunado del mundo. Sabía que se había apuntado un tanto frente a Lucía, pero no lo había hecho por convencerla, sino porque no quería apartarse de su hijo, solamente abandonaría el hospital con su él en brazos. No le importaba las consecuencias, si lo querían despedir que lo hicieran, con su experiencia en el ámbito internacional y su *currículum*, sabía que lo aceptarían en cualquier multinacional. En esos momentos, su vida laboral era lo que menos le importaba, ahora solo le preocupaba la salud de Adrián, su recuperación y también Lucía. Era tan frágil y temía que ese susto le repercutiera en su débil estabilidad, por eso no la dejaba ni se apartaba de ella.

Conforme pasaban los minutos, se ponía más nervioso. Quedaba poco para que comenzara la hora de visitas y tendría que ver a la familia de Lucía al completo. Había hablado con María y la verdad es que había sido muy comprensiva, pero temía la reacción de su padre y sobre todo la de su hermana Lola. Ana y Blanca eran más calmadas, pero Lola... Bueno un día tendría que ser y aguantaría el chaparrón, porque se lo merecía, sería su penitencia.

La verdad es que cuando empezaron a llegar las familias, todo el mundo se comportó con mucha serenidad, y eso que las dos partes podían hacer reproches, pero no era ni el lugar ni el momento adecuado para ello. Pero que no hubiera reproches no quería decir que Manuel se librara de las miradas asesinas que le dedicó Lola. Fue el propio Manuel el que se acercó a Lucas, había visto sus miradas llenas de resentimiento y no esperaba ningún abrazo, todo lo contrario, se merecía cualquier reproche que quisiera lanzarle. Nervioso, salió al pasillo y vio a su suegro frente a la habitación y, con paso decidido, se dirigió hasta él.

—Lucas, siento haber sido el causante de tanto dolor, ¿podrás perdonarme algún día?

Lucas levantó la vista para fijar su mirada en aquellos intensos ojos azules que, con remordimiento, le miraban buscando su disculpa. Lucas quiso descargar la angustia que durante dos años llevaba clavada en su corazón.

—Si llego a tenerte delante de mí el día que te marchaste, no estarías aquí en este momento. Jamás he pasado tanto miedo como en aquel día, con la agonía de mi hija por tu marcha. —Decía, apretando los puños. Recordarlo siempre le encogía el alma. Él sabía que nunca podría olvidarse de la cara de su hija en ese momento.

—Lo sé, me lo ha explicado. No puedo decir nada para justificar lo injustificable. En mi defensa solamente diré que he aprendido la lección y que, si Lucía me acepta de nuevo, la única misión en mi vida será hacerla feliz. Lucas, quiero a Lucía más que a mi propia vida y jamás, lo digo muy seguro, ¡jamás,

volveré a alejarme de ella! —Su semblante era sincero.

—Si ella no ocupa el primer lugar en tu vida, todavía estas a tiempo de marcharte, porque si vuelves a hacerla sufrir de nuevo te juro que... —No podía seguir hablando sin amenazarle, pero Manuel no le dejó continuar.

—Te juro que jamás volverás a hacerle sufrir a tu hija, al menos por mi causa. He aprendido la lección, ahora solo quiero tu disculpa y hacerte, a ti personalmente, la promesa de cuidar a Lucía hasta el último día de mi vida.

—La tienes, pero estaré de guardia —y sin más estiró su mano hacia la que Manuel también le extendía. Sus manos se unieron en un firme apretón, firmando una paz que jamás se debió romper—. Creo que hay una persona que no te lo va a poner tan fácil como yo. —Aseguró Lucas observando la cara de Lola mientras ellos se estrechaban las manos—. Ella —comento señalándola con la barbilla—, va a ser un hueso duro de roer.

—¡Lo sé! —dijo Manuel con un suspiro—. Sé que va a costarme mucho, lo he leído en su cara. Tendrás que echarme una mano, Lucas.

—Tu haz feliz a Lucía, y Lola, con el tiempo, llegará a perdonarte. —Aseguró sonriendo y entrando de nuevo a la habitación.

Y mientras Manuel se disculpaba con el padre de Lucía, esta hacía lo mismo con Teresa, la madre de Manuel, que miraba al pequeño con lágrimas en los ojos y, después, sin ningún rencor besó a Lucía con el mismo cariño de siempre. Sabía que esta actitud tan comprensiva por parte de la madre de Manuel se la debía a Carla.

—Lo siento, Teresa. —Dijo Lucía al ver las lágrimas de aquella mujer mientras no dejaba de mirar a su nieto.

—No deberíais haber llegado a estos extremos. ¿Sabes que casi me da un ataque cuando Carla me contó que tenía un nieto?

—No lo hice bien, no os merecíais esto —y era sincera, nunca pensó en cómo afectaría su silencio.

—Tenéis que dejar de ser tan tercos. No solo os repercute a vosotros, sino a todos.

—Lo haremos, te lo prometo, Teresa.

Con esas simples palabras, todo quedó en paz. Carla había hecho una labor increíble, le contó a su madre que el silencio de Lucía era una causa del comportamiento de Manuel durante aquellos dos años, evitando de esa manera que culpabilizaran solamente a Lucía.

Además de la familia, también acudieron las amigas de Lucía; Alba con su marido Raúl; Victoria, y Marta con su novio Julio, y estas tampoco miraron muy

bien a Manuel. Alba era la que más resentimiento le tenía porque ahora entendía cuanto había sufrido su amiga la ausencia de su pareja. Tanto Alba como su marido llevaban muy bien el embarazo, aunque nadie les quitaba sus ratos de lloros desconsolados o de una euforia exagerada. Su ánimo cambiaba más que el tiempo en primavera.

También vino Leo que conoció por fin a Lucía, y le pareció que era tal y como Manuel le había explicado, incluso reconocía su voz sin haberla escuchado jamás, pero su amigo le había contado tantas cosas y había descrito cada pequeño detalle de ella, por insignificante que fuera, con tanta exactitud, que estaba seguro de reconocerla entre una multitud. Leo la abrazó y la trató como si la conociera de siempre, ante la sorpresa de ella.

—He escuchado hablar a Manuel durante dos años tanto de ti, que parece que te conozco de toda la vida. Desearía poder hablar contigo cuando Adrián esté bien, tengo que contarte unas cuantas cosas sin que este capullo este cerca. Sé que él no te lo va a decir, por eso quiero hablar contigo y contarte la verdad. — Lucía lo miraba asustada y Leo se dio cuenta por su expresión, de que estaba pensando mal—. No, no es nada malo, es que quiero que sepas de verdad como se sintió, porque seguro que no te lo ha dicho.

—No, bueno me ha contado que se sentía culpable y que, lo único que quería, era llegar a Barcelona para pedirme perdón.

—Sí, todo eso es verdad, pero se queda corto.

En esos momentos, Manuel dejaba al pequeño con sus tías y se acercó a ellos. Cuanto llegó, pasó el brazo por encima de los hombros de Lucía y reconfortándola con ese simple gesto.

—No le hagas mucho caso que este vasco, es un liante —sonrió Manuel.

—Cuando me conozcas, comprobarás que todo lo que te ha dicho este capullo de mí es mentira.

—¿Y qué piensas que le he dicho? Tú sí que eres un capullo. Por cierto, ¿dónde has dejado a Valeria? ¿Tienes miedo de presentarla?

—Valeria no me ha acompañado porque tenían evaluación, ¡listo! —Y dicho esto, su tono cambió totalmente, volviéndose más serio—. No os lo he dicho, pero tenéis un hijo que es un encanto, espero que aprovechéis la nueva oportunidad que tenéis—. Todo iba a quedar así, pero Leo nunca dejaba las cosas a medias y, repentinamente, se dirigió a Lucía y le dijo—: ¿por qué no me acompañas a la cafetería, Lucía? Si a Manuel no le importa.

Este se quedó mirándolo un poco extrañado, no entendía que era lo que pretendía Leo, pero el guiño que le hizo este, le dio a entender que quería echarle

una mano, así que asintió con la cabeza. Lucía lo siguió sabiendo que Adrián estaba más que acompañado y se fue con Leo, tenía curiosidad por saber que le contaba de Manuel. Cuando salieron de la habitación Lucía le dijo:

—Quiero escuchar lo que tienes que decirme sobre Manuel.

—Ya te he dicho que no es nada malo, al contrario.

—Cuéntame, te escucho.

—Conociendo a Manuel como lo he conocido en estos dos años, estoy seguro de que no te ha contado toda la verdad.

Ella lo miraba algo asustada por lo que pudiera decirle, pero este continuaba hablando sin darle tiempo a pensar demasiado.

—Sé que te ha dicho cuanto te ha echado de menos. Pero lo que no te ha contado es lo que los demás veíamos, como se le iluminaban los ojos cuando hablaba de ti, cuando nos hablaba de vuestra vida. Tampoco creo que te haya dicho lo arrepentido que estaba por marcharse sin decirte adiós. Te añoraba tanto que muchas veces no podía evitar que las lágrimas se le escaparan. Nos repetía una y otra vez qué te diría cuando volviera a verte, como si estuviera exponiendo el proyecto más importante de su vida. No se cansaba de decirnos, siempre que nos reuníamos, cuantas veces te pediría perdón, los constantes planes que hacía de futuro y siempre a tu lado. Tuviste que sufrir mucho, pero quiero que sepas que él también lo hizo, no había una sola reunión que no termináramos hablando de ti. Mil veces intenté salir con él en plan conquista, pero jamás lo hizo, nunca le interesó nadie que no fueras tú y, aunque estuvieras a miles de kilómetros, siempre estuviste a su lado.

—Ya sé que me quiere y que siempre me ha querido, pero no es tan sencillo.

—¿Por qué no? ¿Dónde ves la complicación? Os seguís amando como antes, yo en vuestro lugar no perdería más tiempo.

—¿Y si nos vuelve a abandonar? Me da miedo volver a confiar en él.

—¿De verdad lo crees? ¿Sabes lo que ha hecho? Ha dejado plantado al director y a todos los directores de las plantas europeas por no dejaros solos a ti y al pequeño Adrián, no ha cedido a la presión y eso que lo han amenazado con despedirlo. ¿Y todavía dudas de él?

—Lo escuché hablar, pero es diferente, su hijo está en el hospital, es algo más serio, pero si le ofrecen un puesto fuera de Barcelona, ¿qué hará entonces? No estoy segura, y no voy hacer experimentos con mi hijo.

—Solo quiero que lo pienses, que ha pasado dos años sufriendo y arrepentido y lo único que pide es una oportunidad para vivir a tu lado. Piénsalo bien porque tú conoces a Manuel mejor que nadie. Pero ten en cuenta que ha aprendido de

sus errores.

—¡Claro que lo pensaré! ¡Yo también le quiero! Y tú no lo sabes, pero siempre pensé en acompañarlo, nunca lo dudé. Lo que pasó es que quise darle una lección por tomar una decisión por mí, cuando lo único que pretendía que me pidiera perdón. Pero nunca lo hizo, al contrario, arremetió con dureza contra mí y mi trabajo por ser una empresa familiar. Fue en ese momento cuando me vi tan poco valorada por él, que decidí no ir a Atlanta. Y lo que más me dolió es que jamás intentó convencerme cariñosamente, ni disculparse, no hizo nada de eso, simplemente pensó que su trabajo era lo principal sin pensar en mis metas e ilusiones.

—¿De verdad que tenías pensado ir a Atlanta con él? ¡¡¡Valientes cabezotas!!! ¡Hay qué ver que caprichoso es el destino!

—Lo que jamás lograré entender es que, si estaba tan arrepentido, porqué nunca intentó ponerse en contacto conmigo, porqué en dos años no me llamó. Siempre esperé ese momento desde que se fue y sé que si lo hubiera hecho para decirme que me quería y que lo sentía, habría cogido el primer vuelo a Atlanta para estar con él, pero eso nunca sucedió. Cuando el tiempo pasaba sin noticias tuyas, pensé que se había olvidado de mí, que habría encontrado a otra mujer que él valorara más. Jamás pensé que volvería a buscarme y mucho menos que me siguiera queriendo.

—No te llamaba porque estaba avergonzado, pero ten la certeza de que nunca ha dejado de amarte.

En ese mismo momento, Manuel se colocó junto a Lucía pasándole el brazo por la cintura posesivamente, estrechándola contra su costado mientras le besaba en la frente. No se daba cuenta que lo hacía simplemente por la necesidad que tenía de ella.

—Como no volvíais os he venido a buscar, y además tenía curiosidad por saber qué te tenía que decir este tunante.

—No tenía que decirle nada que tú no sepas, simplemente comprobaba lo cabezotas que sois los dos.

—Ya —le dijo Manuel—, aunque a mí a testarudo, no me gana nadie, me llevo todos los premios. Nunca dejaré de pedirle perdón por lo que hice y sé que, aunque llegue el día que Lucía me perdone, yo jamás podré hacerlo. Porque no hay disculpa posible para mi forma de actuar. Además, mi ausencia ha tenido muchas consecuencias, demasiadas para que todo quede zanjado con una palabra, incluso su salud se ha visto afectada, y eso es algo que siempre pesará en mi conciencia.

—Eso no es verdad —protestó Lucía—. Como dice Leo, los dos tenemos culpa de lo que pasó.

—Tampoco hace falta que os quedéis en la eterna discusión de quién tuvo más o menos culpa, podéis intentar, o al menos remediar lo que hicisteis mal, para eso siempre se está a tiempo.

Los dos asintieron, pero no dijeron nada, Leo tenía razón y Manuel lo deseaba más que nada, pero la duda de Lucía era muy real y solo ella se podía convencer de que él nunca jamás volvería a fallarle.

22

Tres días después, Adrián salió del hospital y, en todo ese tiempo, ni Lucía ni Manuel se movieron de la habitación, y si lo hacían era lo justo para ducharse y cambiarse de ropa.

Los tres montaron en el coche de Lucía, el mismo en el que llegaron al hospital tres días antes, y fueron directamente a casa de ella. Él conducía con cuidado, vigilando en todo momento al pequeño sentado en su sillita, lo mismo que hacía ella. Durante toda la tarde estuvieron pendientes de cualquier quejido o molestia que pudiera tener. Cuando llegó la noche estaban agotados, cuatro días sin moverse de una habitación de hospital era demasiado para cualquier persona, por muy fuerte que esta fuera. Pero ninguno quería quedarse lejos de la cama de su hijo.

Acostaron a Adrián, a quien el suave calmante que el médico le había recetado le aseguraba una noche placentera, sin molestias y, en cuanto se durmió, salieron de la habitación sin hacer el menor ruido. Cuando volvieron al salón, fue Manuel quien habló sin preámbulos.

—Me quedo esta noche aquí. Acuéstate y duerme tranquila, yo me tumbaré en el sofá y dejaré las puertas abiertas, de esa forma escucharé si llora o quiere algo.

—Tú también estás agotado y en el sofá no vas a poder dormir, es un poco incómodo para ti, eres demasiado grande.

—No te preocupes, lo que quiero es que tú descanses. Venga, ¡vete a la cama ya!

Lucía se marchaba hacia su habitación poco convencida, no podía remediarlo, pero saber que él estaba tan agotado o más que ella y que iba a pasar la noche en un sofá sin poder dormir le hacía sentir culpable. Estaba llegando al dormitorio, cuando volvió sobre sus pasos y frente a Manuel retomó la conversación.

—Puedes dormir conmigo, la cama es grande y podremos descansar los dos. Además, tengo el intercomunicador que nos alertará si Adrián se despierta.

Manuel suspiró lleno de emoción, con los ojos fijamente puestos en ella, abiertos como platos por la sorpresa.

—¿Estás segura? —preguntó sin poder decir nada más.

Porque detrás de las palabras de Lucía había una aceptación implícita y ambos lo sabían. Ese simple gesto altruista encerraba todo por lo que Manuel

estaba luchando desde que llegó de Atlanta.

—Jamás he estado más segura de algo —contestó admitiendo que le volvía a dar todo, incluso su confianza pérdida.

Y sin decir nada más, lo cogió de la mano y juntos fueron a la habitación que estaba junto a la de su hijo. Ninguno de los dos hablaba, se desnudaron en silencio, Lucía se puso un pequeño camisón y se metió en la cama. Seguidamente lo hizo Manuel, únicamente con un *slip*. Por un segundo ninguno habló, al final fue él que, volviendo la vista hacia ella, le susurró:

—Me moría por estar así, a tu lado, y por compartir todos los momentos contigo, y me desesperaba porque ni siquiera me dejabas intentarlo. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión de pronto?

—La llamada de teléfono del otro día me hizo entender que jamás nos volverías a poner en segundo plano, y la conversación con Leo en el hospital me dio la total certeza de que nos quieres a los dos y que te preocupas por nosotros. Y, sobre todo, que tu trabajo está por detrás, y eso que te amenazaron con despedirte.

—Lucía, he mandado un *email* con mi renuncia, no podía permitir que después de haber dado tanto a la empresa, esta no me respetara ni las vacaciones que solicité por una causa mayor. Cuando te dije que un trabajo jamás me haría cometer otra equivocación no era ningún farol, era una realidad. Cuando te digo que tú y Adrián sois lo primero y más importante en mi vida, es la única verdad. Cuando te digo que te amo, aunque no lo creas, te amo más que a nadie en el mundo, cariño. Más que a mi propia vida.

Lucía a su lado en la cama lo miraba totalmente fascinada, hasta que llegó un momento en el que apenas distinguía sus facciones, por muy atenta que lo miraba. Y es que mientras lo escuchaba, sus ojos se anegaban en lágrimas, hasta que totalmente inundados se desbordaron resbalando por sus mejillas. Manuel, que la observaba lleno de amor, arrastró con su pulgar cada una y aunque sabía que eran debidas a la emoción del momento que acababan de vivir, no le gustaba verla llorar. Por eso, la atrajo hacia él y, besándola mil veces, la estrechó fuertemente contra su pecho.

Tanto Lucía como Manuel estaban cansados, más que eso, agotados de los largos días de hospital, pero eran los momentos más felices desde hacía mucho tiempo, demasiado. No se movían, disfrutaban de la cercanía, el cariño, la emoción que los envolvía, no necesitaban nada más, sentirse tan cercanos que el amor se hubiera podido palpar en ese cálido ambiente. Ya habría tiempo para dejarse llevar por el deseo y la pasión, pero ahora lo principal era compartir ese

amor incondicional, implícito en cada caricia. Necesitaban esa intimidad, plena de un amor absoluto, desinteresado, de solo dar sin esperar recibir nada a cambio.

Ninguno se movió en toda la noche, y eso que les costó dormirse a pesar del cansancio, pero estaban uno en brazos del otro y querían que esos segundos fueran eternos. No querían malgastar el momento tan lleno de ternura ni perderse nada, ni un suspiro, una caricia o un «te quiero» dicho a media voz en la oscuridad y el silencio de la noche. Habría muchos días para dormir, pero esa primera noche era para llenarse en silencio el uno del otro, para vivir cada segundo, la intensidad de ese sentimiento que los envolvía. Necesitaban sentir la satisfacción por la cercanía, para dar carpetazo a la distancia, a la pena y al dolor. Esa noche era un empezar de nuevo, atrás dejarían reproches y culpas, a partir de ahora solo mirarían hacia delante, una maravillosa vida juntos les esperaba después de aquella mágica noche, y ninguno de los dos pensaba desperdiciarla.

A la mañana siguiente fue Manuel quien se despertó el primero y, cuando comprobó que Lucía seguía a su lado, dormida y acurrucada en su costado, no quiso despertarla, todavía era muy temprano y estaba agotada. Se levantó muy despacio y ella ni se enteró. Fue a ver a su hijo, que dormía con total tranquilidad en su cuna. Verlo con esa placidez y tan relajado lo tranquilizó por completo. Pero no pudo evitar recordar la cara de sufrimiento de Adrián cuando lo llevaron al hospital y un escalofrío le recorrió todo su cuerpo. Uno de sus dedos recorrió con gran emoción la pequeña cabecita, que ante el tacto se removió y dejó de acariciarlo por temor a que se despertara. Tenía otro plan antes de que empezara el día y necesitaba un poco más de paz. Volvió a la cama junto a Lucía y, sin contemplaciones la apesó entre sus brazos, besando su cuello y absorbiendo ese aroma tan envolvente que siempre lo había puesto a cien.

Lucía se removió entre sus brazos, despertando, y al ver que estaba aprisionada contra su fuerte pecho, sonrió. Era la mejor forma de levantarse. Se abandonó totalmente en sus brazos dándole todo el control. Sabía lo que Manuel quería, porque ella deseaba lo mismo, despertarse con su aroma hacía que deseara su cuerpo tanto como él deseaba el suyo.

Y por unos instantes fue como si el tiempo no hubiera pasado. Era como Manuel solía despertarla un día sí y otro también mientras vivían juntos. Ya no pudo pensar más porque sintió como entraba dentro de ella y se quedó sin aliento. Sus cuerpos se balancearon juntos, sin dejar espacio entre ellos, era un ritmo suave pero profundo, y cada vez que entraba se hundía más, haciendo que Lucía se arqueara buscando una penetración más placentera e intensa.

Los dos gemían cuando su miembro la llenaba y la colmaba hasta las profundidades de su cuerpo, animándose y aumentando el ritmo de las embestidas. Bajó su mano hasta que se perdió entre sus piernas, buscando ese punto tan sensible y excitado que, con un simple y suave roce, hizo que el control de Lucía saltara por los aires, corriéndose para él. Manuel no pudo aguantar más al sentir cómo lo oprimía y, estrechándola fuertemente entre sus brazos, se dejó llevar junto a ella. Era un placer tan intenso que ninguno evitó que la emoción del momento los desbordara, y cuando los sollozos de Lucía se hicieron audibles, Manuel salió de su interior y le dio la vuelta entre sus brazos.

—¡No llores, cariño! ¿Qué te he hecho? ¿Dejaré de hacerte daño en algún momento?

Manuel notaba como sus lágrimas resbalaban mientras intentaba consolarla, verla llorar y no saber el porqué, lo mataba. Antes de que se marchara a Atlanta ella era una mujer fuerte, con una gran resistencia, y gracias a su abandono y menosprecio se había convertido en alguien frágil y desconfiada. ¡Y saber que él era el único culpable lo destrozaba!

—¡Perdóname! Me he dejado llevar, debía haberte dado más tiempo, pero soy un maldito egoísta y solo pienso en mí. Te deseo tanto que ha sido imposible tenerte a mi lado sin poseerte. Te daré el tiempo que necesites, pero no puedo dormir a tu lado porque no puedo mantener las manos lejos de tu cuerpo. ¡Te deseo tanto!

—Shhhhh. No es eso. Estas lágrimas —dijo pasando el dorso de su mano por la mejilla, mientras las limpiaba—, son de felicidad, de todo el amor que siento por ti y que no cabe dentro de mí. Yo también te deseo, Manuel, lo he hecho siempre, incluso cuando te odiaba por marcharte mi cuerpo jamás dejó de hacerlo. No me des tiempo, no quiero más tiempo del que he tenido, lo único que quiero es estar contigo y que me ames como lo acabas de hacer. Quiero sentirte dentro de mí cada día, quiero que tus brazos me rodeen cada noche y que cada mañana tu deseo me despierte. Quiero sentir cómo entras en mí, cómo te mueves dentro y cómo dejas tu semilla en mi interior.

—¡No vas a tener queja! Porque es en lo único que he pensado durante estos años, en hacerte mía una y otra vez. Cada mañana soñaba con amarte, pero cuando abría los ojos y tú no estabas en la cama conmigo me desesperaba. No pienso dejar de amarte ni una sola mañana, quiero pasar mi vida dentro de ti. El simple hecho de aspirar tu aroma me calma.

Durante unos segundos, enterró su cara en el cuello de Lucía, la besaba mientras su aroma penetraba en las fosas nasales de Manuel. Este no pudo evitar

que en su cabeza se colara un triste recuerdo y quiso compartirlo con ella.

—Una mañana, allí en Atlanta, al despertarme y no poder recordar con exactitud tu olor, me puse a llorar igual que un niño, no había nada que pudiera calmarme. Sentí una angustia tan grande que me ahogaba. Un día en unos grandes almacenes, pasó a mi lado una mujer y su fragancia me recordó a ti. Muerto de vergüenza, la seguí durante unos minutos y al final me acerqué a ella y le pregunté por el perfume que llevaba, y era el mismo que tú usabas. Dirás que soy tonto, pero entré en una perfumería y lo compré. Cuando llegué a casa, cogí una camiseta y la rocié con él. A partir de entonces mi angustia fue un poco más llevadera, porque me dormía con ese conocido aroma y fue así como mis noches empezaron a calmarse. ¡Qué patético! Pero, amor mío, ¡te he echado tanto de menos que...!

No pudo seguir hablando porque el nudo que se había formado en su garganta se lo impedía y las lágrimas contenidas empezaron a brotar sin cesar. Nada lo podía consolar, ni las manos de Lucía acariciándolo con ternura o el suave susurro de sus dulces palabras, repitiéndole sin cesar cuanto lo amaba. Así que ella se limitó a estrecharlo fuertemente contra su cuerpo y dejar que se despojara de toda la angustia acumulada durante esos días llenos de acontecimientos.

Y es que desde que había vuelto de Atlanta, en la vida de Manuel se habían sucedido muchos acontecimientos, unos increíbles y dichosos, y otros angustiosos. Ver el dolor en los ojos de su hijo y la impotencia de no poder aliviarlo había sido la peor experiencia jamás vivida. Y es que ese pequeño, en pocos meses, se había convertido en el centro de su vida. Pero sin duda alguna el detonante para que todas sus emociones se desbordaran había sido volver a tener a Lucía a su lado, y esta vez él se encargaría de que fuera para siempre.

23

Esa misma mañana, después de amarse y aflorar entre los dos todo tipo de sentimientos, de perdonarse el uno al otro con una abrumadora honradez y de confesarse sus más íntimos temores y miedos, Manuel empezó un sencillo interrogatorio.

—¿Me has perdonado por completo? —preguntó preparando el terreno para su propósito.

—¿Y tú a mí?

—No vale responder con una pregunta, y yo he preguntado primero. —Le dijo poniendo un dedo sobre sus labios.

—Vale, sí te he perdonado del todo.

—¿Me quieres? —siguió preguntando.

—Sí, te quiero.

—¿Mucho o poco?

—Con toda mi alma, ¿es suficiente? —le preguntó Lucía.

—Suficiente.

—¿Vas a vivir conmigo?

—Sí —contestó casi sin pensarlo.

—¿Desde este mismo momento?

—Sí.

—¿Vas a casarte conmigo?

—¡¡¡Sí!!! —dijo abrazándose a Manuel con más fuerza mientras esta la envolvía entre sus brazos a la vez que buscaba sus labios.

No querían permanecer ni un minuto más separados y allí, tumbados en la cama, mientras esperaban que su hijo se despertara, llenos de ilusión y de felicidad, hicieron miles de planes de futuro.

Atrás quedaron el abandono y la distancia, así como la pena y el dolor, porque a partir de ese momento en sus vidas solo brillaría el amor con luz propia, y la confianza ciega. La sinceridad a la hora de exponer sus sentimientos les hizo retomar con más fuerza si cabía todo lo que quedó roto dos años atrás, con la marcha de Manuel a Atlanta. Todo volvía a estar en orden, el amor que nunca había faltado entre ellos y la humildad para admitir sus equivocaciones habían conseguido que la confianza volviera a surtir con una gran fuerza en su relación.

—Tenemos que hacer la lista de invitados, buscar un lugar, ir al juzgado, la

ropa... suerte que no tenemos prisa.

—En eso estás muy equivocada, tenemos mucha prisa.

—Manuel, estamos juntos, ¿qué más da tres meses que un año?

—¿Un año? —exclamó escandalizado—. ¡Ni hablar! Tú y yo vamos a tener que hacer un trato.

Y acercándola de nuevo a él, le hablo con dulzura sobre esa boca que le volvía loco de deseo y le dijo:

—Quiero que preparemos la boda que tu desees, donde quieras y como quieras. No me importa que vengan cincuenta invitados o quinientos. Como si es por la iglesia o por el juzgado. Quiero que nuestra boda sea la que siempre has deseado, dicho esto añadiré que tienes un tiempo limitado para ello.

—¿Cuánto tiempo me das? —preguntó Lucía sonriendo y llena de curiosidad.

—Tienes tres meses a contar desde hoy, fecha límite el veinticinco de octubre.

—¿Solo tres meses? ¡Imposible!

—Yo sé la manera de casarnos mañana mismo, bueno, en cuanto tuviéramos las licencias.

—¿Ah sí? ¿Y cómo realizarías ese milagro?

—Muy fácil, volando a las Vegas, en veinticuatro horas, casados.

Lucía reía a carcajadas con esa ocurrencia, se había vuelto muy americano por proponerle algo así, pero estaba encantada con su impaciencia.

—Prepararemos la boda en ese tiempo, pero tendremos que correr.

—Si corriendo no llegamos a prepararla, volaremos a las Vegas, pero en octubre estaremos casados.

A partir de ese mismo momento comenzaron su vida en común como una familia más, con las rutinas cotidianas de una pareja con hijos, como por ejemplo recoger y dejar a Adrián cada día en la guardería, algo completamente nuevo para él.

Pero no todo eran obligaciones, también disfrutaba de esos instantes íntimos en los que tenía a su hijo dormido en sus brazos y no podía dejar de mirarlo, lo sentía desvalido y tan frágil como su madre. Pero en otras ocasiones, a pesar de ser un indefenso bebé también era poderoso. Con solo coger un dedo de Manuel con su pequeña manita y sujetarlo con fuerza, dejaba a su padre totalmente desarmado, y, sin darse cuenta, la emoción invadía sus ojos vidriosos y un nudo oprimía su pecho.

También disfrutaba cada noche entre las sábanas con Lucía. En cuanto

acostaban al pequeño y revoltoso Adrián, la noche se abría solo para ellos, y se besaban y se acariciaban como si fuera la última vez. Después dormían abrazados, y si perdían el contacto en mitad de la noche, sobre todo era Manuel el que se despertaba sobresaltado, buscándola con ansiedad, y en cuanto la volvía a sentir pegada a su cuerpo se dormía con la tranquilidad de un niño. Y es que la distancia de aquellos dos años cada día que pasaba junto a Lucía era más lejana, como un mal recuerdo.

Aquella separación había creado una necesidad entre ellos, y era que siempre buscaban estar en contacto, a veces con un simple roce entre la gente, era suficiente para relajarlos. En otras ocasiones, Manuel le pasaba el brazo por los hombros o la cogía por la cintura estrechándola a su costado mientras depositaba un beso fugaz en sus labios o en su frente. Todos sus seres allegados se daban cuenta de esa necesidad. Y cuando estaban en la intimidad de su hogar, Manuel no perdía ninguna ocasión para estrecharla contra su cuerpo, mientras miraban la televisión, mientras dormían, cualquier momento era bueno para ello.

Habían empezado a buscar una vivienda que tuviera jardín para que el pequeño rey de la casa creciera jugando al aire libre. Al final abandonaron el centro de la ciudad para decantarse por la periferia y encontraron en Sant Just Desvern el lugar ideal para levantar su hogar. Era un pequeño pueblo situado entre Sant Feliu y Esplugas, la casa ideal, a pocos minutos de los padres de Manuel y de los de Lucía, pero con la distancia perfecta entre ellos para disfrutar de su intimidad.

Manuel había hecho las paces con toda la familia, incluso con la más dura de todas, Lola. Le costó convencerla, pero como siempre todo cae por su propio peso, y ver a su hermana Lucía tan radiante y alegre, fue uno de los motivos por los que ella al final se rindiera. Otro punto a favor de Manuel fue la devoción que este, en tan poco tiempo, sintió por Adrián, ya que Lola era la tía por excelencia. No le importaba tirarse con el niño en el jardín, en el parque o en cualquier lugar donde estuviera jugando, por eso su sobrino siempre la buscaba a ella, porque el resto de las mujeres Egea eran tan presumidas que los juegos al aire libre con Adrián eran algo imposible.

Lucía y Manuel se casaron antes de que se cumpliera el *ultimátum*, a finales de octubre. Fue una fiesta íntima, porque solo estaba la familia y los amigos, pero también fue muy emotiva. Ni siquiera faltó la presencia de Marta y Julio, que retrasaron su viaje a Senegal solo para estar al lado de la pareja.

Todo se hizo de la forma tradicional, con una novia radiante y de blanco, cumpliendo con todos los cánones establecidos en la tradición: no se probó el

atuendo completo el día anterior a la boda y no vio ese día al novio hasta llegar al juzgado. Y, cómo no, llevaba algo nuevo, la ropa interior que compró con sus hermanas, recordando que ese día de compras fue un momento irrepetible lleno de confesiones y confidencias, acercándolas más de lo que siempre habían estado. Como objeto usado cogió los pendientes que su madre llevó en su boda, y que una María emocionada le regaló el mismo día de la suya. Fue el detalle que faltaba para que toda la familia acabara con un pañuelo en la mano. Del objeto prestado se ocuparon sus amigas, y cada una de ellas le cedió, solo por unas horas, unas pulseras que las cuatro se habían comprado en el Gran Bazar de Estambul durante un viaje a Turquía. Se trataba de un amuleto turco, el famoso Nazar o piedra del mal de ojo. Alba, Victoria y Marta llevaron sus pulseras a un joyero que las unió de una forma elegante y original para la ocasión; después cada una conservaría su bonito e inolvidable recuerdo de aquel viaje juntas.

Y, por último, el toque azul lo pusieron sus dos hombres. A principios de agosto, la mañana de su cumpleaños, Adrián le dio una pequeña cajita que contenía un anillo precioso, una aguamarina rodeada de diamantes. Manuel esperó ansioso que la abriera para así poder contemplar su expresión. Y cuando Lucía levantó sus ojos para encontrarse con los de Manuel y ver con que ansiedad la observaba, supo lo que significaba ese anillo. Jamás podría olvidar las palabras que él le dijo totalmente emocionado, las recordaría y las llevaría siempre en su corazón, hasta el último día de su vida.

«Es el anillo que debí regalarte hace mucho tiempo, con él quiero que, siempre que lo mires, sepas lo que significas para mí, que eres el centro de mi vida, igual que esta aguamarina es el centro del anillo. Eres mi amor y mi confidente, mi remanso de paz y sosiego, a la vez que mi excitación; despiertas mi lado más sensible y disparas mi frenesí. Me haces soñar solo con mirarte y eres el ancla que me mantiene firme en el suelo. Tu sonrisa me transmite la frescura y bienestar del mismo Mediterráneo y, en cambio, eres la única mujer capaz de calentar todo mi cuerpo y convertirme en el volcán más ardiente. Lo eres todo para mí, y como dice esa canción de Amaral, sin ti no soy nada».

Lucía recordó la sensación que sintió en aquel momento, que la convirtió en la mujer más amada y deseada del mundo. Entonces no pudo decir nada, y aunque habían pasado casi tres meses, recordar esas palabras la seguían emocionando igual que la mañana que las escuchó. Desde ese mágico instante todo cambió y ya no hubo fuerza humana ni divina capaz de separarlos, ese mismo día supieron que solo una cosa los podría alejar. Por eso miró el anillo y no pudo evitar acercarlo a sus labios, y aunque la piedra era fría, una sensación

de calor inundó su cuerpo. Era la sensación de sentirse el centro de otra persona, de saber que Manuel la deseaba y amaba más que a nada en el mundo. Por fin Lucía había comprendido que siempre ocuparía el primer lugar en su vida.

Llegaron al lugar elegido para la ceremonia en un bonito Cadillac blanco junto a su padre, allí la esperaba un nervioso y ansioso novio, deseando cuanto antes convertirse en su marido. En cuanto la vio llegar del brazo de su orgulloso padre, se relajó y le pareció que jamás la había visto tan hermosa. Lucía llegó hasta Manuel con paso contenido, aunque lo que más deseaba era correr hasta él y perderse en sus brazos. Pero cumplió con el ritual y terminó el corto pasillo central con los invitados a ambos lados, que sonreían a su paso.

Al final del recorrido, la mano temblorosa de Manuel la esperaba ansioso para tomar la suya y acercarla a él. Toda la noche sin tenerla a su lado había sido un calvario, apenas había podido pegar ojo. Así que, en cuanto sus manos entraron en contacto, no pudo evitar atraerla a su cuerpo y rodearla con sus brazos mientras la besaba delante de todo el mundo, juez incluido.

—¡Has tardado mucho! —le dijo Manuel sobre sus labios.

—¡Si he llegado a la hora!

—No ha sido buena idea la boda tradicional. No he podido dormir en toda la noche. ¡Te necesito! —Y la besó con desespero.

Hasta que alguien no carraspeó a su lado, no se dieron cuenta de donde estaban, reaccionando y separándose, pero manteniendo sus manos unidas.

El juez comenzó una ceremonia que fue corta y con ciertos momentos emotivos, que terminó con un interminable beso que selló su amor y compromiso delante de todos los invitados.

Después de la ceremonia se dirigieron al amplio salón donde tendría lugar la comida, el tiempo estaba incierto y no quisieron arriesgarse a celebrarla en el exterior. Adrián iba de mano en mano y empezaba a dar sus primeros pasos. El pequeño, en cuanto vio a sus padres, agitó los brazos hasta que acudieron junto a él. Recibió los múltiples besos de sus progenitores y, cuando este se alejaba de ellos, entretenido con las atenciones de sus tías, Manuel cogió a Lucía por la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Bajó sus labios y le susurró:

—Soy el hombre más feliz del mundo. Tengo todo lo que alguien puede desear y gracias a ti. ¡Te amo más que a mi propia vida y no quiero volver a separarme de ti ni un solo momento! Esta noche te he echado de menos cariño —le dijo en tono cariñoso.

—Yo también te he añorado, pero a partir de ahora tenemos todo el tiempo para nosotros.

—Solo hay una cosa que me martiriza y nubla mi completa felicidad, y es el tiempo perdido. No verte embarazada y sentir como nuestro hijo crecía dentro de ti es el mayor martirio que tengo. Me gustaría tener otro hijo, Lucía, y poder vivir la experiencia desde el principio.

—Y lo tendremos, Manuel, a lo mejor antes de lo que te piensas.

—¿Qué quieres decir?

—Que desde que estamos juntos, apenas hemos puesto medios para que no suceda, la mayoría de veces no nos ha dado tiempo, o nos hemos olvidado. Tentando tanto a la suerte, no es difícil que eso ocurra.

—¿Y cuándo lo podemos saber?

—No seas impaciente y disfruta de la fiesta.

—Yo con disfrutar de ti tengo más que suficiente, me muero de ganas que termine este día y tenerte para mí solo. Y si todavía no estás embarazada, te juro que esta noche lo conseguiremos, porque pienso amarte hasta que no podamos más. ¡Ah!, no te voy a perdonar que la noche anterior no estuvieras a mi lado, y he elegido la forma de castigarte. Vas a tener que hacer los deberes de ayer y también los de hoy, así que coge fuerzas porque no te voy a dejar dormir.

—¡Estaré encantada de hacer doble ración de deberes! Es más, lo estoy deseando.

—¡No me provoques que no acabamos la fiesta!

Y, sin poder evitarlo, tomó sus labios con un beso cargado de pasión, a la vez que con una infinita ternura. Lo que no podía contener Manuel era la impaciencia, y no sabía que iba a hacer para aguantarse durante las horas que faltaban para tenerla en la cama solo para él y poder amarla de mil formas diferentes hasta el día siguiente. Suspiró en señal de resignación.

—Vamos a disfrutar de nuestra fiesta con todos los que nos quieren, pero más tarde serás solo mía y entonces no tendré piedad contigo, te devolveré todas tus provocaciones.

—Y te vuelvo a repetir, que estoy deseando que llegue ese momento, cariño.

—Te amo, Lucía.

—Yo también, Manuel.

Y con esas simples y cortas palabras que encerraban unos sentimientos profundos y verdaderos, Lucía y Manuel se perdieron entre los suyos sin separarse, disfrutando de ese día tan completo donde no había nubes ni tormentas y por fin todo era felicidad.

Sobre la autora

Mariló Lafuente, autora nacida en Jaca (Huesca) en el año 1960, aunque con solo tres años su familia se trasladó a Zaragoza donde vivió hasta la edad de los veinte años. Es la mayor de cuatro hermanos, a los que está muy unida. Se casó muy joven y desde entonces vive en Gavá (Barcelona) ciudad en la que se siente muy integrada. Durante doce años se dedicó a su familia, su marido y sus dos hijos. A partir del año 1997 se dedicó a la estética. El trato con sus clientas, así como las charlas y confidencias en la intimidad de la cabina, han sido su gran fuente de inspiración y el principio de muchas historias.

Su tiempo libre lo dedica a la lectura, sobre todo a la novela romántica, además de ser una modesta pintora y gran aficionada a cualquier tipo de manualidades sin olvidarse de la música, otra de sus grandes pasiones. El reto de pertenecer al seno de una familia creativa, de escritores y artistas, fue lo que la decidió a escribir sus propias historias. Publicó su primera novela llamada: *¿Y si el amor existe de verdad?* (2.016). Después llegó la primera parte de la trilogía *Amor y leyes* con el título: *Nada nos volverá a separar*. Y ahora, bajo el sello Bookit, nos presenta la primera parte de la *Serie Hermanas Egea*, llamado: *Lucía*.

